OTOÑO en Cold Spring

S.F. TALE



Selecta

Otoño en Cold Spring

S. F. Tale

Selecta

Prólogo

—En tu destino veo un hombre —predijo la pitonisa que leía la buenaventura en el festival de otoño que se celebraba en Cold Spring y al que Imogen había acudido con Kendall.

—¡¿De verdad?! —Estaba entusiasmada, el vaticinio tenía un atisbo de verdad para ella.

—Sí, has conocido a tu alma gemela en la noche de la luna llena fría —refirió más concretamente la pitonisa.

—¿Qué luna es esa? —Aquello a Imogen le comenzaba a sonar extraño y soltaba un tufillo a «la patraña de las más grandes», además le picaba la nariz por culpa del incienso; no solo eso, sino que el chico que tenía en mente se lo habían presentado de día, no de noche.

—La luna de diciembre, cuando las noches se vuelven más largas y oscuras, con la que se marca la llegada del invierno. Siempre sucede cuando se acerca el solsticio —le explicó aquella mujer, que conocía los diferentes nombres que recibía la luna.

—¿Lo conoceré bajo esa luna? —¡Hasta le sonó raro!

—Sí, vuestros destinos están marcados y está en la línea de tu mano —señaló una que llegaba a la base del dedo anular de la

mano derecha—, es profunda. Él es para ti —confirmó ella—, y estoy segura de que si viésemos la de él, sería gemela a la tuya.

—¿Lo conozco? —formuló la pregunta de un modo más concreto.

Detrás de ella, a su espalda, Kendall se rio por lo bajo, lo cual la molestó. Imogen frunció el ceño y despegó los labios como para decir algo, pero decidió no hacerlo para no interferir en la respuesta que estaba esperando.

—Sí, os conocéis, aunque —la mujer estiró la mano de Imogen echando los dedos hacia atrás, con lo que la palma se blanqueó y las líneas cobraron un color rojizo— tendréis que esperar un tiempo, porque veo algo que os separa, un impedimento que no os permite en el presente estar juntos, aunque en un futuro sí lo estaréis y os encantará.

—Creo que ya sé de quién se trata —confirmó Imogen—. Lo que no sé es qué problema podremos tener, los dos estamos solteros.

—A lo mejor no es quien tú piensas. —Aquello la dejó descolocada, si no era él, ¿quién?—. No te preocupes por nada, él te encontrará a ti. Y por cierto, no hagas el amor —le advirtió con cierta oscuridad en el rostro.

—¡¿QUÉ?! —Por detrás, Kendall volvía a reírse, a ella no le gustó para nada cómo había sonado.

—Evita hacerle el amor o las consecuencias serán terribles.

Capítulo 1

No hay nada como una amiga

Unos 9 meses después.

—Y esperaréis que os dé las gracias, ¿verdad, gilipollas? —insultó al finiquito que le había mandado por correo la editorial unos días antes.

Imogen estaba sentada en el sofá de su apartamento que había alquilado los últimos cinco años. ¡TODA UNA VIDA! Los nervios le punzaban muchísimo en los costados, se irradiaban por la barriga y provocaban que en parte notase el pecho vacío donde solo golpeteaba, muy de vez en cuando, el corazón, y removía el culo en el asiento con la vista clavada en el justificante de la transferencia bancaria y en el sobre en el que le habían guardado la liquidación de la editorial para la que había trabajado (a la que le había cedido casi todos los espacios de su tiempo) y le decían: «¡Chao, bacalao! Si te conozco no me acuerdo», de la manera más fría e impersonal que podía hacerse. «Seguro que habéis puesto a la inteligencia artificial a trabajar y fue ella quien lo ha redactado, os podéis ir a tomar por culo, ¡todos!», gritó para sus adentros.

«Lo siento, Imogen, no sé por qué te ha pasado esto», le había dicho una compañera.

Más cabreada que un chimpancé, les pegó un manotazo a los papeles que la desligaban del que había sido el trabajo de sus sueños: editora. Se lo había currado mucho; no obstante, su jefa no le perdonó un error con patas y ¡HALA, A LA CALLE! Claro que sí, después de trabajar más de cuarenta horas para ella, la tía no había tenido un ápice de compasión. A lo largo de ese tiempo el lema de su vida era claro como el agua: ¡¡¡NO TE ABRAS DE PIERNAS CON EL AMANTE DE TU JEFA!!! En la vida había cometido muchos errores, algunos se convertían en repeticiones que perseguían a las personas cual acosadoras; en cambio, en la suya, esa frase era su realidad, pues había sido el detonante de todo y el que se había callado, por vergüenza. Se abochornaba de sí misma, de su falta de profesionalidad, por haber estado tan enchochada de un tío que no merecía ser nombrado y no haber visto más allá de sus narices.

«Te vas sin recomendaciones, ¡¿me oyes bien?! Me has defraudado como mujer y como profesional, eres una verdadera estafa. No sirves, así de simple», recordó las palabras de la que había sido su jefa hasta unas semanas atrás, cuando llegó a sus oídos una noticia que no tuvo que haber recorrido los pasillos, pero que si lo hiciera, ella tampoco se hubiera enterado de la verdad. Un hecho que le dio asco y arcadas. Así, todo junto. En definitiva, una verdad vomitiva.

Sus disertaciones mentales, sus recuerdos fueron interrumpidos por el sonido de una llamada entrante, que descolgó sin mirar quién era.

—¡¿Quién eres y por qué llamas?! —preguntó de malhumor.

—Tenemos un humor de perros —dijo Kendall al otro lado de la línea.

—Lo siento —Imogen relajó el tono al oír a su mejor amiga—, no era por ti.

—Ese cretino no te estará molestando, ¿no? —Quiso saber su amiga.

—No, tranquila, ese memo ha desaparecido como una lombriz bajo tierra, porque si no la reina le apretará las pelotas y a lo mejor se las arranca. —Se rio con malicia de esas palabras que quisieron ser una broma—. Me han dado el finiquito.

—¡AL FIN ERES LIBRE! —se emocionó Kendall.

—Bueno, al menos una de las dos se alegra.

—Sí, iba siendo hora de que te alejaras de ese trabajo que te engullía.

«Era lo que siempre había deseado», pensó sin quitarle la razón a su amiga.

—¿Por qué me habré abierto de piernas? —Cogió un cojín de un lado del sofá y comenzó a darse de cabezazos. Literalmente.

—Atiende, una nueva etapa te está esperando, aquí en Cold Spring.

—Lo ves fácil.

Con esa respuesta tan pesimista, la línea durante unos segundos quedó en silencio.

—Imogen, ¿quién me ayudó a dar forma a la cafetería?, ¿quién puso la parte del dinero que me faltaba?, ¿quién había pensado que el sector de arriba podría ser una librería que está esperando por ti? ¿Quién es la copropietaria de NUESTRO negocio?

Todas esas preguntas le provocaron que un fuerte nudo le atenazara la garganta, pues delante de ella siempre había tenido el futuro al alcance de la mano, pero había veces que tu mejor amiga, esa a la que querías como la hermana que nunca habías tenido, te debía zarandear para que lo vieses.

—La cafetería —suspiró con los ojos humedecidos por las lágrimas.

—¿Quién gastó sus vacaciones para ayudarme con la remodelación?, ¿quién cooperó a darle un aire *cozy* tan de moda ahora? Aparte de tus padres, ¿quién colaboró para remodelar las sillas y con la decoración? Hay tres que estamos esperando con el corazón contento.

—¿Qué tres?

—La cafetería, la librería y, sobre todo, yo te estoy esperando y en parte, llámame mala, pero estaba deseando que dejaras la editorial para que me acompañases en este sueño común de tener nuestro propio negocio, ¿o es que ya no te acuerdas?

Kendall estaba en lo cierto, era el sueño que siempre habían compartido.

—Es verdad. Aunque la librería hay que montarla.

—Pondremos unas lonas en la parte de arriba, no te preocupes; además, desde que me dijiste que te habían echado, Mark ha trabajado en esa zona, aunque hay que pedir estantería, etc. —El silencio de Imogen hizo que Kendall no se callara—. Abre tu mente: ¡trabajo nuevo, vida nueva!

—Ese dicho te lo acabas de inventar —le reprochó—. Kendall, de momento no me puedo ir, ¿dónde vivo? ¿Me convierto en una sintecho con una cantidad ingente de pertenencias...? ¡Oye!, tú no me quieres como amiga, me quieres como okupa de tu casa —la bromeó—. ¡Peor! De aguantavelas, me niego a vivir con Mark y contigo.

—Me he adelantado con la emoción y Mark me quiso parar, lo que fue imposible, y te he encontrado un buen alquiler el mismo día que me contaste qué había pasado, gracias a Lilian, ya la conoces. —A Imogen le sonaba aquel nombre, sí, la había conocido en enero, si

no lo recordaba mal—. ¿Cuándo quieres hacer la mudanza? —Tras esa pregunta estuvieron hablando durante un buen rato, y Kendall, con una rapidez increíble, le contrató una empresa local de Cold Spring. Imogen alucinó—. Pues pasado mañana te enseñaré fotos de tu nueva casa, mientras recogemos todo para la mudanza.

—Gracias por ofrecerme una nueva oportunidad. —Sonrió con tristeza, sintiéndose atropellada por las emociones y los sentimientos. Agradeció tenerla a su lado, no la cambiaría por nada del mundo—. Eres mi estrella en la oscuridad.

—No seas tonta. Ahora seremos sí que sí ¡JEFAS! —Kendall estaba emocionada; en cambio, por Imogen fluía el dolor, la rabia, y sería capaz de prenderle fuego a las oficinas de la editorial, pero no lo dijo en voz alta, sonaría fatal—. Solo quiero que estemos juntas y no verte ahí sola comiéndote las lágrimas y los mocos.

—¡Bag! —Imogen puso una expresión de asco—. Has sido demasiado gráfica. ¿Sabes?, en el fondo todo esto me ilusiona mucho —lo dijo a la vez que la recorrían brisas de miedo.

—Me alegro de que lo veas así, y no te arrepentirás. Te quiero. Besos.

—¡Chao! —Colgó la llamada y dejó a un lado el móvil—. ¡Bienvenida, vida nueva!

Había veces en la vida de una persona que no sirve escapar; otras, que es necesario para tomar el rumbo de tu vida.

Capítulo 2

Un contenedor, un café y una tarta

Luego de la llamada de Kendall, Imogen tuvo la sensación de que marcharse era la mejor posibilidad.

«Sí, Cold Spring será mi refugio», pensó con el ímpetu de tirar aquello que ya no le iba a servir en su nueva vida: agendas, apuntes y un largo etcétera que la sumergieron en un río interminable de instantes muy buenos que le había proporcionado aquel trabajo, aunque otros no tanto. «Como te quedes en esta ciudad te cerrarán la puerta en las narices». Aún le rondaba aquella amenaza por la mente, sería muy difícil olvidarse de su antigua jefa. ¡Le producía escalofríos! Y sobre todo si se acordaba de su cara, muy similar a la de un pomerania, no quería insultar a esa raza de perro...

«Uf, esa mujer deja mucho que desear», se dijo a sí misma, tirando aquello a una caja de cartón.

Recordó a su jefa y sus antiguos compañeros arribaron en su mente. Los había considerado buena gente, pero cuando todo explotó, muchos de ellos se cagaron y se acojonaron cuando la despidieron, apretaron las *cachillas* como cobardes. Otros, la

mayoría, le escribieron mensajes de WhatsApp o SMS (los menos ratas de alcantarillas) con mensajes tales como: «No te preocupes, eres buena en lo que haces»; «No le hagas caso, no tiene tanto poder»; «Llámame a la hora que quieras y charlamos»; y el mensaje que ganaba el oro fue: «Te ha hecho un favor». En todos ellos pudo leer de frente la hipocresía del ser humano, puesto que todos hablaban desde la comodidad de que no les iban a tocar un pelo. Su padre lo había dicho muchas veces: «A lo largo de tu existencia te encontrarás con gente que está de paso en la vida, somos como un puerto para ellos, y a esas personas lo mejor es dejarlas partir». Tenía más razón que un santo.

Una vez que tuvo la caja a rebosar de todo lo que le podía recordar ese trabajo, a esos compañeros, salió de casa, que era un bajo, y fue directa al contenedor, donde con orgullo y satisfacción, empujada por un impulso que se había soltado de lo más profundo de las entrañas, lo arrojó todo al vacío oscuro de ese interior que se presentaba como un mundo perdido. Se limpió las manos, una contra otra, y percibió que dejaba ir lo último que la unía a ese rascacielos, y un pálpito vibró en la vena del cuello: «¡ERES LIBRE!». Una parte de sí misma aplaudía por el paso que había dado, estaba priorizando algo fundamental: «El ahora es lo que importa», le dijo su voz interior.

A veces solo necesitamos un contenedor para deshacernos del pasado en un instante.

***

Como le había prometido Kendall, a los dos días se personó para ayudarla con la mudanza, a pesar de cerrar por un día la cafetería, aunque Imogen había adelantado bastante. Con la ilusión de que

todo aquello era por un nuevo comienzo de vida, continuaron hasta bien entrada la tarde.

—¡Hola, hola! —Lisa llamó a la puerta del apartamento de Imogen, que estaba abierta.

Era su casera desde que había empezado a trabajar en la editorial y muchas veces la visitaba, sobre todo los domingos. Era una mujer bajita, con el pelo teñido de un rubio un tanto extraño, pero le quedaba bien con ese vestido flojo de color blanco con un estampado de enormes rosas.

—¿Qué tal? —la saludó Imogen.

—¡Ay! —suspiró Lisa al ver como las paredes, de repente, se habían vaciado—. Qué pena.

Imogen ya sabía que Lisa iba a pasarse por allí para despedirse de ella, ya que había sido una de las primeras personas que se enteró de su despido y no le había puesto ningún problema si se retrasaba en el pago por no tener dinero, lo que le había agradecido muchísimo.

—Míralo por este lado —Imogen estaba motivada con el cambio de aires—, me voy a vivir a la naturaleza.

—Lisa. —Kendall le hizo un gesto con la mano para que se acercara a ellas. En hora y media la agencia mandaría un camión o dos para que le llevasen todo a Cold Spring—. Mira qué casita le he encontrado y muy cerca del negocio. ¡Ni a cinco minutos!

La señora se sentó en medio de las dos en el sofá, que ya venía con el apartamento, luego de poner encima de la mesita la tartaleta de manzana que había llevado.

—¡Ay, qué bonita! —Asentía con firmeza con la cabeza y puso morritos, como si aquella imagen la hiciera retrotraerse a otra época —. Me recuerda mucho a la que viví de pequeña, antes de que mis padres vinieran a Nueva York para quedarse definitivamente.

Siempre he creído que mi madre extrañaba su pequeño jardín. —Giró su rostro hacia Imogen—. Estoy segura de que el cambio va a ser muy bueno —pronosticó.

—Eso espero —lo dijo con una punzada de añoranza, aún no se había marchado y una parte de ella ya echaba de menos ese piso en el cual todavía le quedaba una noche. Era cierto que apenas se había tenido que acostumbrar a él, estaban hechos el uno para la otra, y solo esperaba que le sucediera lo mismo con la casa que Kendall le había encontrado. Pero en apenas unas horas dejaría de llamarle «casa» y pasaría a otra persona.

—Es que cinco años para una casa es una eternidad. —Oyó que Lisa le comentaba a Kendall.

Y era verdad, ¡que se lo dijeran a ella! Cuando había llegado, tanto Kendall como ella estaban ilusionadas, y las ganas de comerse el mundo a niveles estratosféricos poco a poco se fueron asentando, ella en la editorial como Kendall en la pastelería en la que trabajó como ayudante de uno de los pasteleros más reputados. A una semana le siguió otra, hasta que estuvieron convencidas de que ya eran unas neoyorquinas de pies a cabeza. Pasado el tiempo, y algunos amores esporádicos, Kendall conoció a Mark, y las miras de su amiga, con el amor por las nubes, se trasladaron a Cold Spring. En cambio, ella estaba enchochada por un gran subnormal que... ¡SIN COMENTARIOS, GRACIAS! Ahí estaba, preparando el traslado siguiendo los pasos de su mejor amiga, sin churri, novio, noviete, follamigo o toda esa catalogación en la que una persona podía terminar.

—Es muy bonita. —Imogen volvió al tema de la casa—. Lo que más me gusta es la habitación de arriba, vi una foto y es como siempre me la imaginé. —Aquello debía ser una señal positiva y con esa buena sensación se quedó.

—Vais a estar en la gloria y seréis jefas. Claro que sí, ¡¡¡mujeres emprendedoras al poder!!! —Lisa alzó el brazo derecho como si se tratase de un eslogan político—. Ahora vamos a endulzar este momento.

—Si nos das la receta, la llamaremos en tu honor: ¡«Tarta Lisa»! —propuso Kendall lo que habían pensado unas horas atrás.

—¿Tenéis una hoja de papel por ahí? —Imogen le alcanzó un cuaderno en el que había hecho una lista de las dos maletas que llevaría con ella en las cercanías—. Gracias. Os voy a poner cuatro tartas, o alguna más, una por cada estación: para primavera, una de nata con fresas; en verano no hay nada como una de limón con lima. En otoño no puede faltar la calabaza y el clavo, y os añado otra de zanahoria. En la época invernal no hay nada como una tarta de cacahuete con pasas; no puede faltar un buen bizcocho de puré de manzana o uno de naranja. —Imogen se asombró de la rapidez con la que escribía las cantidades y la elaboración mientras hablaba. A veces ella no podía hacerlo sin correr el peligro de equivocarse. Subió la vista hacia su amiga, y Kendall, con la boca abierta, la observaba sorprendida—. Si no hacéis experimentos extraños, os saldrán requetebién, a mis hijos les encantan y entra muy bien con una tacita de té o un café. Recordad, no modifiquéis las recetas. —Era evidente que Lisa tenía un archivador por cerebro.

Imogen alzó las cejas.

—«Las tartas de Lisa», habrá un espacio especial para ti en el expositor. —Se rio Kendall, que fue quien cogió las hojas que escribió Lisa para guardarlas en el bolsillo de su chándal.

—Ahora, traed un poco de café y a comer esta tartaleta de manzana que horneé esta mañana. —Giró su rostro redondo hacia Imogen con una sonrisa que le calentó el corazón, echaría de menos a esa mujer—. Sé que es tu favorita.

Imogen fue a la cocina sin pararse a observar a su alrededor, no quería entristecerse más, ya que era dejar una vida para empezar otra de cero. Cogió la cafetera que había preparado unos minutos antes de que llegase Lisa, también unos platos y unos cubiertos, que no había embalado todavía. Respiró hondo, había sido precavida, algo que debería aprender a marchas forzadas para no meterse en más líos y continuar con su vida de modo sosegado, sin sobresaltos, aunque era consciente de que seguiría metiendo la pata hasta el fondo. Llevó todo al salón y, sentada en el suelo como un indio, dio buena cuenta del pastel de Lisa. De pronto, mientras Kendall y la señora hablaban animadamente, Imogen se fue lejos de la conversación, tanto el aroma intenso del café como el sabor dulce de la tarta la condujeron a la cafetería que regentaría con Kendall en Cold Spring: contempló la parte superior, la que convertirían en una librería, y se quedó con algunos detalles de esa ensoñación para darle un toque diferente. Las comisuras de sus labios se estiraron a la vez que un hormigueo de felicidad le recorría la barriga.

«No hay nada como el olor a libro nuevo y un buen café», pensó.

—¡La tierra llamando a Imogen! ¿Estás disponible? —la bromeó su amiga, que chasqueó los dedos delante de su nariz.

—¡Sí! —exclamó ella.

—¿Has regresado?

—Ya estoy, ¿qué pasa? —les preguntó, alternando la vista entre Kendall y Lisa.

—Decía —comenzó Lisa— que a lo mejor en Cold Spring encuentras el amor, ese que te corresponda y esté fuera de los límites del engaño.

Imogen alzó los brazos y agitó las manos.

—No, gracias, estoy cerrada a los pantalones y a los penes durante un tiempo, y espero que sea largo —se explicó de forma

muy clara para que no hubiera dudas.

—¡Por favor! —Kendall se tapó la boca con el cuello de la camiseta.

—He sido clara como el agua, ¡AMOR, NO, GRACIAS! —lo repitió.

—El amor nunca llama a la puerta cuando llega, te deja señales en forma de miradas, roces o palabras; son señales indelebles, pero que permanecen...

—Sí, todo lo que tú quieras, Lisa, pero lo siento, va a ser que no.

—Lisa tiene razón —se unió a ella su amiga—, no le puedes echar el freno de mano.

—Ya lo hice y nadie me va convencer de lo contrario. —Imogen se fijó en que los ojos de Kendall cobraron un brillo travieso—. ¿Qué has hecho? —No se fiaba de ella.

Su amiga, tras terminar su trozo de tartaleta, se cortó otro y con mucha tranquilidad le soltó:

—Puede que haya alguien esperándote.

—¡¿PERDONA?! —Imogen pegó un brinco, lo que hizo reír a Lisa —. Me has buscado una casa...

—Y casi a tu hombre perfecto. —Kendall encontró las palabras exactas para hacer un pareado.

—¡Lo que me faltaba! —Ya se le había atragantado la merienda—. No me esperaba eso de ti.

—En Cold Spring todo es posible.

—Para mí, ¡no! —exclamó ese monosílabo tan bonito para ella—. Le daré una patada en el culo.

—Lo dudo. —Kendall no se rendía, y era más, no borraba la sonrisa de su cara.

—De verdad —suspiró Imogen.

No dijo nada más, dejó que Lisa y su amiga hablasen de lo que necesitaba sin saber que ella lo tenía claro: ¡AMOR, NI DE COÑA!

Capítulo 3

Una última noche y el *chi* equilibrado

Luego de que Kendall y Lisa se marcharan, Imogen se quedó sola terminando de hacer las maletas.

La noche la había alcanzado escogiendo la ropa que iba a ponerse, creía que no había nada como un buen chándal para hacer un viaje, aunque fuese corto, ya que de Nueva York ciudad al valle del Hudson solo había una hora.

Pasadas unas cuantas horas y dos maletas a rebosar con toda la ropa, las luces de las farolas se colaban a través de las ventanas con ese color anaranjado que bailaba en las cortinas, que se movían con una ligera brisa, se proyectaban las sombras de los árboles, de los coches aparcados fuera, parecía que todo a su alrededor se personaba ante ella para despedirla, para decirle ese «adiós» que flotaba en el aire, que palpaba con las yemas de los dedos si estiraba un brazo. Al estar vacío cada rincón del piso, también la casa dibujaba sus propias figuras: como la columna que separaba el mueble del salón de la zona de la chimenea, se alargaba por el techo y el suelo adueñándose de los espacios. Imogen veía cada una

de ellas como los fantasmas con los que había convivido y que hasta ese momento no se había enterado de que estaban ahí.

Aquella noche parecía que estaba para encerrar, porque no era muy normal deambular por la casa vacía, pararse en esos detalles que habían pasado desapercibidos durante esos años, al tiempo que su cuerpo y su alma eran un crisol de emociones: por un lado, dejar todo eso atrás, una vida completamente formada, la pena que todo eso conllevaba y que la arrastraba a derramar alguna que otra lágrima; por el otro, el nerviosismo que le originaba comenzar de cero en un lugar nuevo, con nueva gente, hacerse un espacio en un pueblo pequeño, pero ¿qué otra solución había cuando su espíritu la empujaba a salir corriendo? Huir, dejarlo atrás, aunque el dolor de todo lo vivido en menos de un mes la acompañaría para el resto de sus días.

El móvil le sonó en la mano, pues todo ese tiempo lo había estado sujetando con fuerza, igual que un bastón. Al mirar la pantalla vio que era su madre, descolgó en mitad del salón.

—¡Hola, mamá! —la saludó como hacía siempre.

—¿Ya tienes todo listo? —Ese fue su saludo, pues en la última llamada se lo contó.

—Podrías decir «hola». —Puso los ojos en blanco.

—No hace falta.

—Lo que tú digas; y, sí, todo está embalado, y el resto debe estar en Cold Spring, en la nueva casa. —Al decir esas dos últimas palabras, los nervios la obligaron a meter la barriga hacia dentro.

—Me alegro, si quieres vamos a ayudarte —se ofreció su madre.

Sabía que ella lo decía con buena fe, pero había un problema.

—Vamos a ver, mamá —se pellizcó el puente de la nariz—, ¡estáis en un crucero! —Sus padres, un profesor de universidad y una restauradora y conservadora que se jubilaron al mismo tiempo,

habían organizado dos cruceros, ese era el primero. Imogen los había apoyado, se lo merecían tras toda una vida trabajando—. ¿Es que vais a venir montados en una colchoneta en forma de cocodrilo?

—Es que estoy en el barco tan... tan como en casa que no me doy cuenta ni del cambio horario —le comentó con voz soñadora.

—Normal, estáis en Europa —apuntilló Imogen.

—No, no es eso, es que me levanto y me voy a cubierta a mirar la mañana para respirar...

—Mamá, percibo que tu *chi* está muy equilibrado. —Jamás había oído a su madre a cámara lenta hasta que había empezado a practicar yoga.

—Sí, me lo dijo el meditador; en cambio, tu padre es puro nervio porque lo quiere ver todo —le contó a modo de protesta.

«Imogen, mejor será que no preguntes», se aconsejó a sí misma.

—Vaya, el de papá está desequilibrado, ¡quién lo diría! —la bromeó.

—Dice que se aburre meditando y se pone a nadar.

—Es bueno hacer ejercicio.

—A él lo altera y se las da de nadador profesional. —La oyó respirar fuerte—. Y cuenta, ¿cuándo te vas? ¿Cuándo te instalas en el pueblo?

—Mañana. —Asintió con la cabeza como si su madre la pudiera ver—. Mañana ya estoy en Cold Spring —le comentó—. Cuando estéis de vuelta, avisadme. —A sus padres aún les quedaba una semana más de crucero.

—Piensa en esto: los cambios son siempre para bien; y cuando os ayudamos, te visualicé en esa cafetería y supe que era para ti también. Y por cierto —cambió de tema sin darle un segundo a Imogen para mentalizarse en lo que había dicho, aunque una parte de ella sabía que tenía razón—, creo que en Acción de Gracias

estaremos en Australia, Nueva Zelanda y por ahí.

—Lo sé, mamá, me lo llevas diciendo hace bastante tiempo.

—¡Ah, vale! Bueno, hija, te dejo que viene tu padre —suspiró—. Un besito.

—Chao, mamá.

Imogen se despidió de su madre y en ese instante percibió que su vínculo con la ciudad se estaba diluyendo.

Capítulo 4

Todo tiene un comienzo

A primera hora de la mañana, Imogen cogió el tren que la llevaría a su nuevo hogar. Se subió con un pinchazo en el corazón, sin mirar atrás, y buscó su asiento tras colocar las maletas. Agradeció que le hubiese tocado la ventanilla; lo que no sabía fue que, con el movimiento del tren, la ciudad desapareció poco a poco, como si en el fondo no quisiera que se olvidase de ella, para luego pasar a unas vistas impresionantes, pues el trayecto se hacía muy pegado a la orilla del río Hudson, en cuya superficie los primeros rayos del sol parecían bailotear cuales niños pequeños y saltaban como seres mágicos. Los árboles, a esas alturas de octubre, ya mostraban cómo el suspiro del otoño había entrado, revelando su policromía que los vistió de rojo, naranja, ocre, de ese elegante dorado que solo la naturaleza podía ofrecer, y se mezclaban con esos verdes de los árboles perennes creando una atmósfera otoñal tan reconocida en todo el mundo. ¡La fascinó! Aquello debía ser una buena señal, no había otra opción. Hubo un instante en el que se paró a verse en el reflejo de la ventanilla: con la melena de mechas rubias recogida en

un moño alto, su rostro, del cual su madre decía que era en forma de corazón, quedaba despejado de cualquier mechón de pelo. Sus cejas oscuras eran como montañas bajas en el río, y el brillo de sus ojos azules era una prolongación de la superficie del agua a la vez que su nariz fina bajaba en cascada hacia la boca que sonreía ligeramente. Imogen parecía fundirse con el Hudson, que la atrapaba entre sus colinas redondeadas pintadas de los exuberantes colores otoñales. No puedo evitar sonreír, tenía la naturaleza de su parte.

Tras una hora de viaje, en la que se embebió de todo ese fabuloso paisaje, el tren llegó a la parada de Cold Spring, en la que se bajó con sus maletas cargadas de ropa, también de sueños que iban a tomar forma en ese pequeño pueblo. Kendall la esperaba en el andén, y las dos amigas se fundieron en un brazo.

—¡Bienvenida! —le susurró alegre.

—¡Ya estoy aquí! —Soltó el aire que había retenido nada más bajar, sin percibir el cansancio de no haber dormido mucho—. Ha pasado todo muy pronto, parece que fue ayer que lo estábamos organizando, y mira, ya estoy aquí —repitió de nuevo. Le costaba creérselo.

—Sí, y tenemos un día un tanto ajetreado.

—¿Y eso? —Imogen cogió una de las maletas para andar al lado de Kendall, que arrastraba la otra.

—Ahora vamos a tu nueva casa, ya te ha llegado todo, solo tienes que colocarlo, yo te ayudo.

—Gracias.

—Después de desayunar... —Frunció las cejas, nerviosa—. ¿Desayunaste? Bueno, da igual, vuelves a hacerlo. —Pegó un saltito. Kendall se giró hacia ella, su boca amplia no borraba la sonrisa—. ¡Ya estás aquí!

—¡¡¡Sí!!! —exclamó, respirando más tranquila.

Kendall enhebró su brazo con el de ella. No se sabía cuál de las dos estaba más emocionada.

Para Imogen su destino había culminado en ese pequeño pueblo a las orillas del río Hudson y que tenía una sola calle principal, Main Street —llena de negocios, tiendas de antigüedades, negocios *vintage*, cafeterías y restaurantes—, que tan familiar le era, porque desde que su amiga se había trasladado a vivir allí con el que era su novio, Mark, Imogen había ido frecuentemente, por lo tanto no le era extraño. Era más, allí fue donde una «brujilda» del tres al cuarto le recomendó no hacer el amor. Al final había tenido razón.

—Mira, nuestra cafetería. —Señaló Kendall con el dedo índice.

Era un establecimiento céntrico al lado de una tiendita *vintage*, con una puerta de madera y cristal y dos grandes ventanales. Había quedado más bonita de lo que se acordaba, era como si hubiera pasado una eternidad, pero ella había puesto su granito de arena en ese local que daba una nueva oportunidad con el sugerente nombre «Spring Cafe & Books». Frente a él había un árbol en el que se arremolinaban algunas hojas caídas, así como en el resto, incluso a la puerta de algunos negocios. El otoño le daba la bienvenida a su manera.

—Está preciosa —dijo de primeras Imogen.

—Sí, y te estaba esperando. —Kendall echó a caminar—. Ahora debes ver tu nueva casa, Lilian nos está aguardando.

Imogen asintió a esa información, se lo debió imaginar.

Continuaron hacia arriba por una pequeña cuesta que estaba en la misma esquina de la calle en la que estaba la cafetería. A medida que se acercaban, los ojos de Imogen se fijaron en una casita sacada de un cuento de hadas, ¡era divina!: se la veía muy pintoresca, y como las que tenía alrededor estaba pintada de blanco

—algunas tenían la bandera del país colgada, otras tenían un pequeño jardín muy cuidado—, aquella, por el contrario, se alzaba en dos alturas, con el tejado a dos aguas (para evitar el cúmulo de nieve en el invierno) y que al seguirlo con los ojos desembocaba en el gran porche rodeado por una baranda de madera blanca, como el resto de la construcción, partida por los tres escalones que la separaban del suelo. Sus ventanas abiertas, por las que se apreciaban unas vaporosas cortinas, la observaban; y empujada por una mano invisible, se acercó sin enterarse de la presencia de su nueva casera.

—¡Hola, Lilian! —la saludó Kendall.

—¡Hola, muchachas! —Clavó sus ojos negros en su nueva inquilina —. Imogen, ¡cuánto tiempo!

Le dio un cálido abrazo.

—¡Hola! —Le devolvió el gesto. Se habían conocido en invierno—. Me encanta tu casa.

—Es bonita y la remodelación la dejó irreconocible, ahora es tuya —asintió Lilian—. Pasemos a dentro.

Subieron detrás de ella; y al traspasar la puerta, los ojos de Imogen se abrieron de par en par: aquella casa de ambiente acogedor y que te recibía con un calorcito a hogar era un cascarón de madera de techos altos en los que las vigas estaban al descubierto, de las cuales pendía una antigua lámpara de araña de plata. Se accedía directo al salón completamente equipado, y la cocina estaba abierta a él, pero a la derecha, a través de una arcada de medio punto, daba paso a la biblioteca, igual de confortable, cuyas estanterías hacían una curva. En el medio del suelo de madera, como en el resto de la casa, había una alfombra redonda sobre la que había un sillón orejero y un puf para apoyar las piernas. Al lado de la arcada se había colocado un viejo secreter, y la única

ventana iluminaba como si hubiera tres y contaba con un alféizar hecho para sentarse en él. A Imogen, el corazón le pegó un brinco en el pecho, ¡era la casa que siempre había soñado!

—Me encanta —giró sobre sus pies, encantada—, es fabulosa.

—Estoy contenta de que te guste. Arriba —señaló las escaleras que había al lado del arco— hay tres habitaciones y dos baños.

—Subiré luego —se frotó el estómago a pesar de estar acosada por las cajas que tenía que vaciar—, ahora quiero desayunar, por favor.

—Hemos venido preparadas. —Kendall sonrió en dirección a Lilian.

—La cafetera está lista, como me habías pedido. —La casera le guiñó un ojo a la joven.

—¡Uy! Aquí hay complot —dedujo Imogen, que notaba como que las dos tenían una relación muy estrecha, mientras que sus tripas «se comían» entre ellas.

—Digamos que lo teníamos todo preparado para darte la bienvenida. —Kendall se encogió de hombros—. Hoy, antes de irte a buscar, he horneado unos cruasanes.

—¡Oh, Dios! Piensas en todo. —La boca se le había hecho agua. Fueron a la mesa del comedor, donde Lilian y Kendall lo colocaron todo. Imogen, lo primero que hizo, fue coger un cruasán; nada más pegarle un mordisco, cerró los ojos y suspiró, su amiga era un prodigio con la bollería y la pastelería—. Con esto, chica, eres una genia, te voy a llamar «Kendall la pastelera de oro». —Se acordó de Eduardo Manos de Tijeras.

—Vas a estar muy bien aquí, porque Kendall ya nos habló de ti y todos están deseando conocerte —aseguró Lilian—. Te los presentaré a todos.

«Cold Spring tiene unos dos mil habitantes, si me tengo que aprender sus nombres voy apañada», pensó Imogen sonriendo a la

mujer y miró a Kendall, asombrada.

—Todo el mundo sabe de mí.

—Les he hablado de ti, aunque hay mucha gente que ya conoces de cuando estuviste aquí ayudándome —afirmó Kendall mojando en el café un cuerno del cruasán.

—Y no sabes lo feliz que la has hecho, ya por eso te queremos frecuentar —aseguró la casera.

—Lilian, ella va a ser la librera. Tomas un cafecito y puedes comprar un libro o leerlo.

—Esa parte es la mejor —dijo con la boca llena Imogen, tras colocar una mano delante.

—Y donde las chicas y yo jugamos nuestra partida de las tardes.

—¡Anda! Eso no lo sabía. —Imogen ladeó la cabeza, esperando una explicación de ella.

—No te lo puedo contar todo, hay cosas que debes ver por ti misma —se defendió Kendall con una enorme sonrisa—. Te aseguro que aquí estarás bien.

—Es un pueblo con mucho encanto y eso gana el corazón de la gente. —Imogen no lo decía por decir, lo había sufrido en sus propias carnes cuando fue la primera vez; de repente le entraron unas ganas locas de vivir allí—. Además, cuenta con el añadido de la tranquilidad.

—Una vez que pones un pie, ya no quieres irte —sentenció Lilian, cual bruja.

—Espero no encontrarme a la pitonisa —a Imogen le vino la imagen de esa farsante— que vi en el...

—¡Ah! Te refieres a Flora. —Lilian la interrumpió, parecía conocerla.

—Vive aquí —le advirtió Kendall fuera de tiempo.

Imogen, con el trozo de cruasán a escasos centímetros de la boca,

expresó:

—No me jodas, ¿la conocéis? —No podía creérselo—. Lo siento —se disculpó con Lilian.

«¡Ay Dios, que me la voy a comer con patatas fritas!», protestó su mente.

—Es de Cold Spring de toda la vida —le contó Lilian, mientras que sin que nadie la observara, daba buena cuenta de la bollería de Kendall—. Como su familia.

—Qué bien —soltó Imogen con una ilusión fingida, tanto que no pudo disimular.

—Sus pronósticos son siempre acertados —apostilló Kendall.

—¡Anda! —dijo con la boca llena—. Estas cosillas se avisan —susurró a su amiga.

—Te la presentaré como al resto —asintió la mujer.

—¡No hace falta! —soltó Imogen por las claras intenciones de Lilian.

«¿En dónde me has metido?», le inquirió a su amiga, que como respuesta a su pensamiento se encogió de hombros. Ese era su «gran comienzo» en Cold Spring.

Capítulo 5

La amistad no tiene límites

Imogen, todavía con los nervios de ese primer día, se dejó ayudar por su amiga, que como Kendall le había dicho, en pocas horas había logrado tener todo colocado, cada objeto y libro en su sitio. Con lo que no contaba era con tener un flechazo con su habitación: el techo, que mostraba las enormes vigas de madera como el resto de la casa, se inclinaba por estar en el tejado (como quien dice), en la parte que se ladeaba iba encajada la cama de matrimonio, que tenía un cabecero de hierro forjado negro con dibujos de flores. A su lado estaba la única ventana grande, bajo la cual estaba la mesita donde Lilian le había dejado un jarrón blanco con hortensias blancas y azules, las mismas que estaban dibujadas en el bonito papel pintado que cubría las paredes. Al lado de la mesilla había un sillón orejero, lo seguía la puerta del baño y a los pies de la cama un gran armario. Eso le procuró que fueran a hacer la compra, para que llenase la nevera, además de poder recorrer el pueblo, que en una sola caminata podías verlo, no en su totalidad, pero en su gran mayoría.

Cold Spring era uno de los pueblos enclavados en el valle del Hudson y construido a la orilla del río, que desprendía un olor un tanto mineral que picaba un poco en la nariz cuando los pasos las llevaron cerca de él. Sus edificios de una misma altura, algunos de ladrillo, otros pintados de color, le sonreían y se mostraban ante ella como un lugar acogedor donde abandonar el pasado, las pesadillas, y mirar hacia el presente y el futuro con otro ánimo, con más fuerza, pues era imposible que nada malo pudiera sucederle allí, todo ello enclavado en un entorno natural donde las construcciones del hombre no desentonaban, había una armonía que, evidentemente, no existía en Nueva York, una ciudad hecha de asfalto, hormigón y cristal.

El valle del Hudson no se había adaptado al hombre, sino el hombre al valle, y eso se percibía en cómo cuidaban sus numerosos bosques. Era una muestra de cómo se podía convivir en paz sin agredir a la naturaleza.

Los vecinos con los que se encontraban por el camino no solo saludaban a Kendall, sino a ella también, como si la conocieran de siempre, no como en la ciudad donde nadie reparaba en nadie, salvo cuando chocabas y se oía un «perdón» rápido, apurado, casi impersonal. Allí, en el pueblo, el trato fue más personal, o eso le pareció. Aprovechó para hacer la compra y llenar la nevera que estaba más vacía que el nido de una ardilla. Pasando por una de las tiendas de antigüedades pegada a la cafetería, vio a su dueña, Tony.

—¡Imogen! —Salió dando saltitos para recibirla, ya se conocían de cuando había estado.

—¡Hola! —la saludó.

—Me alegro de verte y, sobre todo, de que te quedes. —Le sonrió risueña, cogiéndola de las manos.

Tony las había ayudado mucho con la decoración de la cafetería.

—Y seremos vecinas de negocios —bromeó Imogen.

—Sí, ¡¿no es genial?! —Estaba muy contenta—. ¡Me encanta! —Observó cómo las chicas se paraban a ver algunos objetos—. Pero, decidme, ¿en qué os puedo ayudar?

La tienda de Tony era más pequeña que la cafetería, bien ordenada; a medida que caminaban por el pasillo no iban tropezando con nada, pero lo que había llamado la atención de Imogen fueron dos escritorios.

—Vamos a montar la librería arriba de la cafetería y... Me gustan esos dos escritorios. —Imogen los señaló con el dedo, luego de poner al tanto a Tony.

—¿Dónde los vas a poner? —preguntó Kendall con una ceja enarcada—. En casa no te coge nada más.

—¿Qué te parece si montamos el despacho de Sherlock? —le propuso la idea.

—Me gusta tu concepto, el despacho de Sherlock Holmes. —Kendall asentía con la cabeza lentamente, como si lo visualizara.

—Os diferenciáis de otras —apostilló Tony—. No es descabellado, ¿y el otro?

—El escritorio de Jane Austen, con un jarroncito donde siempre haya una flor fresca, e irá entre las estanterías de la novela romántica —le expuso Imogen, porque ella sí que ya lo tenía todo en la cabeza, pues era un hervidero para crear zonas confortables para los lectores—. Y este de madera maciza —se trataba de una mesa con patas que terminaban en cabezas de león, además de tener dos grifos en la parte superior, estaba más trabajado con esas filigranas delicadas que caían de los dos cajones que tenía a los lados— podría ser la mesa de Bram Stoker, para los amantes de lo gótico, la fantasía y el terror.

Kendall pegó un grito de alegría, aplaudiendo.

—¡Estás inspirada! —A esas palabras Imogen asintió, así lo sentía ella, pues era como si una fuerza interior que no sabía de dónde había salido la empujase a hacer todo eso, a coger su nueva vida con garra y las ideas fluyeran solas, como hacía tiempo que no le sucedía.

—Lo dicho, vais a hacer algo muy distinto a todo lo que se ofrece en Cold Spring —aseguró encantada Tony.

—Me los quedo. —Imogen no dudó un segundo en comprarlos. Aunque enseguida cayó en la cuenta de un detalle—. No nos los podemos llevar —confesó a la vez que alternaba la vista entre una y la otra.

—Tranquila. —Tony tenía la solución—. Se quedarán aquí con un cartel de comprado y cuando los vayáis a poner en la librería, me lo decís.

Las tres, satisfechas, llegaron a ese trato.

Con una sonrisa, Imogen se despidió de Tony, y regresó a la casa junto con Kendall. Cuando entró, Imogen reparó en que su nueva vivienda tenía un reconfortante aroma a hogar antiguo mezclado a la madera y a la frescura del valle del Hudson, lo que creaba un ambiente acogedor y relajante que abrazaba su corazón. Dejó el bolso y la cazadora encima de la mesa para colocar todo en la nevera; una vez listo, se sentaron juntas en el sofá que estaba frente a la gran chimenea y a la televisión, ya que todo ese frontal era un enorme mueble que se había adaptado a la chimenea. En medio había una mesa rústica de madera muy finamente tallada.

—Estoy muertísima —suspiró Imogen, hecha polvo de la caminata.

—Eso es por utilizar tanto el metro —la riñó Kendall, que estaba espatarrada a su lado.

—Si no lo hacía, era como el conejo de Alicia, «llego tarde». —Las dos se echaron a reír.

—Me alegro.

—¿De qué?, ¿de llegar tarde? —la bromeó Imogen.

—No, de que estés aquí y te hayas librado de esa mierda que te rodeaba. —Se enderezó y puso su cabeza sobre el hombro de su amiga.

—Ya —dijo melancólica.

—Oye, no quiero que te pongas triste.

—Lo sé. —Kendall siempre le hablaba con sinceridad y nunca se tomaba nada a mal de lo que saliera de ella—. Pero he estado pensando.

—Tú también eres peligrosa cuando piensas. —Esa frase, Kendall la repetía cuando ella soltaba lo mismo, por eso le pagó con esas palabras.

—No, verás, ¿te acuerdas las veces que Howie nunca quedó con Mark y conmigo, que daba largas a muchos de tus planes? —Howie fue por el que la habían echado de la editorial.

—Sí, la mayor parte de las veces ocurría. —Eso fue algo que Kendall nunca entendió.

—Con la información que ahora manejamos, puede ser... —La joven se echó hacia delante y se giró para mirar a Kendall, boquiabierta—. ¡Estaba con la jefísima!

—Lo más seguro, y no quiero hacer leña del árbol caído. —Su amiga le frotó la espalda.

—No lo haces, Kendall, siempre notaste que algo no iba bien.

—Oye, te has deshecho de ese subnormal mentiroso, ¡listo! Pero, si te soy sincera, creo que has vivido lo mismo que me sucedió a mí antes de conocer a Mark, cuando me decía aquel tonto del culo: «Lo siento, me gustas, pero no estoy enamorado». —Imitó su voz y las dos se echaron a reír—. Soy de las que cree que primero te sientes atraída por una persona por el físico o por su mente, por lo que sea;

luego, a medida que lo tratas te puedes o no enamorar. Sin embargo, lo que viví con Mark fue un flechazo y eso es lo que quiero para ti.

—Sí, menudos capullos integrales con los que tropezamos. Aunque deseo que todos los hados me libren de un puto flechazo de mierda, quiero estar tranquila por una temporada.

—¡Eh! Nunca digas nunca, amiga, cuando menos te lo esperes... ¡Ahí está!

—Vete a la porra con Cupido u os agujereo yo con las flechas —los amenazó—. Lo que nunca te dije fue que cuando quedaba contigo me preguntaba a los sitios a los que íbamos a ir.

—Para no ir él y que lo vieras con ella.

—Seguramente. —Kendall y ella, cuando había un problema, siempre estaban en la misma onda, eso facilitaba que Imogen se abriera a su amiga.

—¿Sabes lo que peor me ha parecido? —Imogen negó con la cabeza, no sabía lo que Kendall podía decir—. La falta de hombría.

—¿Es que alguna vez la mostró? —A Imogen no le dolía ponerlo en duda.

—Dímelo tú.

—Jamás, pero es que tampoco nadie me advirtió cuando todo el mundo sabía lo que se cocía, aunque ¿sabes? Lo que he aprendido es que en más de una circunstancia solo podemos contar con nosotras mismas, que fue lo que me pasó.

—Tu exjefa las pagará, estoy convencida.

—No quiero venganza, me da igual lo que suceda. Y por cierto, ya te vale no decirme que la pitonisa vive aquí. —Se acordó de la brujilda.

—¡Bag, olvídate de Flora! Unidas podremos con todo. —Kendall la abrazó—. Siempre hemos salido adelante juntas, esta vez no será

menos. Olvídate de gilipollas que no valen ni para hacer la «o» con un canuto. —Se separó para mirarla a los ojos y la observó con sus brillantes ojos marrones llenos de emoción—. Atiende, si mañana logramos encontrar unas buenas estanterías para la librería, me dijo Mark que el domingo podría ayudarnos a montarlas con un amigo.

—¿Y si lo miramos ahora? —Era martes.

—Venga, va. —Las dos pegaron un salto de alegría—. Como *Pretty Woman*, no hay nada mejor que las compras para olvidarse hasta de la mala leche. ¡¡¡Aligeran las penas!!! —dijeron a la vez entre risas.

Imogen cogió la mochila de la Mac que había dejado apoyada en las escaleras que llevaban al piso de arriba.

Capítulo 6

Welcome to Cold Spring

Los días siguientes fueron un no parar para Imogen, aunque muy pronto se adaptó a su nueva rutina: levantarse temprano por la mañana, ayudar a Kendall con los pasteles, que recién horneados despertaban el estómago y los sentidos, y tomar el desayuno juntas antes de abrir al público. Enseguida conoció a los vecinos, así como a las amigas de Lilian: Sarah, Wendy y Teresa. No obstante, la mañana del viernes se reencontró con un grupo de hombres muy singular.

—Muchachas, iba siendo hora de que abrierais —protestó un hombre bajo, de pelo blanco igual que las cejas, que resaltaban por el color tostado de la piel por el sol y una barriga bastante colgante.

—Nada más abrir y ya te vas de vacaciones. —Chasqueó la lengua el otro, más alto, delgado, de pelo negro salpicado por algunas canas y con gafas que escondían unos ojos marrones—. Empiezas mal.

—El trabajo es importante, pero lo son aún más las personas a las que quiero, y mi amiga —rodeó los hombros de Imogen—

necesitaba mi ayuda.

—Dos cafés con leche... —Imogen se encontró en medio de un fuego cruzado.

—Vosotros dos estáis muy aburridos y venís a tocar la moral —les encasquetó Lilian, interrumpiendo a Imogen—. Como si no hubiese más cafeterías.

—Nos dejó sin café —arremetió el de pelo blanco.

Imogen fue a preparar los dos cafés, mientras Kendall atendía a Lilian y a sus amigas, recordando a esos dos hombres que, durante la remodelación, no tenían nada mejor que hacer que ponerse a mirar por las ventanas del local hacia dentro y eso provocaba que todo el que pasara por allí los copiase, Imogen nunca se había sentido una atracción de feria como esos días. Al echar un vistazo rápido, debía reconocer que habían hecho un gran trabajo; así se acordó de cuánto se habían afanado su madre y ella en rehabilitarlo, limpiarlo, barnizar o pulir los suelos, que eran de una madera buenísima de castaño como la barra. A otras zonas le pasaron una mano de pintura al agua y de tiza aptas para la madera, para sillas, mesas, columnas o la madera de la puerta de entrada o de los ventanales, de ese modo se logró un ambiente *cozy* y acogedor. El cliente, al entrar, sentiría que era una estancia diáfana de su hogar. Por Imogen se mantuvo la campanilla de la puerta, de la cual se enamoró. Por más que se sintiera orgullosa de aquel local, una parte de sí misma se consideraba una impostora, todo lo que le había sucedido le había dejado una mala huella.

Imogen sirvió los cafés a ese dúo un tanto maleducado que le dio las «gracias» sin mirarla; y sin pararse en ellos, porque Lilian hacía aspavientos con una mano en el aire, llamándola para que se acercara a ella, que iba acompañada por tres mujeres más, acudió a su encuentro.

—Imogen —la saludó Lilian— aún no sabes que Teresa es vecina tuya.

—¿En serio? —le preguntó feliz a la mujer que era alta, fuertota, de nariz prominente y con una boca que tenía una sonrisa sempiterna; y el pelo, el cual llamaba mucho la atención, era de color oro.

—Vivo al otro lado del camino, ves mi casa por la ventana del salón —le explicó encantada.

—¡Anda, qué casualidad! —exclamó contenta. Le gustaba la familiaridad con la que todos la trataban.

Las otras dos, Sarah y Wendy, la saludaron de modo muy afectuoso.

—Es más guapa de lo que nos dijiste, Lilian —soltó Sarah, que le guiñó un ojo cómplice a Imogen.

—Nunca fui buena con las descripciones —bromeó la mujer.

—Sangre nueva en Cold Spring, ¡eso es buen augurio! —Wendy estaba muy contenta por su llegada—. Y además, Kendall está más radiante.

—No hay nada como tener a tu mejor amiga al lado —confesó Imogen al servirles los té.

—Pues nos veremos mucho —le advirtió Wendy—, pasamos bastante tiempo aquí.

—Sí, algo oí. —Les sonrió, aquel grupo era de lo más variopinto.

—Y hay mucho soltero —apostilló Teresa como si nada, a la vez que cogía una pasta.

—No he venido a buscar pareja, estoy aquí para empezar de cero. —Tras eso las cuatro la miraron con desconcierto e interés a partes iguales: Sarah, con sus ojos azules brillantes de curiosidad; la mirada marrón de Teresa se mantenía a la expectativa por si contaba algo más, de hecho, las orejas se le movieron solas; y

Wendy, con sus ojos grises, también estaba a la espera. Imogen las dejó con las ganas diciendo—: A veces no hay nada mejor que la tranquilidad.

—Espero que algún día nos cuentes lo que pasó —la animó Wendy, que parecía la típica abuela que quería estar atenta a todos sus polluelos.

Imogen, con una sonrisa, regresó a detrás de la barra, hasta que casi vomita el corazón al ver quien entraba.

—¡NO-ME-JO-DAS! —musitó Imogen al mirar hacia la puerta sin poder controlar la lengua al notar que ingresaba la brujilda.

—¡Flora! —exclamó sonriente Kendall, que no pudo evitar contemplar cómo Imogen se escondía y casi pretendía meterse en el lavavajillas—. ¿Qué haces? —le dijo a su amiga.

—No quiero que me vea. —Estaba agachada todo lo que podía.

—Imposible, viene hacia aquí.

—¡Ay, no, por Dios! —Sus hombros se hundieron a modo de derrota, el viernes no podía continuar de peor manera.

—¡Hola! —Flora las saludó con una sonrisa candorosa.

«No puede ser verdad, me cago en todo», pensó dándole la espalda a la pitonisa.

—Te voy a presentar a mi amiga y compañera en la cafetería, Imogen. —Kendall la fulminó con la mirada y la agarró por la manga de la chaqueta para que se levantara.

La pitonisa era una mujer de mediana estatura, estaría en los cincuenta años, más o menos, tenía un rostro de líneas muy finas que terminaban en un mentón bastante puntiagudo y lo más sobresaliente eran sus ojos marrones, que no observaban, sino que escrutaban, luego estaba su boca que, antes de decir nada, se movía.

—Hola, ¿qué tal? Encantada. —Le sonrió del modo más

profesional que había aprendido en la editorial.

—Te conozco —sentenció la pitonisa. Se acercó más a Imogen, que no conocía sus intenciones.

—Siempre me han dicho que tengo un rostro de lo más común. —Se encogió de hombros—. Su cara no me suena de nada, ya ve.

—Eres la chica a la que le dije que no hiciera el amor —le dijo en voz baja.

—¡Oiga, por favor!, no airee mis asuntos personales. —Eso la fastidió bastante.

—¡Ah! Te acuerdas de mí. —Imogen había caído en su trampa.

—Con esa frase, ya me vino a la cabeza.

—¿Hiciste caso de mi consejo? —Los ojos negros buscaban en ella alguna grieta para hacerla flaquear—. Hiciste el amor y por eso estás aquí —dilucidó ella.

—Sí, bueno. —Sinceramente se había pasado su consejo por el FORRO, así, en mayúsculas, porque nada más regresar a la ciudad, llamó al gilipollas, se lo tiró para demostrarle a la pitonisa que por un casquete no pasaría nada y pasó.

«Vaya, esta señora es más intuitiva de lo que pensaba. AVISO: TENER CUIDADO CON ELLA», se advirtió con las luces de neón encendidas.

—No te preocupes por lo que haya pasado, estás donde debes estar, aquí está tu presente y tu futuro más cercano —pronosticó.

—No diría tanto. —Imogen quería terminar con ese tema de una vez.

—Flora, ¿te pongo lo mismo de siempre? —las interrumpió Kendall.

—Sí, un tecito de hierbas —afirmó.

Esa información hizo reaccionar a Imogen.

—¿Es que vas a tomar el té con ella? —La joven no daba crédito y

torció un poco la boca.

—A veces hemos quedado —confirmó la pitonisa—. Siempre vengo a la cafetería; y tú —se dirigió directamente a Imogen—, aquí, tropezarás con el amor.

—Vaya, qué mal. —Arrugó el morro Imogen.

Con una sonrisa franca, la pitonisa se sentó con Lilian y compañía, lo que aprovechó Imogen para hablar con Kendall.

—Oye, ¿por qué no me contaste que venía a la cafetería? —le volvió a preguntar.

—¿Cómo te lo iba a decir si le tienes manía? —Kendall, que le estaba preparando el té a Flora, había dicho una verdad como un templo.

—No es para tanto, bueno, sí lo es, pero no, es que me podrías haber avisado que confraternizabas.

—Ahora somos vecinas, y sí, formamos un buen grupo al que ahora perteneces y te falta conocer a dos más.

—Vale —suspiró. Era lo que le faltaba: tomar el té con una pitonisa.

A lo largo de la mañana, a los dos viejetes se le unieron otros dos, ¡ahí estaba el cuarteto de arquitectos municipales! Luego, atendieron a Tony y a más gente de la cual Imogen debía retener sus nombres, pero entre todos destacó a Cloe, la veterinaria de Cold Spring, que entró en un visto y no visto, que no paró ni cinco minutos y que salió justo cuando Mark apareció en la puerta.

—¡Hola! —interrumpió la conversación Mark, el novio de Kendall, cuya sonrisa le alcanzó sus ojos azul cielo. Sí, Mark era el típico chico guapo, alto, rubio, que parecía la viva imagen de cualquier modelo de Calvin Klein. Venía cargando varios rollos de lona. Se acercó a Imogen y se dieron un beso en la mejilla—. ¿Qué tal?

—Estoy viviendo un no parar —bromeó la joven.

—Normal, todos quieren conocerte.

—Sí, lo he visto, creo que soy una nueva atracción de feria. —Ese comentario consiguió que Mark soltase una carcajada. Era un hombre muy risueño y de risa fácil.

—¿Llegaron las estanterías? —Quiso saber.

—Sí, hoy mismo a primera hora. —El corazón de Imogen saltó de nerviosismo y felicidad a partes iguales—. Están arriba —le indicó.

Los tres subieron y tuvieron que zigzaguear entre cajas, pues algunos autores con los que Imogen se había puesto en contacto, informándoles que abría una librería, le habían hecho llegar algunos ejemplares firmados; no solo eso, sino que algunos distribuidores con los que ella y Kendall habían hablado también les habían mandado ya sus cajas, así como algunas editoriales con las que trató Imogen, salvo con la suya, de la que se encargó Kendall.

Para olvidarse de todo eso, se acercó a una de las ventanas, desde allí vio las montañas, el resto de calles, que había detrás de los edificios de Main Street, con sus casitas; algunas, con sus piscinas; otras, con árboles plantados.

—El domingo, Jared y yo montaremos las estanterías —les contó —, tenemos el fin de semana libre.

—Para ese día tendremos más libros, entre hoy y mañana recibiremos el doble de cajas, ¿verdad? —Kendall miró a Imogen, que asintió.

—Todavía no has visto los alrededores, ¿verdad? —Quiso confirmar Mark.

—No, y con el trabajo lo dudo.

—Mañana tómate el día libre —le propuso Kendall.

—¡No! He venido a trabajar.

—Este es tu nuevo hogar. —Esa palabra logró que la respiración se le cortase y el corazón se le acelerase, pues desde que había llegado

el tiempo se le pasó rapidísimo. Sin embargo, Mark tenía razón, era su hogar y no lo había visitado, solo había contemplado desde la ventana de su habitación las vistas que tenía de las colinas como del río, sin poner un pie en la vegetación que a veces percibía que la llamaba desde lo lejos. A veces no entendemos que un lugar nos pueda convocar, si lo hace es por algo, quizá allí encontremos lo que menos nos esperamos. Imogen todavía no había caído en ese detalle, solo volvió a mirar a su amiga regresando a la realidad—. Vives aquí, debes hacer alguna ruta senderista. Los árboles, con este buen tiempo y sin viento, tardarán un poco más en perder las hojas, te anima a que vayas, está muy bonito el valle. —Mark era guardia forestal y se notaba.

—Bueno, vale, pero si necesitas que esté aquí, avisadme —claudicó Imogen no muy segura—. Aunque debería estar aquí, acabo de empezar.

—Me las he apañado hasta ahora sin ti —afirmó Kendall, y su amiga no pudo protestar.

«Pues nada, a hacer la cabra es lo que toca», resopló su cerebro, cansado cuando aún no había salido de excursión.

Capítulo 7

El hombre que no salió debajo de una col, sino de una cueva

Aunque no era buena andadora, Imogen les hizo caso a Mark y Kendall, desempolvó una mochila, metió unas botellas de agua, unos sándwiches para comer y se propuso pasar un día campestre, siendo consciente de que terminaría con unas agujetas hasta en las pestañas; era lo que tenía ir tantos años de aquí para allá en metro. Todo merecería la pena por un poco de aire puro, los bosques y la naturaleza más vírgenes que le ofrecía aquel pueblecito. Además, no se pagaba con todo el oro del mundo vivir al lado del Hudson. La ruta seleccionada fue Bull Hill Full Loop, de unos 8,5 kilómetros, al leer ese dato ¡los ojos casi le salen de las cuencas!

«A ver quién es la guapa que sale viva de esta», pensó para sí misma, y no terminaba ahí la cosa, era circular, por lo tanto comenzaba donde finalizaba, algo bueno para quien tenía una orientación cero siendo muy optimista. La caminata empezaba en el aparcamiento de Little Stony Point, justo al norte de Cold Spring, y tomó el sendero Washburn Trail, cuyo camino, por algunas zonas,

estaba parcialmente pavimentado. A medida que se introducía por esas sinuosas sendas, percibió que algunos tramos estaban hechos por ruedas de coches o caminos, y así era, porque había una antigua cantera de piedra abandonada hacía muchos años y engullida casi por la naturaleza, a la que le importaba bien poco la fuerza de la gravedad, ya que ¡ERA EMPINADA, LA JODIDA!

—Es bueno para fortalecer el culo, mañana lo tendré endurecido y dolorido —musitó por lo bajini para sí misma. Lo que nadie le había advertido fue que llevaba hacia un acantilado que cortaba la respiración y donde mucha mucha gente practicaba alpinismo, claro, los más atrevidos. Esos que tienen un corazón a prueba de bombas. Imogen se detuvo para mirar hacia arriba, veía como los humanos se convertían en meros puntos en comparación con la mole rocosa que tenía delante—. ¡Ay, mi madre, como se despeñe una piedra! —exclamó con horror.

—No pasa nada, es seguro. —Le sonrió y confirmó un monitor que estaba allí dando clases de alpinismo a algunas personas.

Ella asintió al hombre para continuar la ruta, sin tranquilizarse, pero lo que parecía una pesadilla natural se convirtió en un verdadero espectáculo cuando, siguiendo los pasos de un grupo, entró en una verdadera zona sacada de un cuento de hadas: la roca casi era engullida por la vegetación, en la que los helechos eran más grandes que la hierba; las enredaderas acompañaban a las alturas a esos enormes robles; los que más proliferaban mantenían sus copas de un verde intenso, al tiempo que todos los de su alrededor —castaños, las hayas o los abedules, había otros que no reconoció— estaban vestidos con el manto del otoño creando un cielo sobre la cabeza de Imogen donde los dorados y los rojizos eran los que más predominaban, mientras que el suelo estaba lleno de hojas marrones que no podían soportar el peso de la estación y, gracias a su caída,

sus dueños podrían aguantar un invierno más. En mitad de ese esplendor, en el que la naturaleza mostraba que era la mejor pintora del mundo, pues en cada uno de ellos se podía palpar y vivir el otoño de verdad, que nada tenía que ver con el de la ciudad, ya que embriagaba al espectador con su magia, se percató de que colaboraban a que dejara la mente en blanco para estar pendiente de aquel entorno natural que la rodeaba y que tenía una fuerza única, especial, que la vaciaba por dentro a la vez que el río Hudson arrastraba todo lo que había vivido en las últimas semanas. Había una oportunidad para ella en aquel lugar que le abrazaba el alma. A eso se le sumó que vivió algo tan mágico como ver a una ardilla gris. Todo el mundo había visto una, pero por más que se empeñase, en Central Park huían de ella, jamás de los jamases lo había conseguido; también avistó una liebre saltando libremente. Llegó a uno de los miradores sin apenas darse cuenta, con el corazón temblando de felicidad, y ante sí tuvo la imagen más bella: las colinas ondulantes del valle del Hudson.

De pronto, un graznido familiar hizo que levantase la mirada para observar el vuelo de un águila calva, la había visto mucho en la tele, era símbolo del país, pero distinguirla en vivo y en directo cortaba la respiración. Imogen no se había percatado de los regalos que le ofrecía Cold Spring al darle la oportunidad de experimentar tan de cerca la naturaleza más salvaje. ¡NO LE LLEGABAN LOS OJOS PARA VERLO TODO! Después continuó por esos caminos, algunos más estrechos que otros, en los que notaba las piedras bajo las suelas de los tenis, que ni se enteraba de que se le clavaban.

Agradeció seguir el consejo de Mark y Kendall, ¡lo que se hubiese perdido! Continuó hacia la frondosidad del bosque solo acompañada por el trinar de los pájaros, no había ruido de coches, de conversaciones, no había asfalto ni tubos de escape soltando humo,

eran ella y esos animales que no alcanzaba a ver, y el agua, pues oía su discurrir; más pronto que tarde descubrió que se trataba de un arroyo que cruzaba parte de la montaña. No lo siguió, sino que avanzó hasta un claro en el que se paró a comer algo, sentándose en una roca plana.

—Tengo que buscar lo que significa ver ardillas.

—Alegría, pasión por la vida o energía, por su correteo a toda velocidad —dijo una voz masculina.

Del susto, pegó un brincó y el sándwich salió volando de sus manos y nada más caer se despeñó, lo que aprovecharon dos ardillas para obtener su ansiada recompensa.

—¡OH, DIOS, UN ASALTADOR DE CAMINOS! —gritó enloquecida y con el corazón en la boca. Si eso no llegaba comenzó a visualizar la situación su mente enloquecida su propio rapto, o lo que era peor, su asesinato. Se levantó, se aferró a una rama como quien coge una escopeta y, cual espartano de una película contra un ateniense, al grito de «¡au, au, au!», se abalanzó sobre él para pegarle con la ramita como si fuera un látigo, así sonaba al roce de la ropa de él.

—¡AAAAAH, FUERA! —Se defendió—. Fuera, fuera, déjame, no me vas a secuestrar, antes te meto esta vara por los ojos. —Unos brazos fuertes la sujetaron—. Suéltame, ¡que me sueltes, te digo!

—Tú deja de pegarme. —Quiso hacer un trato aquel hombre salido de la nada.

—No lo haré.

—Pues no te soltaré. —Dicho y hecho, porque la sujetó más fuerte y la levantó.

—Déjame en el suelo, no soy un saco de patatas, suéltame o te arreo una patada en la huevera.

—Vale —cedió a la amenaza—, pero suelta la rama, no te voy a hacer daño.

—Todos los hombres decís lo mismo y luego sois como Jack el Destripador.

—No soy de esos.

Él la fue bajando con delicadeza como le había prometido, e Imogen cuando notó los pies en el suelo, con el corazón megaacelerado, abrió los ojos, ¿los había cerrado? ¿Cuándo? Ni se había enterado, su lengua se soltó sin importar las consecuencias.

—A ti te conozco. —Entrecerró los ojos, que se hicieron más verdes entre las rendijas de sus cejas oscuras.

—Pues mira qué bien. ¿De dónde coño has salido? —reiteró la pregunta con los brazos en jarras.

—De aquí.

—¿Es que eres el hombre viejo de los bosques o similar? —Se había pasado, lo de viejo no le hacía justicia a un hombre que aparentaba su misma edad, o quizá un año más. Fuera como fuese, había leído muchas leyendas sobre los ancianos que protegían los bosques. Hizo muy bien callarse lo de «anciano».

—¿«Viejo»? —Parpadeó en su dirección, ¡le había sentado fatal!

Imogen no claudicó.

—Mira, ya me entiendes. —No supo qué argumentar.

—Va a ser que no.

—Está bien, no hablamos el mismo idioma, ¿eres un violador, un secuestrador?

—Me has llamado «viejo» y ahora «violador». —Se cruzó de brazos y la camiseta se le tensó por los músculos.

«Mucho músculo y poco cerebro», se apuntó a sí misma. «El músculo no hace al hombre».

—¿De dónde has salido?

—Del sendero —contestó a su pregunta al fin.

—Ya. —No se creyó una palabra—. Entonces vives aquí, en alguna

cueva cercana. —Se había vuelto a coronar; se notaba que era un hombre civilizado, pero las apariencias engañaban como en *La Bella y la Bestia*, aunque ella podía ser la bestia bruta de la historia.

—No, en mi casa de Cold Spring —especificó él.

—¿Perdona?

—No te perdono lo de «viejo» —le había jodido y dolido—, y muy mal alimentando a las ardillas —la regañó.

—¿Es que me recriminas que se me cayera al suelo por culpa de tu susto? —Él asintió en silencio—. ¡Eres más tonto del culo de lo que creía!

—Un respeto.

—El mismo que me tienes a mí. —Dio una patada en el suelo—. Estaba comiendo, mirándolas antes de retomar mi camino, ¡no las estaba alimentando!

—Lo tiraste al suelo.

—¡Se me cayó!

—Estabas hablando sola. —No se daba por vencido.

Imogen ya no podía más con ese hombre.

—Oye, mira, tío, siento que tengas un cerebro de mosquito, pero vete a paseo.

—Ya estoy de paseo.

Ella puso los ojos en blanco, la estaba guaseando.

—Hablo en serio.

—Yo también.

Estaba claro, ese tío había aparecido a saber de dónde solo para joderle el día.

—Me has asustado, uno no se puede acercar a las personas en silencio e ir pegando sustos de muerte a diestro y siniestro. —Inclinó el cuerpo a la vez que elevaba la voz.

Por un momento se sostuvieron la mirada. Era una batalla entre

unos ojos azules y los ojos verdes de aquel hombre que contrastaban con su pelo castaño bastante oscuro, y que parecía un hechizo de la misma naturaleza no por llevarle la contraria, era muy guapo, tanto que no se cansaba de contemplarlo. Su mirada proyectaba tal fuerza que sus pies, si no fuera por la prohibición de su cerebro, caminarían hacia él. Tenía un rostro alargado muy bonito, en el que su frente comenzaba en un pico que le hacía el pelo antes de abrirse en unas pequeñas entradas para continuar por la sien hasta las patillas, donde comenzaba una sinuosa barba de varios días que le marcaba la mandíbula. Imogen, que continuaba con sus ojos clavados en él, sintió una fuerza que se acumulaba entre ambos y supo lo que era la atracción. Jamás la había percibido de ese modo, era una electricidad que iba y venía por todo el bosque, como si la exhalara de lo más hondo de su tierra. Era arrolladora, furiosa, era una tormenta, y a ninguno lo dejaba indiferente, tanto era así que los pezones se le tensaron.

«Muy bonito por parte de mi cuerpo, en el momento más oportuno se tensan, ojalá escupieran fuego para calcinarlo», ya se sermoneaba a sí misma.

—Mira, déjalo, no vamos a llegar a ningún lado. —Ella fue la primera en separar los ojos.

Se dirigió a la roca para recoger todas sus pertenencias y se colgó la mochila al hombro.

—¿Vas a Cold Spring? —Se interesó él.

—No te importa y no soy de ningún lado, soy mochilera y hago autostop.

—¡Y tienes miedo de mí! Te contradices.

—Ya ves, soy mujer porque yo valgo.

Caminó a grandes zancadas y por encima del hombro vio como la seguía.

—Por ahí no se va a Cold Spring —le advirtió.

Ella no le hizo ni caso. El sol del mediodía se filtraba por entre las ramas de los árboles, y si uno se paraba a mirarlas, parecían casi transparentes y se volvían finas, delicadas, al igual que toda la vida natural que la rodeaba, pues desde que ese desconocido sin nombre había aparecido, ya no escuchaba el trinar de los pájaros que a lo largo de la mañana tanto había agradecido.

—¿Quieres parar y escucharme? —insistió él.

—No me da la gana. —Le dio la respuesta—. Aparte, no me conoces.

—Tú a mí tampoco, y los adjetivos que me has lanzado son de los más bonitos.

—Pues pasa de largo. —Se encogió de hombros—. Ni que te hubiese encontrado debajo de la col en la que naciste.

—Vas por el camino contrario a Cold Spring. —Aquella era una advertencia a tener en cuenta, pero no le creyó una palabra, ¡a saber a dónde quería llevarla!

Ella se giró y caminó hacia atrás.

—Es que no pienso hacer caso a un desconocido...

—Por miedo a que te lleve a mi cueva.

—Exacto. —Extendió los brazos.

—¡Cuidado! —le gritó él cuando ya era muy tarde.

De pronto, Imogen se vio impelida hacia atrás.

—¡QUE ME VOY! —vociferó a la vez que rodaba cuesta abajo como una pelota y sin frenos. Sin poder pensar, su cerebro rebotaba por todo el cráneo; en un momento, levantó un brazo, y más tarde que pronto, se agarró a un madero—. ¡Socorro... Socorro que me la pego! —Cerró los ojos fuerte por el miedo que la recorría por olas cada vez más intensas, aunque era el modo de evitar mirar hacia abajo.

—Sujétate con firmeza. —Sus dedos se aferraron con más brío al madero, que crujió.

—De esta me despeño y me rompo la cabeza, lo veo. —Contuvo el aire.

—No te imagines tanto —le dijo él manteniendo la tranquilidad.

—Claro, como tú no estás colgando como una salchicha...

Imogen escuchaba crujir las ramitas pisadas sobre la hierba; y los mismos dedos largos, fuertes y esta vez cálidos, la cogieron por la muñeca.

—Dame la otra mano. —Ella tardó unos minutos en intentarlo, en cuanto comprobó que podía, levantó el brazo—. Te tengo.

Él la pegó a su cuerpo al tiempo que el trozo de madera terminaba cediendo. Ella lo observaba tan horrorizada que comenzó a temblar.

—Jamás estuve tan cerca de la muerte —musitó.

—Estás sana y salva. —La estrechó entre sus brazos para confortarla, aunque ella no entendía por qué estaba tan a gusto. Por unos instantes se dejó cuidar hasta que comprendió que él era un hombre.

—¡Eh, que corra el aire, gracias! —Se apartó un poco y se puso a limpiarse—. ¡Joder, qué miedo!

—Es porque no conoces estos caminos —le explicó él.

Ella alzó la vista y lo miró para quedarse prendida de su perfil que parecía tallado por el mejor escultor. Agito la cabeza antes de que él la pillara contemplándolo, lo que podía provocar que se lo creyera y se subiera a la parra.

—Primero, gracias, y algún día los aprenderé.

—Eso espero, aunque te los puedo enseñar. —En sus labios se dibujó una sonrisa sesgada—. Vamos para arriba, ¿puedes?

—Sí, porque no siento nada.

Lo siguió sin soltarse de su mano, que con el calor se adherían la una a la otra debido a que el ambiente caldeado por la temperatura del día y un tanto húmedo no solo por el Hudson, sino por el riachuelo que no había dejado de escuchar, aumentaban la sensación de bochorno y la ropa se le pegaba. A él no le afectaba o eso aparentaba, ya que con suma agilidad la conducía a zona segura; sus piernas largas no se resentían a esa cuesta empinada, sabía dónde pisar con seguridad y se movía como pez por el agua en ese lugar. Arriba, Imogen respiró tranquila.

—Gracias. —Estaba un poco más calmada—. Me has salvado.

—No hay de qué. —Él notó que ella cogía aire de modo entrecortado—. Sosiégate.

—Ya lo estoy...

—Por eso no me sueltas la mano. —Señaló él alzando las cejas en dirección a sus manos todavía unidas.

—¡Ups! Perdón.

—Ahora te voy a llevar sana y salva a Cold Spring.

Imogen no dijo nada en esa ocasión, solo se dedicó a seguirlo y no terminó como indicaba la ruta, en el mismo punto al ser circular, sino que él, muy conocedor de todos esos caminos, la acercó hasta casi el centro del pueblo.

—Bueno, como ves, sana y salva. —Imogen miró a su alrededor—. Aquí nos separamos.

—Sí —dijo con una punzada triste, aunque supuso que era por el susto de la caída—. Gracias.

—No hay de qué. Adiós. —Levantó la mano a modo de despedida.

Cogiendo los caminos contrarios comenzaron a andar; y cuando ella miró hacia atrás, él había desaparecido como por arte de magia.

¿Cómo pudo sentirse tan a gusto con un desconocido?

¿Se volverían a ver?

Capítulo 8

Imogen, no digas eso

Imogen, la noche anterior, había dormido a pierna suelta, ya que cuando llegó a su casa, se duchó y cenó un tazón de leche caliente con cereales; la cama la llamó desde lejos, susurrando: «Ven, te estoy esperando». Cuando se metió, el colchón la abrazó blandito y mullido para susurrarle una nana que la dejó cao o fuera de cobertura. Sin embargo, se fue despertando a cada hora en punto a causa de que todavía notaba la presencia del desconocido, tenía la sensación que la perseguía allá a donde fuera. Quizá fuera el soplido del viento, que se colaba por la ventana con ese silbido tan característico y que era la primera demostración de que el tiempo estaba cambiando. Aun así, hacía muchos años que vivía sola, desde la universidad; era cierto que Kendall y ella habían compartido piso, sobre todo los primeros años que estuvieron trabajando en Nueva York, aunque nunca se había considerado una gallina, no era de las clásicas personas a las que les asustaba la oscuridad, los truenos les hicieran temblar el corazón o se estremecieran por cualquier ruido. No, no era de esas. Pero por mucho que la hubiese salvado y

acompañado, posteriormente, hasta el pueblo, aquellos ojos verdes, que se confundían con la naturaleza que los rodeaba, eran dos faros sobrenaturales que la observaban y la alteraban, pues nunca un hombre la había afectado tanto como ese que pasó a llamar «el sin nombre».

Miró el despertador, en una hora amanecería, y como dormir ya no era una posibilidad, porque su mente podía dibujar su rostro de finas líneas alargadas, su nariz un poco más ancha en la punta y esa boca de labios finos, que parecían dulces, pero siempre dispuesta a soltar alguna impertinencia, se levantó para abrir la ventana. Una bocanada de aire frío entró y le lamió la piel, aún usaba un pijama de verano. Observó, a contraluz de las farolas, la suave bruma que parecía transcurrir por encima del Hudson a la velocidad que llevaba el agua, un olor un tanto metálico también se coló por sus fosas nasales. Era el aliento del río.

Fue directa a la ducha y permitió que el agua caliente se llevara el recuerdo del desconocido, ¡no lo iba a volver a ver!, ¿qué hacía pensando en él como una obsesa? Dejó que el agua corriente lo alejase de ella. Una vez lista, se vistió con un chándal de pantalón gris y sudadera rosa con una gran calabaza; así, salió en dirección hacia la cafetería, donde, por el camino, se encontró con hojas esparcidas por toda la carretera y en algunos lados se amontonaban en contra del envite del viento.

Abrió la puerta de la cafetería, que ese día, por motivos obvios (al montar las estanterías de la librería), permanecería cerrada de nuevo. Se dirigió escaleras arriba para comenzar a colocarlo todo a su gusto, los escritorios con sus sillas, los detalles que había comprado, como la gorra estilo Sherlock —la había guardado de una vez que se había disfrazado—, la puso en el respaldo de la silla, o algunos papeles encima de la mesa de Austen. El tiempo fue

pasando al son de la música de Benson Boone, Sabrina Carpenter y otros. Cuando llegaron Mark y Kendall, desayunó, pues no había probado bocado. Luego, con una impaciencia sobrenatural, las dos amigas colocaron las huellas negras que se asemejaban a pisadas.

—¿Cómo fue ayer la caminata? —le preguntó Mark, abriendo una de las cajas en las que habían envasado las estanterías y sacando las instrucciones para montarlas.

—Bien...

—¿Tienes agujetas? —apostilló Kendall, divertida.

—Oye, que mi situación física no le importa a nadie —le respondió a su amiga, quien por un wasap se lo había advertido—. Aunque la mental debería. —Se le escapó, cuando nadie sabía nada del desconocido.

—¿Y eso? —Mark, durante unos segundos, paró de abrir la caja—. ¿Tuviste algún problema?

—Pues mira, ahora que lo dices, sí —sentenció. Imogen les narró la ruta que hizo, lo mucho que le había gustado el entorno natural de Cold Spring y la ilusión, casi infantil, que la embargó al encontrar unas ardillas—. Nunca había visto una —dijo, encogiéndose de hombros sin borrar la sonrisa.

—En el parque las hay —intervino Mark, haciendo referencia al Central Park.

—Huían de mí, ¿vale?, y aquí lo he conseguido, pero estaba comiendo tan tranquila y un tío me atacó. —Ladeó la cabeza, había escogido muy mal el verbo.

—¿Te atacó? —Mark se tensó, aquello no le había hecho ninguna gracia; de hecho, su rostro se puso demasiado serio.

—Bueno, a ver, me expresé mal, no me asaltó, se metió conmigo. No lo vi venir y me pegó un susto de muerte. —La campanilla de la cafetería tintineó—. Lo siento, hoy estamos cerrados al público,

gracias. —Agitó la mano en el aire para que la persona se marchara —. Bueno, a lo que iba, que lo llamé «anciano de los bosques», esos que aparecen en las leyendas como cuidadores de la naturaleza. Mark, ¿tenéis alguna leyenda que haga referencia a esos ancianos?

—¿Lo llamaste «anciano»? —Kendall no daba crédito, aunque no se sorprendió.

—Sí, pero no utilicé esa palabra, sino «viejo». Estaba bloqueada y no me salió «anciano». —Al observar a Mark, se fijó que este miraba algo por encima de su cabeza y alzaba las cejas a modo de saludo. Imogen frunció el ceño hasta que cayó en la cuenta—. No me jodas, que el personaje del que hablo está detrás. —Señaló por encima del hombro con el dedo pulgar.

—Así que hoy no soy viejo, soy anciano. —Aquella voz tan viril y aterciopelada le llegaba a escasos metros de su espalda.

Imogen dejó caer la cabeza hacia delante.

—Lo que me faltaba... ¡Vale, me bajo del mundo!

—No, a mí no me vale —protestó él.

—Imogen, creo que ya has visto a Jared, así que no hacen falta las presentaciones. —Kendall se calló al ver la cara de ella de no entender nada—. ¿No te acuerdas de Jared?

Se giró y al mirarlo, sí, ahí estaba el mejor amigo de Mark, que en dos ocasiones la había acompañado hasta la puerta de su casa y una de ellas había pagado el taxi.

—¿No te acuerdas de mí? —Volvía a estar ofendido.

—Sí que me acuerdo de ti. —Como para no hacerlo, él se había portado mejor que todos los años que estuvo junto a Howie—. Puto karma de mierda; y no, no hace falta que llames a la policía, me... —le encasquetó, aunque su mente fue por otros derroteros al recordar un detalle—. Tú ayer sabías quién era, por eso me dijiste que me conocías.

Él asintió.

—No te falla la memoria.

—Pero ¿de qué vas?

—Me llamas «viejo» y te ha costado acordarte de mí, no digo nada. —Levantó las manos.

—Entonces, calla —le ordenó.

—Contigo delante es imposible —le contestó con indolencia—. Ahora entiendo por qué no estabas pendiente de tus pertenencias ayer.

—¡¿DISCULPA?! —La ofendida era ella—. Cómo iba a estar pendiente de nada si no parabas de hablar como una cotorra.

—¿Cotorra yo? Dirás tú, que por algo estabas hablando sola —le encasquetó, con una sonrisilla chulesca.

—¿Estabas hablando sola? —interrumpió la contienda Kendall.

—Sí, pero hay una ardilla de testigo que me escuchaba, además —Imogen volvió su atención a Jared— te metiste en mi conversación, pasaras de largo.

—Tenías una duda y te la solucioné.

—¿Una duda?, ¿quién habla de dudas? —No lo iba a reconocer—. Metiste las narices donde no te importa. —Imogen se cruzó de brazos—. Ya veo, de profesión: COTILLA.

—Prefiero cotilla a viejo.

—Eres un fantasma —arremetió contra él.

—Y tú piensas que las ardillas son Chip y Chop. —Sus ojos verdes pasaron de ella a Mark—. Le dio de comer a las ardillas —lo dijo como si fuera una ofensa.

—Eso no se puede hacer —comentó Mark, que calló con la mirada asesina de Imogen.

—Gracias por el apoyo. —La joven frunció los labios—. Tuviste suerte de que no te llamase «fósil».

—Los fósiles no hablan.

—Por eso mismo. —La mente de Imogen dio con algo que no contaba—. Gilipichis los tres, esto fue una encerrona.

—No —respondió al unísono el trío.

—Disimulad —dijo entre dientes.

—Aún encima de que te salvé la vida, agradecida tendrías que estar. —Jared no le daba tregua.

—Bueno, no te vengas arriba. —Lo quiso callar. Tampoco iba a reconocer que casi se rompe la cabeza.

—Rodaste como una pelota. —Que lo dijera él sonó mucho peor de lo que pensaba.

—Para empezar —ya estaba hasta las narices de aquel tipo—, no le di de comer a las ardillas, del susto que me diste, se me cayó el bocadillo y no pude recogerlo porque me tenías temblando; segundo, me perseguías.

—Y tú me pegaste —añadió Jared.

—Y más que debía darte...

—¡Haya paz! —Se interpuso entre ellos Kendall—. Imogen, necesitamos a Jared, porque es quien nos va a ayudar a colocar las estanterías. —Sus palabras la frenaron de continuar hablando—. Por favor, empezad —les pidió a los chicos.

Imogen se fijó en Jared, a pesar de su guapura subida, su expresión parecía tan escéptica que las cejas tendían a juntarse y saltaba a la vista que no iba a añadir nada más, algo que agradeció.

Su amiga se la llevó abajo para hablar con ella sin que los chicos las oyeran.

—No te enfades con él —le pidió Kendall en el obrador.

—¿Es que no lo has visto? Tiene aires de «soy el amo del mundo».

—Imogen, no es así, es un buen hombre y tiene buena mano para

los arreglos.

—Esperemos que las estanterías no se vengan abajo. —No daba el brazo a torcer.

—Te he oído —gritó desde arriba—. ¡Menuda mujer! —protestó Jared.

—¡Ey, no! —La frenó Kendall—. Vamos a preparar un café.

Aunque tenían la máquina grande de la cafetería, a ellas les gustaba tener la suya propia, de ahí que Kendall la dirigiera a la cocina, donde puso al fuego la cafetera italiana y una tetera, mientras arriba se oía a los chicos hablar.

—Relaja la cara. —Kendall se sentía impotente.

—Claro, no tienes al anciano de los bosques...

—Imogen. —El tono de advertencia de su amiga la hizo aminorar.

—Vale, está bien, y lo hago por Mark y por ti.

—Dale una oportunidad.

—Sí, sí. Lo peor es que hasta ahora no me acordé de él... Estaba enchochada —lo dijo como si esa fuera la respuesta a todas las dudas—, no pensaba más allá del mamarracho.

—Lo sé, pero, chica, que Jared está muy bien.

—No hagas de casamentera. —La señaló con el dedo apuntador.

La cafetera y la tetera silbaron al mismo tiempo, así que Kendall preparó unas infusiones para los chicos y para ellas, unos cafés, a los que añadió unos bocados de nata.

—Tranquila, nunca lo vi así, siempre espanta a todas como a moscas. —Le tendió la taza.

—¿Por? —Imogen frunció el ceño y tomó un sorbo del rico café que la relajó.

—Jared tiene a todas las chicas de Cold Spring locas, y su boda...

—¿Está casado? —Se llevó las manos a la cabeza—. Pobre mujer.

—Ya te enterarás de su historia —dijo con misterio Kendall, lo que

escoció a Imogen, porque le habría encantado saberlo ya.

—¡Uy!, hay salseo, lo noto, cuenta.

—No diré nada.

—Vaya, eres una quita ganas.

Cuando subieron con bebidas, los chicos ya tenían montadas dos estanterías y Jared ya estaba terminando la tercera. Colocadas, Imogen alucinó, ya que eran de un estilo victoriano elegante.

—Buen trabajo —expresó con admiración, pero no se dio cuenta de que estaba al lado de Jared.

—Gracias por tus palabras bonitas —le contestó.

—Menudo creído, ¡dame paciencia, Señor! —suspiró.

—¡Eso es lo que necesito yo! —le volvió a responder.

Aquel tío se iba a convertir en su peor pesadilla.

Capítulo 9

Imogen, ¡TAMPOCO HAGAS ESO!

Querida Imogen,

Aquí tienes los ejemplares de mi primera novela, esa que tanto empeño le pusiste en que saliera publicada y como a mí me gustaba. Añado volúmenes de mi nuevo libro, uno te lo dedico, lo verás envuelto en papel de seda. Cuenta conmigo para todo lo que necesites, porque mi éxito te lo debo a ti, tú fuiste la primera en creer en mí y en mis palabras.

Randal

A Imogen se le humedecieron los ojos al leer esa nota que la removió por dentro, que le recordó que hubo otra vida antes de la cafetería y que no había superado. De pronto, creyéndose sola, pues Mark, Jared y Kendall habían salido, las lágrimas a causa de los recuerdos la azotaron: oyó cómo sus zapatos sonaban por los pasillos de la editorial o el tecleo frenético de sus compañeros en sus ordenadores. Pegó el libro a la nariz, el olor a tinta, a papel nuevo le golpeó el alma al encontrarse con la primera caja abierta llena de ejemplares. Era uno de los tres envíos especiales, se trataba de un autor que había descubierto el verano pasado antes de terminar las vacaciones y había alcanzado un éxito tremendo, ¡fue un bombazo!

Cuando a Randal le había comunicado que abandonaba la editorial, estuvo dispuesto a marcharse con ella a la que fuera. También, otros dos autores le habían remitido sus respectivas cajas, que tenía delante con volúmenes de sus obras para que las pusiera a la venta en la cafetería. No solo eso, sino que le ofrecieron hacer presentaciones en Cold Spring, hecho que le había arrancado una sonrisa.

«Has dado con gente buena», era la recompensa que le había dado su antiguo empleo.

—¿Has trabajado en una editorial? —preguntó Jared, que había vuelto a salir de la nada.

—Pero bueno... —Se limpió los ojos con rapidez.

—La campanita de la puerta ha sonado, si estás sorda o en otro mundo no es cosa mía —se defendió él.

—Pues pisa más fuerte, hazte notar antes de que me mates —le encasquetó por encima del hombro.

—Eres peor que una chuleta de... —removió la lengua en el interior de la boca antes de rematar la frase— de cerdo.

—Vaya, muy agradable.

—Lo sé, cuando quiero soy como un bombón.

—Ya quisieras tú.

Él dio un paso hacia delante.

—Me culpas de estar en otro mundo y que no me oyes, pues nada, me pondré zapatos de tacón para que a la señora no le dé un síncope.

—Eso me gustaría verlo.

—¿Lo del síncope? —Chasqueó la lengua—. No te creía tan masoca.

—No, hombre, quiero ver cómo te las apañas en zapatos de tacón. —Apretó los labios para no reírse—. Eso no debe tener desperdicio,

es más, se haría viral en TikTok.

—No lo verán tus ojos.

—No me puedo perder el momento en el que beses el suelo.

—Muy graciosa. —Estaba molesto.

—Sí, lo soy, pero la cuestión es: ¿sabes lo que es la intimidad de una persona? —Esa pregunta la soltó a las bravas. Al girarse para pedirle disculpas por haber sido tan bestia, se fijó en cómo Jared se había puesto blanco, luego sus mejillas enrojecieron como un pimiento. Imogen se arrepintió aún más—. Sí, he trabajado en una editorial —le respondió a la pregunta para enmendar su mala educación.

—Lo siento, aquí es normal tratarnos con total confianza, y no me acuerdo de que eres nueva en Cold Spring. —Levantó la bolsa que le colgaba de una mano—. He traído algo para llenar el estómago. Te espero en el obrador, lo tomaremos allí. —Jared se fue.

Ella, tras quedarse sola de nuevo, se arrepintió, no debió de responderle así, pero... la sacaba de quicio. Resopló, eran tantas las emociones encontradas que la embargaban que, para no pensar, lo cual era difícil, abrió las otras cajas de los autores. En cada una de ellas, había una nota con palabras de agradecimiento por lo bien que se había portado con ellos, por cómo los había cuidado y por ser la primera que había apostado tan fuerte por sus obras. Aquello le produjo un dolor de corazón que no había modo de describirlo y estaba claro que su nuevo lema de vida —«No abrirse de piernas con un hombre»— era de lo más acertado. Pero no pudo más que fustigarse.

—Has sido una idiota, ¿por qué, Imogen, por qué? Vete a la mierda, chica —se increpó. En el fondo no se había perdonado, pese a que el futuro le estaba sonriendo con nuevos horizontes y nuevos sueños.

—No te vayas a la mierda —le dijo Jared en voz baja para consolarla—. No sé qué pasó o lo que viviste, pero lo hecho, hecho está, y si ha sucedido es por algo. Estás aquí. —Él se acuclilló a su lado, y con cuidado, como si no quisiera asustarla y que se desvaneciera, le separó las manos de los ojos. En cuanto sus miradas se encontraron, a Imogen le sucedió algo que jamás había vivido: se quedó atrapada en el verde de sus ojos y una voz mágica le susurró al oído que ese era su lugar, uno seguro. Su hogar. El corazón le pegó un puñetazo en medio del pecho. Jamás había sentido nada igual, pero no tenía miedo—. Estás aquí, estás dando forma a una librería, y eso —con un gesto de cabeza señaló las cajas —, eso es pasado.

—Ya —musitó Imogen sin apartar la vista de él, le era imposible; además, sabía que estaba en lo cierto.

Jared se puso en pie.

—No hay nada mejor para digerir el pasado que unos buenos sándwiches.

Él le tendió la mano para ayudarla a levantarse, pero lo hizo sin cogerla, y la bajó en cuanto la vio de pie.

—Vamos —le indicó ella para ir al obrador.

Las palabras de Jared tenían un poso de verdad muy grande: si lo sopesaba, nada de lo que estaba sucediendo habría ocurrido, la cafetería, su traslado a Cold Spring. Su vida había pasado del agobio de no llegar tarde a ningún sitio a alcanzar una cierta tranquilidad, a no mirar el calendario y sentirse ahogada. Era su propia dueña, su jefa. En el fondo, el cambio había sido para mejor. Cuando cruzó la puerta del obrador, el nudo que le había atenazado la garganta se aflojó y observó cómo la presencia de Jared lo transformaba todo, su altura lo hacía un sitio diferente, lo ocupaba todo, y su alma solo quería abrazarlo al igual que aquella noche que tras un breve paseo

la acompañó a casa, quedando ella sobre el primer escalón que la llevaba a la entrada de su antiguo apartamento; estaban a la misma altura y por un instante anheló tener a un hombre como él, deseó que la besara y, aunque lo hizo, fue un casto beso en la mejilla que todavía no tenía una explicación.

Agitó la cabeza, debía olvidarse también de aquello, por eso cogió el sándwich y le pegó el primer mordisco.

—¿Esto está buenísimo? —Lo miró con cara de alucine.

—Es de la panadería de aquí al lado, hace unos bocadillos muy buenos —le aseguró él, a lo que ella asintió al morder el siguiente bocado. Conocía a su dueña Shannon—. Ahora, os toca hacerle la competencia.

—No me gusta competir con nadie, ¿sabes? —Se encogió de hombros a la vez que negaba con la cabeza—. Lo veo ridículo, porque a esa panadería no le vamos a quitar su clientela, nosotras serviremos desayunos, brunch, mezclaremos lo dulce y lo salado con el añadido de que si quieres un café, lo puedes tomar mirando libros. Que no sirva de precedente, pero tienes razón, le haremos competencia a otros, no a ella.

—¿Tengo razón? —Alzó las cejas asombrado—. Repite, por favor. —Se señaló la oreja.

—Ni en sueños.

—¡Ajá! —Mientras Jared masticaba, asentía de forma positiva. Se puso un puño delante de la boca antes de decir—: Como puedes comprobar, el anciano de los bosques sabe de lo que habla —bromeó.

—Creo que tu nuevo mote es Casper, como el fantasma, porque te mueves así por la vida, con el sigilo de un ente paranormal.

—Tus piropos dejan mucho que desear.

—No es un piropo, quién te diera. —Continuó comiendo. Tenerlo

delante fue suficiente para que notase esa chispa de atracción entre ellos que la hacía respirar de modo entrecortado y que parecía que iba a explotar de un momento a otro, pues él, como si la notase (no estaba segura de si eso podía suceder) se acercó más a ella. Era una espiral gravitatoria que se cerraba en torno a su cuerpo. Le pegó otro mordisco a su sándwich, estaba demasiado bueno, y cambió de tema—. ¿Desde cuándo conoces a Mark? —Eso ya lo sabía.

—De toda la vida, somos de Cold Spring, hasta hemos estudiado juntos. —Jared no le escondió nada.

—¿También eres guardabosques?

—Así es. —Jared le pegó un pedazo de mordisco al bocadillo que lo dejó temblando.

—No sé dónde vives, pero cuidado con la cueva dentuda que tienes por boca, menudos mordiscos. —No se pudo callar.

—Nunca he visto un modo tan singular de preguntarle a una persona dónde vive, pues te informo que aquí en Cold Spring, hacia el norte. —Hizo un gesto con la cabeza antes de tragar—. ¿Eres de Nueva York?

—Sí, crecí en la ciudad, como Kendall. Éramos vecinas y siempre lo hicimos todo juntas. —Aquello había sonado un poquito mal—. Bueno, todo no, me refiero a que fuimos al mismo colegio, instituto, universidad y compartíamos este sueño. —Con el dedo índice señaló el obrador, aunque se refería a la cafetería—. Ella lo consiguió y ahora la he seguido. —En parte la historia no era así.

—Te quiere mucho y se preocupa por ti.

No esperaba que él dijese eso, estaba convencida de que su amiga algo había dicho delante de él o Mark se lo comentó.

—Lo sé. —Durante unos segundos se quedó mirando la comida—. Kendall es como una hermana para mí y gracias a ella puedo comenzar de cero en Cold Spring. —«Si no fuera por ella a saber

qué sería de mí», pensó para sí misma.

—Este es un buen lugar para que todos tus sueños se cumplan —le dijo en un susurro, aunque lo que más le sorprendió a Imogen fue lo enronquecida que se tornó su voz. Luego añadió—: Encontrarás tu sitio, estoy convencido.

—Tienes más esperanzas en mí que yo misma.

Él se encogió de hombros.

—Solo digo lo que veo, la pasión que le has puesto a la parte de arriba es de una persona que se agarra con esperanza al futuro. Eso me gusta.

—No pretendía que te gustara.

—Pues lo has conseguido. Ahora en serio, lo que estás logrando es increíble.

Ella asintió con la vista perdida en el acero de la isla que había en el centro del obrador y sus labios se escondieron en una fina línea antes de que terminase el último bocado de su sándwich. En medio de todo eso, se dio cuenta de un detalle y alzó la vista hacia él.

—Tú no estuviste en la remodelación.

—No —reconoció—, no pude, en esos momentos teníamos mucho trabajo. Vine cuando os fuisteis, antes de que se abriera, para revisar algunas instalaciones —le contestó sin nada que ocultar.

A ella le sorprendió que un hombre pudiera hablar de un modo tan abierto, sin secretos u ocultando información sensible que ella no pudiera saber. Eso fue a lo que Howie la acostumbró. Recordarlo le dio vértigo, no quería mezclar esos pensamientos con su nueva vida, no quería que nada se torciera. Ella se metió en la boca el último trozo de ese sándwich de pollo con lechuga, tomate y mayonesa, al mismo tiempo que se lavaba las manos.

—Gracias por la comida. —Esperó que el ruido del agua amortiguara su voz.

—No se dan cuando vas a tener que colocar todos esos libros —le recordó.

—Es fácil, van a ir colocados por géneros. —Se secó las manos en un paño limpio.

—Te ayudo —se ofreció de forma desinteresada, lo que sorprendió a Imogen.

—Primero lávate las manos.

—¿Me estás llamando «guarro»?

—Te he dicho lo que debes hacer antes de tocar un libro nuevo, lo de «guarro» lo añadiste de tu propia cosecha, no me culpes. Pero ¿no tienes que trabajar?

—No pasa nada, tengo dos días libres. Pasado mañana me perderás de vista.

—¡Hala, menudo subidón me acaba de dar! —Cerró las manos en puños e imitó un escalofrío de emoción, aunque una parte de ella no estaba segura de no verlo.

Jared se había acercado a ella para lavarse las manos, Imogen pudo embeberse de su físico: alto, no más que Mark, delgado, un tanto musculado sin ser exagerado, con un cuello fuerte que desprendía un aroma muy viril con notas amaderadas.

—Y tú no puedes negar que tienes una gran facilidad para meterte en líos. —Se la devolvió.

—¿Líos? Es mi segundo nombre. —Se cachondeó de sí misma.

—Me apartaré de ti.

—Te lo aconsejo —le advirtió a la vez que percibió que era muy mala idea que él se alejara.

No supo a qué debía achacarlo, pero en vez de darle vueltas, se sumió de nuevo en los pensamientos alrededor de la cantidad ingente de libros que debía colocar.

Subió con él detrás de ella, era consciente de su presencia por el

hormigueo que se le había despertado en el bajo vientre, pero la urgencia de tenerlo cerca se convirtió en algo imperioso, casi en una necesidad que la transformaba en gelatina. Jared era un completo desconocido, pese a que habían compartido alguna cena con sus amigos de las que no se acordaba. Así, bajo esas condiciones, comenzaron a trabajar, hasta que él encontró algo con qué entretenerla.

—¿Y estos escritorios? —Quiso saber él.

—Este imita al de Sherlock Holmes; el del otro extremo, al ser la parte de romántica, sería el de Jane Austen. Los compré en la tienda de antigüedades de aquí al lado. —Cuando los vio fue un flechazo a primera vista.

—Muy original —afirmó, con el agrado cubriéndole el rostro. Cuando no tenía la mandíbula tensa, se volvía aún más atractivo. Le pasó otro libro y abrió la boca por cómo los estaba colocando—. ¿Por qué pones esos con los cantos hacia fuera? —Le mostró su desacuerdo.

—Para que vean que hay ediciones especiales —le respondió sin hacerle mucho caso.

—Se van a estropear. —Se anticipó él.

Aquello hizo que ella se girara en la escalera.

—Oye, ¿estás aquí para echarme una mano o para criticarme? —No podía con ese hombre.

—Las dos cosas. —Dio un paso atrás para mirar el resultado. Ladeó la cabeza—. Bueno, no está mal, pero esos cantos pintados...

—A ver, listillo, ¿qué les sucede? —Se cruzó de brazos de muy mala gana y hundió las comisuras de los labios en la piel.

—Si los pones así pueden sufrir algún tipo de desperfectos.

—¿Te has quedado a gusto o te pica el culo por decir algo más?

—¡Qué maleducada! —le respondió sin expresión en la cara.

—Mucho, tengo una lengua muy sucia...

—Te la puedo limpiar. —Le guiñó un ojo.

—¿Tú qué estás, ligando o ayudándome? —Imogen ya había caído en brazos de la incontinencia verbal.

Jared se rascó la barbilla disimulando que pensaba y con el ceño un tanto fruncido.

—No sé, quizá la primera, quizá una mezcla de las dos.

—Aviso a navegantes: SE INFORMA AL SEÑOR CLIENTE QUE TENGO LAS PIERNAS PEGADAS CON LOCTITE, GRACIAS POR SU ATENCIÓN —lo dijo como si estuviera hablando por una megafonía de un centro comercial.

—¡Dios! —Se tapó la boca y la nariz con las manos—. ¡Pero qué mujer!

—Ya te digo, y no has visto nada, ¿acojonado?

—No, creo que estoy curado de espanto.

—Lo que te espera, porque contigo al lado pierdo los pocos tornillos que me quedan, imagínate lo que aguanto. —Señaló a los ejemplares de nuevo—. Y los libros, de momento, se quedan así; para la próxima, te pido consejo.

—Hagamos lo siguiente.

—Miedo me das.

—Unas estanterías van a tu gusto y otras al mío, y esperemos a lo que diga la gente, ¿hay trato? —La retó, estirando una mano mientras que sus ojos verdes destellaron con diversión.

—De acuerdo. ¿Y el que gane?

—Que piense lo que quiere, sin prisas —dijo él, encogiéndose de hombros.

Se estrecharon las manos y una ola eléctrica le traspasó la piel y le erizó el vello a Imogen. Aquello iba a ser una montaña rusa, ya sentía cómo se colocaba verticalmente hasta llegar al punto más

alto.

¿Cómo terminaría aquello?

«Soy más tonta que los pelos del culo. No tengo remedio», se recriminó a sí misma.

Capítulo 10

El misterio de Jared

El trabajo con la librería no terminó con los libros y aquella estúpida apuesta de la que Kendall no debía saber nada, desde casa entró en la web de la cafetería para poner un anuncio con la inauguración de la tienda al día siguiente. Kendall había hecho un trabajo con la cantidad de ejemplares que había puesto con precio y un largo etcétera, ¡la convirtió en una verdadera página web de una librería! Las dos habían aprendido muchas cosas más sobre las páginas en un curso de verano de la universidad.

Imogen estaba tan emocionada que se olvidó de cenar, pero no se olvidó de Jared y de su olor amaderado, intenso, que caracterizaba un estilo único, marcado por el carisma y la sensualidad.

—Bueno, pues... —Se había rascado la nuca con timidez, tras haberla acompañado a la puerta de casa—. Nos vemos, entonces. —Era como si no quisiera irse.

—Sí, ya sabes dónde encontrarme. —Aquella no era una respuesta, ¿quería verlo?

—Hay una apuesta entremedias. —Se había acercado a ella y le

había dado un beso en la mejilla.

A Imogen todavía le ardía el sitio donde habían estado posados sus labios, no sabía si era por eso o por la emoción de la librería, pero se llevó una mano a esa zona y no pudo evitar sonreír, ¿qué tenía Jared? Pues le había dejado el mismo cosquilleo que cuando la besó en Nueva York, al acompañarla a casa. La había dejado asombrada, de aquella vez pensaba que era un caballero a la antigua que toda mujer se merecía conocer; en cambio, ya no lo tenía tan claro. ¡Tenía más cara que espalda, con un toque de impertinencia! «¡Quítatelo de la cabeza! Prohibidos los hombres». Era imposible, Jared Read era demasiado guapo para arrinconarlo en un cajón.

Era imposible alejarlo a un lugar oscuro de la mente, era excesivamente apuesto. Se tumbó en el sofá y el cuerpo se quejó por todo el trabajo que había hecho, y cerró los ojos para relajarse, pero no los volvió a abrir.

A eso de las cuatro y media de la madrugada, el ladrido de un perro la sobresaltó y, como por arte de magia, escuchó la voz de Jared: «Quedan ocho días para Halloween». Los nervios le punzaron en la barriga como miles de cuchillos que la desgarraban y, nerviosa, se levantó para ponerse en marcha. Lo hizo todo más rápido, sin secarse el pelo, se hizo una cola de caballo, cogió el chaquetón para salir hacia la cafetería. El suelo mojado le advirtió que en algún momento llovió y las hojas de los árboles se habían convertido en un objeto para resbalar, tuvo que andar como Jack Nicholson en *Mejor imposible*. Al entrar, dio gracias por no haber tropezado, vio luz en el obrador.

—¡Hola! —saludó a su amiga dejando todo en un colgador del obrador—. Tenemos que...

—Buenos días. —Bostezó Kendall.

—Estamos cansadas —afirmó Imogen pese a no sentir nada y estar fresca como una lechuga.

—Sí, un poco, hoy Mark ha roncado, y al ver que no iba a dormir, decidí venir para adelantar —le explicó, agitando la cabeza.

Imogen procuró no ser muy expresiva.

—¡Hala! Has tenido una segadora.

—Más bien un tractor —la corrigió Kendall, que cogió la manga pastelera y comenzó a decorar unos *cupcakes* con un copete de crema de queso.

—¡La leche!

—No se lo digas, no quiero que se moleste.

—¿Por quién me tomas? —Se indignó Imogen—. Por un novio tuyo que me cae bien...

—Es que solo ronca cuando está muy cansado; si no, no me molesta.

—Oye, no tienes que defenderlo, todos tenemos defectos, y si ronca, pues ronca. —Le quitó hierro al asunto—. Lo mío no fue por ningún motorillo, me quedé dormida en el sofá y ahora me duele hasta la raíz del pelo —suspiró y alzó las cejas, era lo que había—. ¿En qué te ayudo?

Kendall señaló varias bandejas para indicarle que las metiera en el horno mientras terminaba con las magdalenas y se ponía con unos rollitos de canela que aromatizaron todo el ambiente del obrador junto con la cafetería. Tras eso, Imogen se desperezó.

—Tienes café recién hecho —le indico Kendall.

—Gracias, es el mejor regalo de la mañana, y tenemos que hablar.

—Dime.

—En ocho o siete días, ¡ya es Halloween! —exclamó Imogen.

—Lo sé.

—Nos tenemos que preparar.

—Tranquila, Imogen. —Kendall controló un bostezo—. He comprado algunos objetos, vasos, adornos, moldes para pasteles; y la última vez que fui a Nueva York, cuando te ayudé con la mudanza, pues... adquirí más cositas en una tienda. Pero es cierto que hay que comprar más. Lo podemos hacer mientras tomamos algo antes de abrir.

Y así lo hicieron, pusieron a hornear todo lo que Kendall ya tenía preparado y con ese aroma dulce, avainillado, el chocolate y el café flotando en el ambiente, ellas, con sus buenas tazas de café y delante del portátil, empezaron a mirar y compraron telas de araña, arañas, objetos animados y más detalles.

En cuanto abrieron, los clientes no solo querían tomar un café, sino que subían a echar un vistazo a las estanterías. La librería fue un éxito, sobre todo los escritorios, se vendieron muchos libros, algo que a Imogen la hizo inmensamente feliz.

Pero en esos días, mientras los clientes se interesaban por los ejemplares o mandaban los envíos a muchos otros lugares del país, ella se fijó en que Jared no aparecía, «a lo mejor se olvidó de todo», pensó para sus adentros con gran alivio, aquello era una tontería y así no tendría que dar explicaciones que no quería ofrecer. Aunque, por otro lado, su ausencia le dolía a la vez que la hacía estar atenta a la puerta, y su amiga lo notó.

—¿Por qué estás pendiente de la puerta? —le preguntó Kendall—. ¿Es que te has echado un noviete y no me has dicho nada?

—No, ni de coña. —No podía contarle nada de la apuesta. Se había vuelto a meter en otro lío y uno de lo más estúpido, pues ninguno de los compradores de libros le había comentado nada de la colocación de los ejemplares, quería restregárselo a Jared.

—Oye, tú me ocultas algo.

—Nooo..., mujer. —Había que mantener la mentira.

—Y yo me chupo el dedo. Ya me enteraré de qué es.

—Estoy inquieta. —Eso sí era verdad. Miró a los posibles clientes. No era convincente.

Por otro lado, lo tomaba como una sensación similar a la despreocupación por parte de él, ¿no quería ver cómo iba? Seguro que lo sabía por Mark; en cambio, a ella le hubiese gustado que él se presentase y le diera la enhorabuena. En el fondo de su alma lo había esperado con ilusión; sin embargo, al final del día terminaba con un resabio amargo en el paladar y todo se debía a su ausencia. «La cueva lo engulló», pensó con irritación.

—¡Enhorabuena por la librería! —La voz de Tony la sacó de sus disertaciones mentales.

Imogen sonrió al numeroso grupo de mujeres formado por Lilian, Teresa, Wendy, Sarah, Flora, Tony y Shannon, la panadera de Cold Spring, que ocupaban dos mesas. Era el tercer día que Jared no aparecía. Ella, en silencio, ya había perdido las esperanzas de que lo hiciera.

—Gracias —dijo nerviosa, pues una chica había subido a la tienda.

—Este negocio será muy próspero —auguró Flora; tras un sorbo a su infusión, sonrió.

—Conoció a Jared —anunció Kendall—, fue el que puso las estanterías.

La expectación y ciertas sonrisas llenaron las mesas.

—Lo que puedo decir de él es que es un orangután, no tiene educación, es un maleducado —sentenció Imogen, molesta con él. Pero el silencio en la mesa captó su atención, algo escondían—. ¿Qué pasa? —les preguntó abiertamente.

—Dirás qué le pasó —murmuró Shannon corrigiendo a Imogen.

—Todo tiene una explicación —habló Wendy, mientras daba buena cuenta de los pasteles.

—Contrólate —le pidió Teresa a su amiga.

—Por algo tomo una pastilla, ¿no crees? —protestó Wen.

—Las cosas van a cambiar —aseguró Flora con misterio—, y lo harán después de Halloween.

—¿Qué más? —Quiso saber Lilian como si se tratase de su hijo.

—Hallará la felicidad —sentenció Flora.

—A lo mejor se compra una mascota —bromeó Shannon. Ninguna se rio.

—Todos no reaccionamos de la misma manera, él se encerró en sí mismo —lo defendió Kendall.

—Si tienes razón, Flora, y seguro que sí —comenzó a hablar Lilian —, me alegro, porque no se merece sufrir tanto como le pasó a él, y todo tan seguido. Tiene que encontrar la felicidad. Todos queremos lo mejor para él; en cambio, es él quien no mira por sí mismo — suspiró Lilian sin decir nada más.

—Pero ¿qué explicación? —Imogen quería que soltasen la lengua —. ¿Esconde algo?

—Es el hombre que da más calabazas a todas las mujeres que se le acercan —añadió Tony, que tampoco esclareció mucho e Imogen frunció el ceño siendo consciente de que ocultaban algo.

—Estoy a salvo, no es mi tipo —mintió Imogen como una bellaca.

—Ya somos dos —aseguró Shannon.

—Jared no quiere saber nada del amor —afirmó Kendall, que le puso una mano en la pierna a su amiga. «Ya somos dos», pensó Imogen, y de pronto alzó las cejas. «¡Joder, hasta en eso nos parecemos!», su cerebro bufó—. No deberíamos entrometernos en su vida.

—Muchas mujeres han sufrido sus negativas. —Tony, con una firmeza apabullante, contradijo a Kendall.

—Es cierto. —Le dio la razón Teresa.

—Pero ¿qué le ocurrió? —Todas, incluida Kendall, compartieron una mirada esquiva para comprobar cuál era la primera en hablar. Aquello ponía nerviosa a Imogen, ¡quería enterarse! Y el misterio la quemaba por dentro.

—Ahí está —informó Flora mirando hacia la puerta.

Imogen se giró y se quedó boquiabierta ante lo que tenía delante de sus ojos.

Capítulo 11

¿Qué tienen los hombres de uniforme?

Jared entraba por la puerta, y alrededor de Imogen el ambiente se caldeó tanto que de pronto pasó de ser otoño a estar en el verano más tórrido de su vida, ya que el hombre que entraba no era ese al que los vaqueros le quedaban mejor que a Bon Jovi de joven, ¡PEOR! Vestía el uniforme de guardabosques, con esa camisa de manga corta de un color indefinido que se movía entre el verde y el gris (por debajo llevaba una camiseta blanca, se le veía el cuello al tener desabrochados los dos primeros botones) con las insignias, y esos pantalones verdes que le sentaban mejor aún que los vaqueros, ¡jamás había visto a un hombre tan elegante!

—¡Oh, Dios!, cuando tu enemigo se viste de uniforme te quedas seca como una pasa. ¡Deberían estar prohibidos! —susurró sin mover los labios y sin apartar los ojos de él, era imposible porque ese hombre que la sacaba de sus casillas se convirtió en un imán insano para su salud mental.

Estaba tan impresionada, lo encontraba tan guapo que tardó un tiempo en descubrir que él también la miraba y le regalaba una

sonrisa sesgada que fue un disparo para el corazón. Separó la vista y vio que Flora los observaba y asentía. Percibió que las mejillas comenzaron a arderle.

—Buenos días, señoras —las saludó con una sonrisa.

En ese instante, tanto Shannon como Tony decidieron regresar a sus establecimientos, saludándolo con una mano.

Kendall iba a levantarse para atenderlo, pero Imogen la frenó.

—Voy yo. —Se puso en pie y se metió detrás de la barra—. Vaya, las autoridades han llegado. ¿Es que me vas a esposar?

—No soy ninguna autoridad aquí, salvo en el bosque, y no llevo esposas, tus reclamaciones sexuales deben esperar —le encasquetó sin vergüenza de que alguien lo escuchase.

Imogen abrió la boca y se puso colorada, ¡hombre, si lo notaba! Carraspeó a la vez que frunció el ceño para que no viera lo que le habían afectado sus palabras; eso sí, sudaba como una guarra.

—¡Quién te diera ser mi fantasía sexual!

—No sabes lo que me ha dolido eso. —Se llevó una mano al pecho como si lo disparasen.

—Bueno, ¿qué te sirvo?

—Algo salado.

—¡Uf!, chico, ponle un poco de azúcar a la vida, así no estás tan avinagrado.

—Soy avinagrado —meditó lo que había dicho—. Al menos ya no soy un viejo.

—Eso es porque no te conoce, Jared, eres como un buñuelo de nata —lo piropeó Wendy.

—Imogen no sabe que tienes «unas manos de oro»; todo lo que tocas lo arreglas, querido. —Teresa les guiñó un ojo.

Imogen se tapó la boca.

—¡Madre mía, tiene a las mujeres mayores locas! —asintió ella sin

que nadie la oyese.

—Siempre estoy dispuesto para vosotras. —Les sonrió como un niño bueno.

Se volvió a Imogen cuando una clienta lo interrumpió:

—¿Me podrías ayudar a coger un libro, por favor? —le habló una turista.

—Claro, ¿ha visto alguno que le guste? —Imogen llevó a la mujer a la parte superior y vio que los sofás que había puesto ya estaban casi todos ocupados por clientes ojeando con ganas algunos libros. La señora le señaló uno en una balda que había colocado Jared.

—¿Qué le parece la disposición? —le preguntó él sin venir a cuento e interrumpiendo.

—¿De dónde has salido? —Imogen había pegado un brinco al escucharlo a su espalda—. Eres peor que Casper el fantasma.

—Estamos en la época, queda nada para Halloween. —Le dedicó una sonrisa de autosuficiencia.

—Pero ¿tú no querías algo de comer? —Disimuló el cabreo.

—Me interesa lo que tiene que decir esta amable clienta. —Se dirigió a la mujer que los observaba divertida.

—Me gusta en general, sobre todo los escritorios. —La señora no se quiso mojar mucho.

—A mí me gusta ver los cantos pintados, quedan muy bien —intervino una chica.

—Punto para mí. —Se ladeó en dirección a Jared en plan «jódete un poquito».

—A mí, esta —escogió el novio de la chica—, es la tradicional.

—Empate —soltó Jared, abrió mucho los ojos con una sonrisa triunfal.

—Mierda. —Agitó la cabeza confundida, aun así cogió el libro de la clienta—. Venga abajo y le cobro.

En la cafetería la situación había mejorado, ya que algunos clientes se habían marchado y estaba un poco más despejado. Tras cobrarle a la señora, volvió a Jared.

—¿Qué quieres? —Parpadeó esperando por él.

—Ponme dos cruasanes de chocolate. —Imogen se los puso para llevar, pues estaba claro que ni Mark ni él se iban a sentar.

—¡Ajá! Estás falto de sexo, de ahí tu piel tan pálida.

—¿Ahora te metes con mi vida sexual, de la cual no sabes nada? —le devolvió la pregunta.

—Tienes la piel macilenta, muy blanquecina, como la de un fantasma; tus ojos no brillan, estás gruñón y... ¡A eso se le llama «falta de buen sexo»!

—Falta de sexo... —asintió con la cabeza y, de repente, su mirada cobró un brillo que a Imogen le cortó la respiración—, pensaré en ti cuando los coma. —Apuntó con el índice en dirección a los cruasanes.

—¡Qué asco!

—Empezaste tú —la culpó él.

—Al menos, soy discreta, no me voy insinuando a nadie. ¡Contrólate un poco, hombre! Y no hace falta que pienses en mí, gracias, no soy una muñeca hinchable. —Imogen alzó las cejas—. Cómprate una, te ayudará.

—Me gusta la posición tradicional de los libros —los interrumpió uno de los señores cotillas de las obras.

—¡Desempate! —exclamó Jared, que alzó los brazos—. Ya pensaré en algo. —La señaló con el dedo índice derecho.

—Él no vale. —Ese señor alto con cierta barriga era uno de los arquitectos municipales.

—Lo que tú digas. —Jared pasó de ella.

—¿Qué os traéis entre manos? —Quiso saber Mark, que los

observaba desconfiado.

—Nada. —Se apuró ella en responderle, no quería que nadie se enterase.

—Imogen me debe una cena, ¿a qué sí, querida? —El muy chulo se apoyó en la barra sobre un brazo.

—Gilipollas, ni en sueños.

—Es la apuesta, ¿o acaso solo tienes memoria para lo que te interesa?

—Mierda. —Al torcer la cara, sus ojos se posaron en la pitonisa que volvía a asentir.

—¿Qué es eso de «una cena los dos»? —preguntaron Mark y Kendall al unísono.

«¡¡¡ME BAJO DEL MUNDO, HOMBRE, YA!!!», se gritó.

Capítulo 12

Jared, el que juega con fuego se acaba quemando

—Ya te avisaré cuando me venga bien salir a cenar. —Le encantaba picarla.

—Comerás un sándwich y con suerte —le encasquetó ella—. Pero recuerda, si notas un sabor amargo, será cianuro.

—¡Qué maja!

—Es que sacas la mejor parte de mí. —Ella le clavó los ojos azules como si fueran dos lanzas.

Lo que le sorprendió fue que no era una mirada fría, al revés, era la mirada de una mujer que era sensible a todo lo que había a su alrededor, lo retaba y, sin ella ser consciente, tenía la fuerza para hurgar en su interior, por eso apartó los ojos de ella, aunque en silencio la estaría contemplando toda la eternidad (también los apartaría, porque su cuerpo reaccionaría a ella de un modo brutal como sucedía, ¡debía evitarlo). Le gustaba observar los cambios que se producían en su rostro. Desde que la había conocido un tiempo atrás en las cenas que a veces hacían los cuatro en Nueva York con

Kendall y Mark, le había impresionado lo expresiva que era y cómo su rostro era el espejo de su alma. Si lo dejase, leería todos los secretos de su ser.

Imogen tenía esa fuerza.

Era una mujer para conocer a fondo y no dejarla escapar.

Nada más salir de la cafetería, se metió en el coche donde lo esperaba Mark muy molesto. En el interior notó cómo el aire estaba cargado, como si alguien hubiese prendido la mecha de la dinamita. Nunca lo había visto tan molesto, hacía bastante tiempo que no se mostraba tan arisco con él, mínimo unos tres años atrás, cuando todo se había vuelto lúgubre y turbio en su vida. Mark siempre había estado ahí, cuando hacía algo que no le gustaba lo mostraba con un fuerte portazo, pero ¿qué se suponía que había hecho?

—No te calles, di lo que tengas que decir. —Jared se metió en el tráfico tras arrancar para regresar al trabajo.

—¿Qué coño ha pasado ahí dentro? —le pidió explicaciones—. Hemos venido a por un café y tú... ¿le pides una cena a una mujer de la que dices que es una insoportable?

Sí, alguna vez en los últimos días se refirió a ella de ese modo, pero para disimular ante su amigo que le interesaba Imogen.

—No ha pasado nada —no contestó solo a lo primero.

—Y una mierda —arremetió Mark con su todo su mal humor.

—La lengua de Imogen...

—Ella es lo que pasa, me lo imaginaba. —A Jared no le hizo gracia cómo sonó.

—¡¿Qué?! —Jared se había quedado patidifuso con esa suposición por parte de Mark.

—No me jodas, Jared —le llamó la atención cual niño chico.

—No pretendo eso; solo hicimos una apuesta, una tontería —le contó la verdad, pero aun así el ambiente entre los dos amigos era

helado, como si una ola de frío polar se desprendiera del ártico.

—Para ti, no, y te conozco; vi la manera en la que la mirabas, tengo ojos en la cara y no estoy ciego: era con esa actitud chulesca en la que te escondes cuando algo te gusta.

—Una apuesta, ya te lo dije. —Respiró hondo.

—¿Que te pague una cena es lo normal?

—Fue lo primero que se me ocurrió —se defendió. Un claxon de repente lo asustó, ya que no iba muy pendiente de la carretera—. Perdón —se disculpó con el conductor del otro coche.

—Es Imogen —le recordó Mark como si eso tuviera un significado oculto que a él se le escapaba.

—Lo sé.

—No, no te das cuenta de lo que significa eso. A lo que me refiero es que Imogen no es una de esas chicas a las que les puedes dar calabazas cuando te venga en gana y como siempre haces —le advirtió Mark.

—No podría aunque quisiera.

—Me lo imaginaba, ¡te gusta! —Mark se frotó la cara.

—¿Desde cuándo lo sabes? —No le importaba que él lo intuyera.

—Desde el domingo, pero te lo digo en serio, Jared, no le hagas daño, es la mejor amiga de Kendall, se quieren como hermanas, y si la dañas, Kendall va a ir a por ti como una fiera, y te pido que no me hagas escoger entre vosotros dos. No juegues con Imogen. —Lo puso sobre aviso.

—Intentaré conocerla —dijo para enfriar la situación y los ánimos —. Aunque lo de la apuesta fue un calentón de los dos. —Se calló que esa idea salió de él.

—Así que mi amigo ha salido de su caparazón y se está enamorando, ¿quién lo diría? No tienes una castaña por corazón, está bien saberlo —lo bromeó Mark—. Tu iglú se derritió.

—¡No te pases! —contestó por lo bajo—. Y si lo estoy no es ninguna gran noticia.

A veces hay que mirar un poco más allá para comprender que la amistad no entiende de límites cuando se trata de advertir las consecuencias de tus hechos.

Jared sabía que si se enamoraba se le freiría el cerebro. De nuevo.

Capítulo 13

Imogen, atente a las consecuencias

Tras la marcha de los chicos, el ambiente de la cafetería estaba un tanto cargado —y no era porque hiciese buen tiempo, pues comenzaba a ser un tanto inclemente: se empezó a notar más frío, y el cielo ese día estaba surcado por nubes que amenazaban con desprender litros de lluvia, aunque de momento parecían contenerse bastante—. Pero si alguien había dejado el aire pesado y muy condensado alrededor de Imogen, el culpable no era otro que Jared. Sus ojos habían resplandecido, convirtiéndolo en un chico travieso. Lo que se le escapaba era por qué separó la vista tan rápido de ella y cambió su gesto. La joven, en cuestión de nanosegundos, opinó para sí misma que lo aborrecía. Después de intercambiar sus últimas palabras, hizo acopio de todas sus fuerzas para recomponerse y regresar al trabajo, pero se topó frente a frente con Kendall, que tenía los brazos cruzados sobre su delantal y una expresión demasiado seria, lo que podía significar «problemas».

—¿Qué es eso de una apuesta? —Su amiga se había convertido en la vieja del visillo, que veía y escuchaba lo que no debía.

—A ti te encanta husmear en mi vida. —Aquello fue un reproche.

—Siempre y cuando esté Jared de por medio, sí; si no, sabes que yo siempre te apoyo —soltó a las bravas.

Imogen movió los ojos hacia los lados.

—En Nueva York Mark siempre quedábamos los cuatro —le recordó, enfrentándose a ella.

—Eso no es lo que importa.

—Tú déjame a mí.

—Es una apuesta, eso oí.

—Hummm... —No le apetecía quedar como una idiota de nuevo.

—Imogen, por Dios, ¿qué has hecho?

Esas palabras de Kendall la hicieron recapacitar y llegó a la conclusión de que era mucho más tonta de lo que creía al haber aceptado una apuesta con el hombre menos indicado.

—Me calentó de tal modo que acepté su ridícula apuesta: a ver si a los clientes les gustaba más su colocación de libros o la mía. —Cedió y lo contó todo.

—¡Parecéis críos! —la riñó Kendall, que aflojó su gesto y dejó caer los brazos a los lados del cuerpo.

—Díselo a él cuando lo veas, porque la idea fue toda suya.

—Y a ti, tú tampoco te salvas, ¡le pudiste decir que no!

—Es que siempre me está picando y me enerva.

—No es disculpa, Imogen, y —Kendall puso los brazos en jarras— es que no os entiendo, parece que os odiáis...

—¿Te has dado cuenta? —Se alegró Imogen—. Tienes buena vista, amiga. —Le dio unos golpecitos en el brazo.

—Jared es muy buen niño —intervino Lilian desde la mesa.

—Y muy buena persona —añadió Teresa—. Nunca lo vi así con una chica.

—A veces, el amor no empieza de la mejor manera —añadió Flora.

—Después de sufrir tanto, no sé cómo no se le borra la sonrisa —finalizó Wendy.

Aquellos comentarios volvieron a despertar el interés de Imogen sobre la persona de Jared y su vida.

—¿Qué le pasó? —La joven quería tirarles de la lengua.

—Os odiáis, pero no podéis estar sin meteros el uno con la otra, os atraéis como dos imanes —confesó Kendall, llevando la conversación por otros derroteros.

—Atracción, ¡qué va! —Imogen ocultó que su amiga casi estaba en lo cierto.

—No te entiendo, en serio.

—Tampoco hace falta que lo hagas, a veces me pasa lo mismo. No hay por donde cogerme.

—¡Por Dios!, ¿dónde queda eso de que «tengo las piernas pegadas con Loctite»? —Esa frase la había repetido Imogen suficientes veces como para que la gente la memorizase.

—Oye, que no me voy a acostar con él —le encasquetó por lo bajini—. Un poquito de «por favor», que no estoy tan necesitada.

—Tú sabrás lo que haces, pero acuérdate de esto: a todas las mujeres les dice que «no», y cuando vuestro juego lo canse, quizá tendré que recomponerte enterita.

Aquella advertencia de Kendall no le gustó, pero era una realidad, incluso Shannon, Tony y esas cuatro mujeres, que en esos instantes hablaron bien de él, dejaron caer lo de las calabazas. Tras lo que le había pasado en la editorial, fue gracias a Kendall y a su apoyo por lo que pudo salir adelante, ya que su amiga había sido la mano que no le permitió hundirse.

—Tranquila, tendré cuidado —le aseguró, con lo que Kendall asintió en silencio.

«Antes de que me diga que no, se lo voy a decir yo. Romperé la

apuesta», se juró.

Capítulo 14

Un hombre misterioso que siempre te echará una mano

Ya quedaba menos para Halloween y se notaba en el ambiente de Cold Spring, casi todos los establecimientos se habían adornado y ellas lo harían al día siguiente, bien temprano antes de abrir. El tiempo había cambiado, ese día habían caído unos fríos chubascos otoñales que habían pegado las hojas a las aceras, aunque ya no resbalaban tanto, y algunos árboles que adornaban Main Street habían perdido por completo sus copas, se habían desnudado ante todos para salvarse de las inclemencias del invierno. Tampoco se había vuelto a sacar el tema de la cena. Jared apareció con más frecuencia y no hizo referencia a nada de eso, lo cual ella agradeció, así evitaría que Kendall se enfadase; lo que no pudo hacer fue hablar con él para decirle que se rompía esa tontería, ya que nunca encontraba el momento justo y él, luego, se marchaba.

Esa tarde, le había encargado a Shannon algunas provisiones que le faltaban en casa, y la ayudante que tenía contratada se las había acercado a la cafetería. Eran dos bolsas bien repletas de todo.

Cuando tenía previsto llevarlas a casa, llegó un grupo pidiendo de todo y no solo eso, compraron libros, con lo que ella no tenía ni un segundo para pensar, ni meditar ni nada por el estilo. No había nada mejor que estar entretenida para que la mente dejase de funcionar y eso fue lo que le pasó hasta que prácticamente terminaron por ese día, aunque Kendall estaba muy agotada, por lo que a Imogen le tocó cerrar la cafetería.

Dejó las bolsas de la compra en el suelo, así pudo sacar del bolsillo de la cazadora la llave —eran dos, una para cada una, las que les había proporcionado el dueño—, era muy antigua, la típica de rabo largo que terminaba en un corazón; además, pesaba bastante. Ese fue un detalle que le confirmó la antigüedad del establecimiento. La metió en la cerradura, cuando la iba a girar no pudo, ejerciera fuera o no, aquel pedazo de llave no se movía.

—Me cago en todo, por lo que más quieras, ciérrate —le exigió, si no era así, se veía durmiendo en el obrador.

—Espera, déjame a mí. —Jared apareció de la nada y la apartó con cuidado.

Él tiró de la puerta suavemente; de repente, Imogen escuchó el clic de la cerradura. Clavó sus ojos en él.

«¡¡¡VAMOS!!! Jared Read al rescate, el MacGyver de Cold Spring», lo presentó su cerebro como si fuese en un coche con megafonía anunciando un nuevo circo.

—Gracias —suspiró—. Ayer no tuve problema, no sé qué ha podido pasar hoy.

—Para que se cierre bien, antes de girar la llave, tiras de la puerta un poco hacia ti y problema resuelto.

—¡Ah, vale! —Se quedó con ese detalle. Imogen se agachó a coger las dos bolsas de papel justo en el preciso instante en que él se giró y la rodilla se estampó en su frente, lo que provocó que

cayera de culo—. ¡¿Podrías ser más delicado, por favor?! —Alzó la voz, cabreada.

—¡Joder! Lo siento.

—Sí, seguro. —Se intentó levantar y volvió a dar con el culo en el suelo.

El cuadrado de la entrada era tan estrecho que le era imposible levantarse, no solo eso, sino que prácticamente estaban pegados, solo unos pocos milímetros los separaban. Él la cogió por los brazos, y como si Imogen fuese un peso pluma, la pudo poner en pie. Ya sobre sus piernas, volvió a percibir su aroma que se entremezclaba con la humedad que reinaba en la calle, con el olor de las chimeneas que desde hacía días funcionaban en todas las casas y con ese más terroso y mineral que procedía del Hudson.

Sin poder controlarse, cerró los ojos para pegar la nariz más a él: era el equilibrio perfecto, fresco y amaderado que, quizá por la cazadora, notaba un toque a jengibre que sobresalía. Era la estela de un seductor, despertar los sentidos más sombríos y la sensualidad más desenfrenada, junto con el magnetismo que siempre lo acompañaba, lo hacían más irresistible. Al separarse sus alientos se convertían en uno, y lo primero que vio al abrir de nuevo los ojos fueron sus labios finos, del que sobraría muy poco el inferior, los tenía entreabiertos y pudo observar algunos dientes blancos cual propaganda de dentífrico. Lo que más le gustó fue como la sombra de una incipiente barba le enmarcaba la boca. Si en algo se recreó fue en sentirlo pasear la punta de la nariz por su pelo. Esos roces inocentes hacían que su cuerpo se tornase incandescente y le entraron unas ganas enormes de probar sus labios, de saber la pericia que tenía besando o si serían tan suaves como aparentaban.

—Gracias —le soltó con brusquedad, rompiendo aquel momento. Al levantar la vista hacia él, comprobó que la miraba con una

intensidad tan extraña, casi tan salvaje, que se sintió cohibida y rara en su propio cuerpo. ¡Era la primera vez que la miraban de ese modo! La estaba desnudando solo para él—. Tengo que llevar la compra a casa, gracias.

—Te acompaño —le dijo con la voz queda, y con movimientos rápidos cogió las dos bolsas que cargó una en cada brazo. Al ir subiendo, a Imogen le dio la sensación de que le recorría el cuerpo a medida que él se levantaba, que acariciaba cada recodo de su piel con las manos, la boca, con todo su ser, hasta robarle todos los secretos que escondía, y un escalofrío de placer le recorrió la espalda. No le quedó más remedio que meter las manos en los bolsillos para no cometer la locura de besarlo, pues con sus caras casi pegadas, ella entreabrió un poco la boca. Nunca había experimentado algo así en la calle—. ¿Vamos?

Ella asintió, ¡no podía hablar o notaría su alteración! Caminaron hacia la casa de Imogen en un silencio bastante cómodo, pero ella notaba como sus hormonas, que eran algo estables, al ir andando a su lado se revolucionaron como una bandada de estorninos que hacía piruetas en el cielo y eso provocó que el corazón le subiera a cada segundo a la boca, que con ello le costara respirar o lo hiciera como si estuviera corriendo una maratón. Cuando llegaron, vio por el rabillo del ojo como una cortina de Teresa se movió. «Vaya, no soy la única cotilla», eso logró que sonriera para sus adentros.

—Pasa. —Abrió la puerta para permitirle entrar.

—¿Dónde dejo esto?

—En la cocina. —Se la señaló con un dedo, mientras ella se disponía a colgar todo en la entrada. Al ir allí, percibió como la cocina, de tamaño más o menos normal, era más grande que la de Nueva York, acogedora, con la presencia de Jared se había encogido. Estaba decorada con azulejos blancos, algunos tenían

detalles de frutas que le daban un toque de color, de techo alto blanco, donde había anclada una barra led que lo iluminaba todo. Las alacenas colocadas en hileras frente a la puerta eran del mismo color, salvo la nevera, que era de color metálico como el horno. La encimera de mármol era *beige* y terminaba en el fregadero, a cuyo lado estaba la ventana que daba a la parte de atrás de la casa. En el centro había una gran mesa redonda, blanca también, con cuatro sillas.

—Gracias.

—¿Por?

—Por la puerta, por esto. —Señaló las bolsas.

—No se dan. —Se encogió de hombros—. ¿Saco las cosas y tú las colocas?

—Vale —aceptó sin rechistar.

Nerviosa, comenzó a colocar todo los productos comprados que él le iba dando, y sus dedos, al chocar, le producían un hormigueo que le subía por el brazo, pero no le resultaba incómodo, su ser pedía tenerlo todos los días. Acabaron en un santiamén.

—Dime, ¿para qué has venido? —Quiso saber ella—. ¿O es que tienes un sensor para saber qué mujer «está en peligro»?

Él se quedó clavado en el sitio.

—Sí, eso. —Sonrió de un modo sesgado que a ella le atrapó el aire en los pulmones—. Quería decirte que no tienes por qué invitarme...

—Y yo que pensaba decirte que te quedaras. —Era el modo más íntimo de llevar a cabo la apuesta, sin incordios.

—¡Oh! —Lo cogió desprevenido.

—Pero si no quieres...

—¿Me estás invitando? —Enarcó una ceja.

—Puedes marcharte si quieres, y no tengo que enseñarte la puerta. —Estiró el brazo para indicarle la salida.

—Me quedo a esa cena. —Se acercó más a ella para susurrar—: Si lo hago podré descubrir qué hay detrás de esa chica despreocupada que se mete en líos —musitó. El aliento de Jared le rozó la sien y, por primera vez en mucho tiempo, notó que se deshacía delante de un chico, pues muy pocos, o por decir ninguno, habían logrado que con una frase se sintiera como mantequilla, las piernas como flanes y el corazón palpitante como una mariposa que echa a volar de flor en flor en pleno verano, aprovechando cada uno de sus rayos que le dan calor como una buena chimenea en invierno, estacionalidad que nunca llegaban a conocer. Él se separó rápido—. ¿Te ayudo?

—No, si quieres puedes poner la mesa —le indicó ella. Imogen sacó de la nevera todo lo que necesitaba para cocinar las famosas hamburguesas de su padre, pero a medida que iba condimentando la carne, se fijó en que Jared sabía dónde estaba todo—. ¿Esta cocina fue tuya? —le preguntó con la curiosidad palpitando sobre su cabeza.

—No, lo que pasa es que he estado en esta casa, porque ayudé a Lilian con algunas instalaciones que las revisé justo antes de que llegases al pueblo.

—¡Ah! —Siguió con lo que estaba al escuchar el nombre de su casera; le dio forma a las hamburguesas cuando los condimentos se integraron bien en la carne—. Así que es cierto, eres el manitas de oro de Cold Spring.

—No soy ningún «manitas», se me da bien arreglar algunos aspectos de la casa. —Su respiración se tornó pesada—. Mi padre era mejor —dijo en un tono melancólico.

—¿Lo has perdido? —Ella cerró el grifo del agua y cogió un paño donde secarse las manos.

—Sí, como a mucha gente más, pero él era mejor que yo en todo, soy un sucedáneo de lo que él fue. —Al mirarlo, Imogen vio una

sombra que le cubría el rostro, no supo dilucidar si era de tristeza o el peso de los recuerdos—. ¿En qué más puedo ayudarte? ¿Te apetecen unas buenas patatas fritas?

—Vale. —En cuanto le respondió, volvió a ser el mismo hombre.

«¿Qué escondes, Jared?», inquirió su alma.

Capítulo 15

Jared Read: ¡¡¡desintegrador de bragas!!!

Imogen no quiso hurgar en esa parte de su vida; primero, no era quién; segundo, conocía de primera mano la fragilidad que producía en las personas el dolor, y lo último que pretendía era arrancar de cuajo la postilla de unas heridas que no sabía si estaban o no curadas. Lo que le quedó claro fue que eran dos personas muy marcadas por el pasado.

Los dos se pusieron a trabajar el uno al lado del otro, y tardó bastante tiempo en darse cuenta de que se estaban mirando, pues ella ya no veía a ese hombre pesadilla, sino a una persona con la que, quizá por las respuestas que le había dado, compartía más de lo que a simple vista parecía. Lo que ninguno comprendió fue que cuando dos participan de un dolor similar, se entienden sin necesidad de palabras y que en sus ojos siempre hay un mundo lleno de fantasmas. Ella separó la vista con el corazón en la boca, y con manos rápidas, a causa del nerviosismo, puso el pan con mantequilla a tostar.

—Me gustan tus ojos —musitó para que solo quedase entre ellos.

—Son muy normales, azules sin más.

—No, sin más, no. —Esa respuesta hizo que lo observase de nuevo. Jared ladeó la cabeza—. Son dos lagos profundos que cada vez que los veo me invitan a surcar sus aguas. —Imogen se quedó clavada en el sitio, sin saber qué decir—. Pero no quiero hacer nada sin tu...

—A lo mejor no me asusto —dijo ella en voz baja.

—A lo mejor tengo miedo de que no me pueda controlar si me lo permites. —A medida que hablaban sus caderas se arrimaron, y al girarse un poco Imogen, su frente se pegó a los labios de Jared, quien sonrió sobre su piel. De pronto, el corazón de ella dio un brinco en el pecho y una fuerza invisible la rodeó como un remolino, como si aquello fuera obra del propio destino que los envolvía con su magia—. No te has apartado de mí.

—En Nueva York recuerdo que me diste varios besos en la mejilla y tampoco lo hice.

—Cierto. —Dejó caer sus ojos sobre ella, había algo distinto en ellos—. Será mejor que sigamos o no comeremos.

Continuaron, y él mostró ser un buen cocinero, además de un rápido pelador de patatas. Cuando ella estaba emplatando, él ya tenía listas las patatas, que tenían una pintaza tremenda, pues Imogen salivó. Eran finas, estaban doradas, perfectas y como le gustaban a ella.

Se sentaron a cenar.

—¡Tengo mi recompensa! —Alzó los brazos a modo de victoria.

—Como sigas en plan gilipollas, verás como la que cena soy yo sola —lo amenazó—. Y recuerda, Jared querido...

—Eso de «querido» no ha sonado bien. —Dio un paso atrás, ya no bromeaba.

—Cianuro, Jared, cianuro. —Él cogió la servilleta y se la colocó encima de las piernas; luego, con movimientos medidos y algo elegantes, partió un trozo de pan y cortó un pedazo de carne que a Imogen le olía de maravilla. Todo fue a la boca de Jared. Con expectación le preguntó—: ¿Qué te parece? —Él levantó el tenedor para que esperase mientras masticaba y, de repente, comenzó a darse golpecitos en el pecho. Imogen vio como su nuez subía, bajaba, ¡no sabía qué le pasaba! Tosió fuerte, tanto que la asustó. Se levantó y se acercó a él—. Jared, ¿qué te sucede?, ¿estás mal? ¿Es que eres alérgico a algo y no me lo dijiste?

Él echó la cabeza hacia atrás y su pecho convulsionó.

—¡Has picado!

—¡Oh, por favor! —Le dio un suave golpecito en el hombro—. ¡Serás idiota!

Soltó una carcajada que hizo brincar el corazón y el alma de Imogen, le gustaba aquel sonido.

—¡Te has preocupado por mí!

—A que te vas cagando leches —lo amenazó, sentada de nuevo.

Cortó la carne con tanta fuerza que chirrió en el plato.

—Reconócelo, mujer, te preocupaste.

—Sí. —Se metió un trozo en la boca, luego una patata, la combinación crunchi y tierna era deliciosa. Nunca una hamburguesa hecha por ella le supo tan bien.

—Eres una buena cocinera, está delicioso.

—Y tus patatas, muy buenas.

—Te traeré unas de un vecino que tiene huerto, y esas están que lo flipas.

—Vaya, eres cocinillas. —No quería mirarlo después del susto que le había dado el muy idiota.

—¿Qué crees, que vivo del aire o del microondas? —le preguntó

con una sonrisa.

—Las dos cosas.

—No, muy equivocada estás, señorita. —Señaló a la fuente—. Te tengo que traer unas hortalizas —asentía serio. Le guiñó un ojo—. Cuando pruebes sus verduras, no querrás otras, hasta creo que todavía tengo unos pepinos por casa, te los traeré también, son crujientes, sabrosos. Pregúntale a Kendall.

—¿Le llevas «verduras»? —Estaba pensando en algún tipo de comercio negro en el pueblo.

—El *pumpkin spice* que hacéis en la cafetería son las calabazas de mi vecino.

—¡Anda!

—¡Esta carne está perfecta! —La apuntó con el cuchillo—. Me gusta mucho.

—Gracias, es la receta de mi padre.

—Muy buena... —A Jared lo interrumpió el timbre.

Imogen, extrañada, pues no esperaba a nadie, se levantó para abrir, y quien estaba al otro lado era Teresa.

—¡Hola! —la saludó Imogen.

—¡Hola, chicos! —habló en plural, por lo que la joven esclareció que sí, estaba cotilleando.

—Hola, Teresa —dijo Jared.

«¿Me tiene que seguir como un sabueso o qué?», tragó con fuerza.

—Toma, para la cena, la mitad de un pastel de carne.

—Gra... gracias. —Imogen cogió el plato asombrada.

—Buenas noches —se dio la vuelta hacia los tres escalones—, y ya me diréis qué os parece.

—Vale.

Jared cerró la puerta también mirando lo que les había llevado la

señora.

—¿Y ahora? —Ella lo miró a él por si tenía una respuesta.

—Tienes cena para mañana, porque no cambio tu comida por el pastel de carne, por muy bueno que esté. —Él volvió a la cocina seguido de Imogen, que dejó el plato sobre la encimera y olía fenomenal—. Y te puedo decir que es uno de los mejores. —Recogió con el cuchillo y el tenedor el queso con el bacon—. Ese grupo de señoras cocina muy bien.

—Por eso te defienden tanto, porque te compran con sus comidas.

—No —respondió él con el puño delante de la boca. Imogen, de repente, notó cómo sobre él se asentaba una nube negra que lo tensó y originó que tragase lo que tenía en la boca tras pegar dos mordidas. Tanto fue así que el ambiente entre ellos se congeló—. Conocían a mi familia.

Imogen se sintió mal, era la segunda vez que él regresaba a un lugar lejos de ella.

—Lo siento —soltó, cortando en pedacitos la carne para disimular lo nerviosa que estaba.

—¿Por?

—Por sacar un tema que claramente te entristece o te molesta.

Él alargó la mano y la posó en su muñeca.

—Mírame. —Ella chasqueó la lengua en respuesta—. Mírame. —Al obedecerlo, no había ningún sentimiento triste, sino algo similar al amor—. Nada de lo que venga de ti me puede afligir, y si notas que me encierro es porque no quiero estropear esta noche, ¿vale? —Ella asintió más o menos conforme con eso—. Y ahora cuéntame de ti, trabajaste en una editorial.

—Sí, y ahora soy camarera, trabajo que no realizaba desde que iba a la universidad.

—¿Y te ha costado adaptarte?

—La verdad que no, porque hacer un buen café es como besar, nunca se te olvida.

—Una contestación muy ingeniosa, me gusta. —Se encogió de hombros—. Todo lo que viene de ti me gusta. —Ella se quedó boquiabierta, aquello era toda una declaración—. Venga, come —la azuzó—. ¿Y cómo dejaste la editorial?

—Es una larga historia, simplemente cometí un error y perdí el trabajo. —Se metió un trozo de pan en la boca, a ella le pasaba como a él, no le gustaba hablar de determinados temas. Por supuesto iba a obviar el de Howie y la jefa—. Pero como ayudé a Kendall a montar la cafetería, somos socias, pues me animó a venir y a trabajar. Así fue como pasó de tener muy pocas estanterías con libros a tener una librería. Con el añadido de que yo he ganado en tranquilidad y me gusta ser librera.

—Como a mí ser guardabosques, la mejor profesión del mundo. Me gusta la naturaleza, el entorno en el que vivo, por eso estudié Gestión de Recursos Forestales, soy un enamorado del río Hudson, de sus valles, me conozco cada una de sus colinas, cada árbol. —Se encogió de hombros, estaba entusiasmado con su profesión—. Sin toda esa vegetación este pueblo no existiría o no sería el mismo.

Imogen quedó fascinada por el modo en que hablaba, había muy poca gente que le pusiera tanto amor a una simple descripción y su alma supo que pasaría todo el tiempo del mundo escuchándolo, pese a que lo había comprobado por sí misma cuando le riñó por las ardillas.

—Nunca nadie me había escuchado tan atentamente.

«Quizá sea porque me gusta el sonido de tu voz», ella se metió el último trozo de pan en la boca.

—Es interesante lo que cuentas. —En parte sí, pero le gustaba verlo relajado y disfrutar—. Bueno, deja todo ahí y vamos al sofá a

tomar una infusión otoñal.

—¿Infusión?

—¿No te gustan? —le devolvió la pregunta.

—Sí.

Ella cogió el calentador de agua y sirvió dos tazas echando la bolsita dentro. Se sentaron en el salón, donde él preparó la chimenea para encenderla, con gran pericia lo hizo; pronto, la leña comenzó a chisporrotear. Aquel era un otoño distinto, pues en la ciudad tenía calefacción, pero sentarse frente a un gran fuego marcaba la diferencia con creces.

—Te voy a contratar para que me la enciendas —bromeó ella, que se sentó frente al fuego.

—Cuando quieras. —Se acomodó a su lado de tal modo que sus piernas se rozaban. Tomó un sorbo de la infusión e Imogen observó el movimiento hipnótico de su nuez—. Está muy buena.

—Es la que servimos en la cafetería, tiene un sabor muy otoñal.

Él asintió lentamente, con los ojos perdidos en la chimenea.

—Hacía mucho que no me paraba a disfrutar de un buen fuego.

—Para mí es la primera vez. —Él giró el rostro de inmediato y bebió un buen sorbo sin decir nada—. ¿Qué? —La puso nerviosa, pues sus iris verdes chispeaban igual que lo hacía la madera entre las llamas, ¡habían robado su esplendor!

—Soy tu primera vez. —La sonrisa con que lo dijo fue reflejo de la de ella.

—Sí. —Aún más nerviosa, se colocó un mechón rebelde detrás de la oreja, no lo consiguió. Él apartó con cuidado su mano, enroscó el pelo en el dedo índice y se lo acomodó, mientras que rozaba la piel sensible de su oreja, tuvo que controlarse para no soltar un gemidito. No se volvió a mover, pero ella se acordó de algo—. Es la segunda vez que me lo haces, la primera fue en Nueva York.

—Te acuerdas. —Su sonrisa se ensanchó—. Sí, en aquel local donde a Mark se le cayó todo el cóctel por la camisa. —Los dos se echaron a reír, él volvió a mirarla—. Desde que te volví a ver, estaba deseando hacerlo —confesó él en voz baja y un tanto enronquecida.

—Yo... —«Ojalá pudiera decirte "hazlo cuando quieras"», pensó.

—Bueno, me voy. —Terminó la infusión y dejó la taza encima de la mesita. Con la agilidad de un felino se levantó y se descubrió a sí misma que le gustaba cómo se movía por la vida, seguro, firme, sin miedo.

«No te vayas, por favor», le gritaba su corazón. Se levantó para acompañarlo.

—Gracias a ti por querer quedarte. —Menuda frase más idiota le había salido por la boca.

Jared abrió la puerta, por un breve segundo se quedó quieto para, luego, girarse dejando entrar una bocanada de aire frío y húmedo.

—Gracias por la cena, sobre todo, por la compañía. —Se inclinó para regalarle un beso en la comisura de los labios, percibió la humedad de la punta de su lengua y la recorrieron escalofríos de placer. Ella giró el rostro de tal forma que el labio superior quedó sobre el inferior de él. Ninguno se movió, simplemente se sintieron un buen rato—. Hasta mañana. —Se marchó sin costarle nada.

Capítulo 16

Revelaciones a dos bandos de lo más... CURIOSAS

Era un beso lento, apasionado y demasiado húmedo que encendía cada célula de su cuerpo, que ardía por todas partes, mientras le rodeaba el cuello al pegarlo más a ella, lo que producía que él soltase gemidos en su boca. Aquella intensidad enaltecía la pasión entremezclada con algo que se asemejaba al amor, pero que ninguno de los dos se atrevía a ponerle ese nombre. Ella llevaba la voz cantante en cada movimiento o en esa lujuria lenta, a la vez que él permitía todo lo que ella quisiera, la joven lo sentía como pequeños triunfos por su desinhibido poder en cada suspiro que Jared soltaba...

Imogen se incorporó como un resorte en la cama, con los ojos abiertos, sin tomar conciencia de nada, hasta que la suave luz que se colaba por la ventana le recordó que estaba en su cama de Cold Spring. Se puso una mano en el pecho, que le subía y le bajaba por la respiración errática; además, el pulso le iba mil por hora como si fuera un coche de fórmula uno, no entendía nada. Enterró los dedos

entre los mechones de su melena para separar algunas hebras que tenía pegadas a la cara, pero no halló sosiego, pues el sueño regresó a ella, ¿cómo había imaginado eso? Y se acordó del momento en que, con los labios pegados, sus alientos se convirtieron en uno, percibiendo cómo la atracción y la seducción aumentaban la temperatura de su cuerpo, deseando una sola cosa: que la besara.

—¡Puto Jared! —La había dejado anhelante de un beso que no tenía idea de cuándo se produciría o si sucedería.

Giró la cabeza y vio la hora, la misma a la que se había despertado los últimos días. Decidió levantarse para prepararse para ir junto a Kendall y revisar si había nuevos pedidos. Su amiga ya se le había adelantado, como siempre.

—¡Buenos días! —la saludó alegre Imogen.

—¡Hola! —Kendall separó la vista del recipiente en el que batía una masa de uno de los bizcochos de Lisa, que estaba teniendo una buenísima acogida.

—¿Estamos listas para Halloween? —preguntó con ilusión, mirando las bolsas donde estaban las decoraciones.

—Sí, cuando metamos estas dos tartas de calabaza empezamos, ¿te parece?

—Vale.

—Hoy estás contenta, ¿ha pasado algo que no sé?

—Nada, pero me gusta la idea de decorarlo todo con lo que hemos comprado.

—Ya hice algunas magdalenas y galletas con formas.

—¡Calentando motores! —Estiró los brazos—. ¡Me encanta!

Imogen la ayudó con algunas cosillas, sacando o metiendo más recipientes en el horno. Una vez que eso estuvo listo, llevaron todo a la cafetería y la fiesta comenzó. Se entonaron con música marchosa

y algunas intros de series tan míticas como la *Familia Monster*. Así, las telas de araña adornaron la balconada de la librería, murciélagos con siluetas de brujas se pusieron en los techos, una enorme sombra de Drácula saludaba desde el suelo a quien entrase en la cafetería, y en una esquina de uno de los ventanales, una Morticia Addams guiñaba el ojo un tanto coqueta; aunque, antes de entrar, apostaron a un hombre de paja con cabeza de calabaza que se encendía como una bola de discoteca, cortesía de Shannon.

Más o menos con todo bajo control (eso que fueron improvisando sobre la marcha), se echaron un bailecito de la alegría, una miniconga que surgió en la época de secundaria y que repetían cada vez que las vibras así las empujaban a ello o cuando había una noticia que celebrar. Rieron, cantaron a pleno pulmón aprovechando que estaban solas, ¡estaban locas de atar! Cuando pararon, se abrazaron, para Imogen fue el abrazo que había necesitado.

—Me alegro verte sonreír otra vez y que estés tan feliz —confesó Kendall con *Mystical Magical*, de Benson Boone.

—Creo que he encontrado mi sitio en Cold Spring —dijo abiertamente Imogen—. Desde que vine, una parte de mí quería quedarse en el pueblo, y debo reconocer que en esto también acertaste, si no fuera por ti...

—No pienses en eso y me alegro de que estés bien aquí, ya te comenté que la gente era maja, aunque creas que Jared es un monstruo de siete cabezas. —Se rio.

—Me da que no es tan malo el lobo como parece.

—Ya verás que no. —La cogió de una mano y tiró de ella hacia el obrador—. Me gustaría que os llevaseis bien, porque en Acción de Gracias, ya sabes que mis padres se van a Montana y yo me quedo con Mark.

—Los míos tampoco están. —Se encogió de hombros—. ¡Están de

crucero! —hablaron al unísono.

—Lo pasaremos juntos y a lo mejor se une alguien más, a lo mejor. —Kendall se tapó la boca con las manos.

—¿Qué?

—Lo podríamos celebrar aquí, en la cafetería, hay más espacio que en tu casa o en la nuestra.

—¡Oye, no estaría mal!

—Vale, aún hay tiempo para meditarlo. —Kendall sacó con el guante un bizcocho del horno—. Quiero que te lleves bien con Jared...

—Sí, y me mantendré alejada. —«Creo que llegas tarde», pensó para sus adentros.

—No —se giró para mirarla—, no es eso, no me importa lo que hagáis, pero lo que no me gustaría es que pasaras a formar parte de esa inmensa lista de mujeres a las que les ha dado calabazas.

—Te doy mi palabra de que no sucederá. —«No me equivoco si digo que los dos sentimos algo, ¿el qué? Se descubrirá en próximos capítulos», le dijo a su amiga para sus adentros. ¡Ya no lo podía mandar a paseo en cero coma! No, ya no.

A medida que el amanecer alcanzaba las tierras del valle del Hudson y Cold Spring, el día despuntaba entre húmedo con momentos soleados, en los que los colores otoñales bañaban la no muy ajetreada Main Street, sobre todo a primera hora, cuando solo había algunos conductores que paraban a por el primer café de la mañana o camiones de distribución que llegaban con sus productos. Ellos eran los primeros clientes. Después de abrir, pasaba Cloe, la veterinaria, y esa mañana lo hacía cansada.

—Buenos días, chicas —las saludó apoyándose en la barra, ya traía puesto el uniforme.

—¿De dónde vienes? —Se interesó Kendall.

—¿Ya has atendido a algún animalito? —Quiso saber Imogen.

—Vengo de ver a dos gallinas de un agricultor. —En ese instante, Imogen dejó de parpadear.

—¡¿Atiendes a gallinas?! —La joven se quedó boquiabierta, era la primera vez que lo oía.

—A todo ser viviente, salvo a los humanos, de eso se encarga mi marido, que es médico en el hospital. —Esa información se la había dado cuando la conoció.

—¿Qué quieres? —Kendall ladeó la cabeza—. ¿Un café bien cargado?

—Cómo lo sabes —suspiró con cansancio—. Y dos buenos dónuts.

—Marchando —exclamó Imogen sonriéndole.

—¡Sois mis rescatadoras! —Les sonrió al pagar—. Bueno, chicas, vuelvo a la clínica. ¡Vamos hablando! —Se despidió agitando la mano en el aire.

Tras ella, llegaron los clientes de siempre, alguno nuevo, otros que paraban con prisa para coger el cercanías que los llevaría a la ciudad. Más entrada la mañana, como siempre, Lilian apareció acompañada de Wendy, Teresa y Flora. Al servirlas, Jared hizo acto de aparición con su uniforme, que ese día le provocó soltar un suspiro a Imogen. «¡¡¡DISIMULA!!!», se gritó a sí misma, y debía advertírselo, ¿cómo?

—¡Buenos días! —las saludó con una resplandeciente sonrisa.

—Para algunos más que para otros —fue la respuesta de Imogen a la vez que Kendall le respondía con una sonrisa similar, antes de regresar al obrador.

—¿Y eso? —Se interesó.

—Para mí ya no lo son al verte el careto.

—La otra noche no decías lo mismo.

—¿Qué? —Kendall no la había escuchado bien.

—Nada, nada, vuelve al obrador, no ves que le falla la cabeza. —Imogen empujó a Kendall hacia allí. Cuando su amiga entró, no con muchas ganas, ella fue a junto a Jared—. Kendall no sabe nada de la cena, disimula, por favor.

—¡Ah, vale! —Pegó un aplauso Jared—. Ha despertado, necesitaba escuchar mi voz.

—No necesito nada de ti, es más, no te tocaría ni con un palo.

—¡Imogen! —exclamó Kendall escandalizada, regresando a la barra.

—¿Es tu amiga y aun así te sorprende? —Un brillo travieso le cruzó los ojos verdes a Jared, lo que enfadó más a Imogen, que apretó los labios y abrió las aletas de la nariz.

—Y deja de enseñar tus dientes blanco nuclear, me deslumbras.

—¿Molesta?

—No, asqueada, y dime qué te sirvo o vete —lo amenazó.

—Vale, no te pongas así, mujer. Ponme cuatro cafés para llevar y una caja de bollería variada.

Imogen lo miró, estiró los labios de tal manera que el superior le rozó la nariz.

—Estamos famélicos.

—¡Qué va! Es para los compañeros que estamos de mañana. —A la vez que le servía todo, ella miraba hacia la puerta, hecho que no le pasó desapercibido a él, que no perdió la oportunidad de saber lo que le escocía—. ¿Esperas a alguien?

—Sí, a mi amante —contestó, lo que no le sentó muy bien a él—. Mi amante que viene de las estrellas.

—Amante, vaya, eso ha dolido, ¿sabes? Pensaba que te estaba conquistando.

—Es que, chica, Jared tiene unas manos de oro —añadió Teresa.

—Si necesitas algún trabajito, cuenta con él —apostilló Lilian.

—Es verdad, para lo que necesites, te paso mi teléfono. —Jared cogió una servilleta y le apuntó su número en ella—. Para que lo tengas. —Le guiñó un ojo.

—Sería a la última persona que llamaría. —Ella la guardó en el bolsillo del pantalón antes de servirle todo su pedido.

—Me encanta veros discutir —aseguró Flora, quien consiguió que se callasen—. Vuestros corazones dan rienda suelta a las emociones. —Les sonrió.

—¡Eso no va a pasar! —Hablaron al unísono y compartieron la misma mirada asombrada que los puso colorados.

—Pasará —afirmó rotunda Flora. Imogen nunca la había visto tan seria y firme.

—No lo creo —le respondió Jared serio, algo que no le gustó mucho a Imogen. Parecía que le molestaba.

—Muchachos —se arrimó más a ellos y bajó la voz—, el destino mueve sus hilos y entre ellos estáis vosotros.

—No creo en esas cosas —dijo Imogen también en voz baja.

—Ninguno vais a poder escapar de vuestro sino, los hados se están moviendo y en Halloween todo cambiará. Al fin os habéis encontrado, porque desde hacía mucho os estabais esperando.

Jared, sin despedirse, salió a la carrera de allí.

—No vais a poder escaparos —sentenció Flora, dándole unos golpecitos en la mano a Imogen.

Ella no supo cómo descifrar todo aquello.

Capítulo 17

Conversaciones inesperadas

Imogen estaba leyendo en el pequeño sofá de la biblioteca, aunque de vez en cuando entornaba los ojos hacia el alféizar de la ventana, pues daría mucho juego si le ponía unos cojines allí, sería un gran espacio para sentarse, incluso tumbarse y echarse a leer. Sería más acogedor. Esa noche tenía entre sus manos una primera edición de 1962 de *Siempre hemos vivido en el castillo*, de la autora Shirley Jackson, que la estaba disfrutando muchísimo. La releía con muchas ganas, ya que la *Spooky Season* era una de sus favoritas, aunque ese año había empezado un poco tarde por culpa del tema del traslado, pero aun así había decidido prolongarla hasta noviembre, cuando los días casi eran más invernales que otoñales, al igual que esa noche. Había una enorme tormenta inclemente, desapacible, la típica con viento, rayos y truenos, donde la furia del otoño caía sobre la tierra.

«Esperemos que para Halloween no llueva», pensó para sus adentros, mientras observaba como las gotas de lluvia, que golpeaban el cristal, se deslizaban como suaves lágrimas.

Antes de regresar al libro miró el móvil y sonrió al acordarse del modo en el que Jared le había dado su número de teléfono; después, ella le había enviado un mensaje para que tuviese el suyo. Sin borrar la sonrisa y con los truenos de fondo, continuó leyendo, aunque el móvil la interrumpió. Era Jared.

—¡Hola! —la saludó él.

—¡Hola!, ¿pasa algo? —le preguntó ella.

—Que yo sepa no, ¿por?

—Tu llamada es inesperada. —No contaba con eso, la cogió desprevenida.

—¡Sorpresa! —exclamó él, lo que la hizo reír—. Quería escuchar tu voz, es mi nueva afición.

—Soy un nuevo pasatiempo —lo bromeó.

—No, de eso nada, pero estoy cenando y me acordé de ayer.

—Y querías repetirlo porque me echabas de menos. —Imogen se tapó la boca al oírse a sí misma decir eso.

¡Había metido la pata hasta el fondo!

—La verdad que sí; primero, porque me lo pasé muy bien contigo; y segundo, no tengo esa infusión.

—Y no te olvides de mis amenazas con el cianuro.

—¡Eso jamás! —La línea se llenó con las carcajadas de él.

—Vamos, no lo quieres hacer solo. —Aquello le hizo ilusión y la alegró como a una adolescente enamorada.

—La verdad que no, ayer me recordaste a esas cenas que se hicieron en Nueva York, y, bueno, llevo cenando solo mucho tiempo y... —Se quedó callado durante un segundo—. La compañía fue de lo mejor. ¿Cenaste? —Quiso saber él e Imogen intuyó que tenía la boca llena.

—Sí, espaguetis a la carbonara, porque llevé a la cafetería el pastel de Teresa y lo compartí con Kendall —le contó—. Así tuvimos

algo que llevarnos a la boca al levantarnos tan pronto.

—Eso no es cena —protestó él—, ya te prepararé algo.

—¿Me estás diciendo que como mal? —Ella alucinaba y movió los ojos hacia los lados.

—Sí, la pasta no es cena.

—Y dime, gran chef, ¿cuál es tu cena?

—Calabacines rellenos y gratinados al horno.

—Estás hecho un cocinillas. —Imogen alzó las cejas.

—Estás invitada cuando quieras, solo tienes que decírmelo...

—¡Me puedo invitar yo sola! —Aquello sí que le hizo ilusión, estaba disponible para ella.

Esa era la diferencia, Howie casi tenía que mirar el calendario para no solapar a la jefa con ella.

—Tú di el día, yo me encargo del resto, aunque tienes que alimentarte mejor.

—Y te encargarás de ello.

—Si estuviera en mi mano, sí.

—Ni mi padre me dijo nunca eso. —No salía de su asombro.

—Pues no me importaría hacerte la cena todos los días.

Ella soltó una sonrisilla nerviosa.

—Te lo recordaré.

—¿Le hablaste a Kendall de la cena? —Se interesó él.

—No, todavía no, voy a esperar. —Lo dejó así, no iba a decirle ni a insinuarle que según cómo fueran las cosas entre ellos, sí hablaría—. ¿Y tú a Mark?

—Tampoco, de momento no quiero que sepa de mis sentimientos, aunque creo que algo intuye, por una conversación, pero no hemos vuelto a sacar el tema. —Respiró hondo—. Habrá tiempo de contárselo.

—Eso mismo pienso yo, porque puedo meter la pata.

—O yo, ninguno de los dos estamos libres de ellos, Imogen. —Le gustaba cómo su voz acariciaba su nombre cuando lo pronunciaba, sonaba tan dulce que le cortaba la respiración.

—¿Cuándo ha comenzado todo esto? —preguntó más para sí misma que para él.

—En Nueva York, lo tengo claro, porque me impresionaste con ese aire fresco que desprendes, con tu alegría.

—Puede ser. —Ella se podía remontar a aquellas veces.

—Es mejor así, que estos sentimientos incipientes se queden entre tú y yo.

«Tú y yo», esa simple frase que solo los incluía a ellos dos, ese círculo cerrado que formaba una pareja.

—Sí, cierto —musitó.

—Quiero que lo que vivamos lo hagamos juntos sin ningún tipo de interferencia o intervención de amigos o segundas personas, hagamos que el tiempo sea nuestro. Ya lo diremos a su debido tiempo; mientras llega, disfrutemos de nosotros.

—Lo tienes claro. —La había asombrado, casi era lo mismo que pensaba ella.

—Sí, dedicarte el tiempo que tenga a ti. —Aquello era una declaración de intenciones en toda regla, no se andaba con ambigüedades. Jared era un hombre que sabía y tenía claro lo que quería—. Conocerte, que me conozcas, creo que es lo normal, ¿no?

—Al menos suena bien. —La dejaba sin palabras.

Un pitido la interrumpió.

—¿Qué fue ese sonido? —le preguntó Jared.

—Un mensaje. —Imogen había puesto a Jared en manos libres y vio cómo la habían metido en un grupo de WhatsApp llamado «Mujeres de Cold Spring», formado por Kendall, Tony, Cloe, Shannon, Lilian, Wendy, Flora y Teresa, en el que leyó: «Mañana

sesión brujeril en la cafetería».

—¿Va todo bien? —Se interesó él.

—Hay una sesión brujeril, ¿sabes algo?

—No, pero suena a Flora —le aclaró.

—Ya. —«Maldita brujilda», pensó, y escuchó beber a Jared—. ¿Terminaste?

—Sí, y por cierto, antes de que se me olvide, mañana entro a trabajar más temprano, así que te dejaré en el porche una caja de calabazas.

—¡Ah!, sí, las queremos para vaciarlas y ponerlas de adorno.

—Me lo contó Mark.

—¿Vas a venir a la fiesta de Halloween de la cafetería? Se nos ha ocurrido hoy mientras cerrábamos. —Lo estaba invitando de un modo casi informal.

—De acuerdo, allí estaré —afirmó con rotundidad—. Gracias por la invitación.

—¡Genial! —Sonrió de un modo amplio a la vez que un trueno hizo temblar los cristales.

—Te tengo que dejar, debo recoger y me iré a la cama. —En su tono de voz percibió que no lo hacía de buena gana.

—Vale, en un rato me iré también. —La misma sensación de no querer la vivió ella.

—Mañana te veré —le dijo él.

—Si vienes por un café, ahí estaré.

—Me cuesta decirte «hasta mañana»...

—¿Por qué será?

—Porque no entiendo una despedida cuando a ti se refiere.

—Lo dejamos en un «hasta luego», entonces. —Imogen cambió la despedida.

—Mañana me pasaré por la cafetería.

Con esa promesa colgaron, y a ella le quedó el corazón palpitante, tanto que no fue capaz de concentrarse de nuevo en la lectura.

Capítulo 18

Consejos brujeriles para un equinoccio distinto

Como le había dicho Jared, cuando salió hacia la cafetería ya tenía en el porche una caja llena de calabazas de todas las formas, que cargó calle abajo. Tanto Kendall como ella se quedaron con unas calabacitas pequeñas, que en el caso de Imogen las llevaría a casa para ponerlas en la biblioteca. Siguió ocultándole a Kendall la cena y la charla telefónica con Jared, cuando hubiera algo que contar de verdad se lo diría todo, pero consideró que de momento era pronto, debido más que nada a que no quería enfrentarse a ese «cuidado» que su amiga no le paraba de repetir, pues veía en él todo lo que había deseado durante años en un hombre. Era mejor así, que nadie lo supiera; si quedaban como amigos (no era el mejor de los escenarios), no contaría nada; si al final se resolvía la atracción entre ellos, ya detallaría todo. De momento, el silencio era su mejor aliado.

—¿Qué es eso de un grupo de mujeres de Cold Spring? —le preguntó al cortar la masa de galletas con un molde en forma de murciélago.

—Te agregué al grupo, porque por ahí hacemos nuestras quedadas, como la de esta tarde.

—¿Es que ahora Flora va a utilizar la cafetería como despacho para sus brujerías? —le preguntó a Kendall, haciéndole saber que no se fiaba un pelo.

—No seas exagerada, por favor —resopló Kendall, metiendo una tarta que saldría en forma de calabaza con dientes.

—¿Qué va a pasar?

—Flora nos enseñará algunos rituales que hacer la noche de Halloween para atraer el amor, mantenerlo entre otros, ya lo verás, es muy interesante lo que cuenta y, a mayores, nos da consejos.

—¿Consejos? —Aquello sí que le pareció raro—. ¿Es que también es psicóloga?

—Imogen, no, para purificar la casa y todo eso. Lo verás por ti misma, no es peligroso.

—No, creo que paso.

—Estarás —la obligó Kendall—. Vendrán todas.

Esa misma tarde, cuando la cafetería estuvo más tranquila, se sorprendió por la reunión que se produjo. Lo habitual era que Lilian y sus amigas llegasen, charlaran con Kendall e Imogen y luego jugasen una partida de cartas o cualquier otro juego; no obstante, esa tarde se había congregado un grupo bastante numeroso: Lilian, Wendy, Teresa, Cloe y por último Tony, aunque faltaba Shannon. Imogen se sentó al lado de Tony.

—¿Ha dado algún consejo ya? —La joven acercó la cabeza a Tony. Era una mujer bajita, muy delgadita, de pelo corto negro, con un rostro redondo cuyas facciones mostraban esa amabilidad de la que siempre hacía gala.

—Estamos esperando.

—Se cotiza alto. —Quiso bromear Imogen.

—No, creo que no. —Se rio por lo bajo.

La campanita de la puerta hizo que todas se girasen y apareció Shannon. Era alta, con caderas redondeadas y siempre andaba en mallas a conjunto con sudaderas, que ese día ocultaba detrás de un bonito delantal *cottagecore*, una estética que celebraba la vida rural y la conexión con la naturaleza, evocando un estilo de vida sencillo y romántico, que se había puesto muy de moda.

—Querida, toma asiento —le ofreció Flora—, empezaré por ti. Este año enciende esta vela —Flora le dio una vela blanca bien envuelta— y medita, sé que te gusta, durante unos minutos, de modo que conectarás con la energía de la noche de las brujas. Céntrate en las nuevas intenciones y suelta lo que ya no te aporta bienestar.

—Que es mucho, os lo aseguro —les confió Shannon y todas le sonrieron.

—Para Tony, Kendall y Cloe. —La veterinaria dio una palmada y arrastró el culo hacia el borde de la silla—. Este año os propongo una limpieza de hogar, bueno, para cualquiera de vosotras. Ahora, en otoño, es un buen momento para deshacerse de esos objetos innecesarios así renovamos los espacios. Barred con la intención de eliminar la energía estancada, y una vez hecho, encendemos incienso de sándalo o palo santo, que ayudará a armonizar al ambiente. —Flora les dio a todas un incienso que olía muy bien.

—¿Los haces tú? —Se interesó Imogen observando esa barra entre verde y amarronada.

—Sí, los hago cuando las plantas están en su momento idóneo para ser podadas o cosechadas —le explicó como una buen profesional—. Para vosotras tres —se dirigió a Lilian, Teresa y Wendy, que le prestaron toda la atención del mundo—. Cómo no, lo podéis hacer si queréis: encended dos velas, una representará el pasado, la otra dará la bienvenida a todo lo nuevo, pero serán una

guía para esas almas que regresan durante unas horas al mundo de los vivos, hallarán el camino a casa. —Posó sus ojos en Imogen para hablarle directamente—: Sirve, de igual forma, para dar por finalizadas relaciones amorosas y amistades negativas.

—Vaya —exclamó Imogen—, me lo apunto.

—Funciona con creces —le aseguró Shannon muy animada.

«¡Ay, Dios, que las tiene compradas a todas!», pensó para sí misma.

—Son rituales inofensivos, sencillos y muy efectivos —reconoció Tony.

—De hecho, conocí a mi marido con el ritual del amor que me indicó Flora hace ya cuatro otoños —confesó Cloe sonriente.

«¡¡¡Van hechizando a los hombres!!!», se gritó para sí misma.

—Hace ya tiempo, estaba metida en una relación bastante tóxica y el ritual de soltar me sirvió: escribes en un papel lo que deseas destrabar, en mi caso era esa relación, y lo quemas en una vela, simbolizando la liberación de lo viejo y la apertura a lo nuevo. Fue todo un milagro. —Shannon compartió su historia con Imogen con total confianza.

—Tenemos que agradecer que nuestra Flora sea tan mágica y eficiente —aplaudió Teresa.

Mientras todas charlaban sobre lo bueno de la brujilda, Flora sacó una bolsa que contenía una pequeña calabaza, una manzana roja, hojas secas que a saber dónde las había conseguido, porque los árboles de momento tenían las copas intactas, y se la dio a Imogen.

—¿Es para mí?

—Así es. —La movió en el aire para que ella la cogiera, así lo hizo —. Sobre las ramas que hay dentro, coloca a modo de altar el resto de objetos; delante de él, enciende la vela naranja, símbolo de abundancia y prosperidad. Durante la noche de Halloween, puedes

hacer peticiones y reflexiones.

—Vale. —Imogen estaba alucinando un poquito, pues nunca se había considerado una mujer esotérica, pero estaba visto que las señoras que la rodeaban creían en todo ello.

—Pero antes quema este ramillete en un platito —le aconsejó—, son laurel, verbena, artemisa, ruda y muérdago, vete por cada rincón de la casa, por cada habitación, para eliminar las vibraciones de los anteriores inquilinos. Una vez que lo hayas hecho, entonces armas el altar.

Para Imogen era demasiado trabajo esotérico.

—De acuerdo. —Cogió el ramillete que iba envuelto en una bolsita de seda—. ¿Servimos más infusiones? —Se interesó Imogen al ver que no quedaban bebidas.

—¡Por supuesto! —exclamó Wendy—. Esta clase de magia se merece un buen té.

—Vamos. —Kendall se levantó e Imogen fue tras ellas, y en nada todas volvían a estar sentadas en torno a las dos mesas que habían juntado.

—Flora —la llamó Cloe—, me tienes que pasar una nueva cruz de pino.

Imogen casi escupió su infusión sin teína en la taza.

—¿Una cruz de pino? —Estaba confundida y asombrada a partes iguales.

—Sí, una cruz de hojas de pino protege la casa de espíritus malignos, libera del sentimiento de culpa no justificado o excita el deseo carnal.

—¿En serio es buena para echar un polvete? —Aquello ya le parecía surrealista, aunque la seriedad de sus compañeras de mesa lo confirmaba.

—Así es, todas las plantas, como algunas verduras, incluso frutas,

tienen sus poderes mágicos; por ejemplo, el jengibre es bueno para aumentar la vitalidad sexual —asintió Flora antes de esconder sus labios en la taza.

Imogen miró con disimulo. «¡Oh, lo que me faltaba, excitarme por todo», no pudo frenar ese pensamiento ni el siguiente: «¿Es que todo tiene que ver con la sexualidad?», bufó. A eso continuaron, por parte de Flora, otras explicaciones de plantas cuyos usos eran de lo más extravagantes que arrancaban risas, como el espárrago, un gran afrodisiaco.

—Se los daré de comer a Mark —bromeó Kendall, a lo que todas respondieron con exclamaciones.

—Está muy buena esta infusión —exclamó Tony saboreándola, acababa de probarla.

—Si os gusta, tenemos un expositor —Kendall lo señaló— para que compréis, nos lo puso la propia fábrica —les informó.

—Lo quisimos, porque en mi caso, que soy una fanática del otoño, de Halloween, de las infusiones temáticas como la de Navidad, que próximamente tendremos. —Todas clavaron la mirada en su persona, Imogen por un momento se sintió cohibida—. ¿Qué? — Saltaba los ojos entre ellas.

—Eres la adecuada —dijo Flora con misterio—. Cold Spring llevaba mucho tiempo esperándote.

—¿Para? —preguntó, pero ninguna se dignó en contestarle, y al posar la vista en Kendall, a su amiga no se le ocurrió mejor cosa que encogerse de hombros.

Flora añadió:

—Hay que estar muy atentas a lo que queda de otoño, algo va a cambiar. Creo que tendremos grandes sorpresas.

—¿A qué te refieres? —insistió Imogen.

—Va a cambiar el futuro, así como el tuyo se tornará más feliz y

aquello que creías imposible se hará realidad.

Con el enigma flotando sobre las cabezas de todas, pues ninguna de ellas preguntó, como si ya supieran de lo que se trataba salvo ella, cambiaron de tema, mientras que Imogen no se creía mucho de lo que decía Flora.

Capítulo 19

Érase una vez el valle del Hudson

En las profundidades del valle del Hudson, allí donde muy poca gente se internaba por miedo a no salir nunca, pues era muy fácil perderse, había una extraña elevación rocosa que ocultaba una pequeña casa de madera que propios y extraños consideraban de otra época, motivo por el que no le concedían mucha importancia, porque quien la viese pensaría que en cualquier momento se podría venir abajo.

Difuminada en la oscuridad que la rodeaba, a todos le pasaba inadvertido el tejado a dos aguas, en cuyo centro había una chimenea que le confería más altura de la que realmente tenía, cubierto por antiquísimas láminas de pizarra entre las que crecían líquenes, hierba o musgo que casi la mimetizaban con la vegetación colindante, y seis enormes troncos bien clavados en la tierra la elevaban sobre un charco que nunca se secaba. Se accedía a ella a través de una larga fila de escalones de madera un tanto raídos por el paso del tiempo así como por la humedad que el río Hudson desprendía. La puerta de entrada era una lámina gruesa de madera

vertical anclada entre un pequeño ventanuco y una ventana triple que se desprendía de la casa a modo de balconcillo.

Cuando siempre tenía las luces apagadas, en esa noche de Halloween, estaba muy iluminada, y en su interior una sombra encapuchada se movía con mucha presteza. Resguardada por esas cuatro paredes orientadas hacia los puntos cardinales, sus oídos solo captaban los saltos de los cuervos que estaban posados en la techumbre o los pasos de los atrevidos mapaches. En el suelo, hecho de madera de sauce, al igual que el resto de la edificación, había hecho un nudo de brujas, en su interior colocó un pequeño altar con ramas de manzano unido a las primeras hojas que habían caído de algunos árboles del valle, pero lo que sobresalía era la manzana donde anudó dos pelos, uno de hombre, otro de mujer, que había adquirido con disimulo sin que sus dueños se percatasen. De rodillas ante él, comenzó un lento ruego formulado en una lengua antigua que se había perdido en los albores del tiempo y que ya nadie conocía. Lo fue repitiendo hasta que a la tercera vez los extremos del nudo se prendieron en llamas que rodearon la manzana; de seguido, los ramilletes de enebro que había puesto en los puntos cardinales empezaron a humear para proteger a la pareja de las larvas astrales.

La naturaleza enmudeció salvo por el ulular de un búho. El hechizo había sido enviado a las fuerzas del orbe mágico. Ellas harían el resto.

Capítulo 20

¿A quién va unido el amor, Imogen?

Halloween había llegado sin previo aviso, e Imogen, antes de regresar a la cafetería, siguió los pasos de Flora, quemando el ramillete de hojas que le había proporcionado, recorrió todos los rincones de la casa, consiguiendo que el humo se adentrase lo mejor posible en cada cuarto y así se quedase impregnado en las paredes.

—Anda que voy a oler a un pedazo de carne ahumado —bufó.

Se tomó el tiempo necesario y dejó el plato con el ramillete a un lado de la habitación cercana a la suya, donde con la ventana abierta olió, a esas horas y sin tráfico, la humedad terrosa del valle del Hudson, que esa noche estaba cubierto por una extraña neblina que lo convertía en colinas humeantes.

En medio había puesto el altar y la vela para pronunciar todo lo que deseaba pedir:

—Quiero que se alejen esos recuerdos del ayer, todo lo ocurrido en la editorial con mi jefa, ya no pertenezco a ese mundo.

Para ella era importante deshacerse de todo aquello, que los miedos, los fantasmas que la habían atormentado hasta hacía bien

poco se fueran alejando para que nada influyera en su nueva vida, esa que había comenzado en Cold Spring y que reportaba una enorme tranquilidad. Eso sí lo agradeció, pues había sido un cambio para bien que necesitaba, pero no lo había visto hasta hacía bien poco, por eso unido a ello pidió que sacara de su vida todo tipo de hipocresía, la mayor evidencia del pasado. Había veces que lo mejor era dar esquinazo al recuerdo y guardar ciertos retazos del ayer dentro, para que sus secretos no viesen la luz del día. Otras, por el contrario, había que soltar cuerda para no recordar y permitir que lo ocurrido fluyese en las olas del viento para que navegase lejos, sin olvidar lo que nos llevó al punto en el que estábamos. Eso era lo que pretendía Imogen, soltar el lastre del dolor y el rencor.

—Que la cafetería vaya bien en el futuro; salud para todos los que quiero. —Respiró hondo, los efluvios que soltaban las hierbas desprendían un aroma indescriptible—. Y el amor... —La cara de Jared apareció en su cabeza sin previo aviso, cual fantasma—. ¡Mi deseo de la noche de brujas es Jared!

EL AMOR PUEDE IR UNIDO A JARED READ.

Capítulo 21

Departamento de especulaciones, deducciones e historias halloweenescas

Cuando Imogen fue hacia la cafetería, su calle, como todas las de Cold Spring, era un hervidero de niños y jóvenes repitiendo «¿truco o trato?» y de gente disfrazada con intenciones de pasarlo bien, que se concentraba por allá, por aquí, pero algunos iban al *bandstand*. En cambio, en Main Street era la cafetería la que tenía un ambiente festivo. De todos los locales era el único abierto por la fiesta que las chicas habían montado y publicitado, en parte también por la ayuda de Shannon, que había repartido panfletos que ellas habían hecho e imprimido. Cuando entró un pequeño muñeco zombie sosteniendo una cesta de mimbre, la saludó a la vez que notó el ambiente cálido, y vibraba en cada esquina por el aire festivo, al haber recibido bastante afluencia de gente. Algunos iban disfrazados, como Mark, Kendall, Tony, Cloe y su marido; otros, como el caso de Imogen o Jared, no lo habían hecho, lo cual no importaba. Además, al tener las puertas abiertas eran muchos los que aprovechaban a sacarse una foto en el escritorio de Bram Stoker, ¡se había convertido en la

sensación de la noche!

—Has tenido muy buen ojo al haber colocado esas mesas en la librería. —La felicitó Tony con una gran sonrisa.

Era cierto, y eso consiguió que Imogen vibrara y se emocionase.

—Sí, eso parece.

—Venga, hazme mi foto. —Se animó la mujer.

Así lo hizo, luego a todos aquellos que se unieron a ella. Hubo gente, bastantes desconocidos que se ocultaban detrás de un disfraz que etiquetarían a la cafetería-librería.

—Sin quererlo tenemos propaganda gratis —le susurró Kendall al oído, apoyando la cabeza en su hombro, iba un poco contentilla.

—Habéis alegrado Main Street, al menos por esta noche que se ha convertido en un desfile de poses de modelos. —Se rio Shannon.

—Si era bastante particular, ahora más —le siguió la broma Tony.

—Como venga más gente, os aseguro que seréis el nuevo reclamo de Cold Spring —afirmó Cloe.

—Pues eso mismo es lo que espero —reconoció Imogen con una copa en la mano del ponche que había llevado Wendy y que estaba un poco cargado de más—. Quiero que seamos conocidas.

—¡Hala, vas buscando la fama! —exclamó Kendall, divertida.

Imogen fue girando lentamente la cabeza hacia ella y parpadeó varias veces.

—No, pero nos crearemos una buena reputación. —Vio como su amiga se servía más ponche—. Ten cuidado o cogerás una melopea —le advirtió.

—Sí, Wendy se ha pasado un poco con el alcohol, nunca lo hizo tan cargado. —Tony torció un poco la boca mirando el recipiente.

Todas observaron, luego, al trío formado por Lilian, Wendy y Teresa, que charlaban con unos y otros. Teresa había llevado un rico vino caliente que apenas tenía alcohol, al haber utilizado un vino

cero cero.

—¿Soy yo o Jared mira mucho hacia aquí? —Reparó Cloe en ello, lo que consiguió que todas se fijaran en él.

Para Imogen estaba muy guapo, con sus vaqueros azules, una camiseta blanca por debajo de una camisa de franela, que no era su prenda favorita para hombre, pero debía reconocer que a él le favorecía mucho. Evitó observarlo durante mucho tiempo (estaría toda una eternidad haciéndolo), lo que pasaba era que debía disimular para que nadie se diera cuenta de que sus ojos lo estudiaban con más atención de la normal. Aun así, no pudo contener un suspiro que soltó por la nariz. Él era ajeno a todo, mantenía una animada charla con Mark y el marido de Cloe. «No mires, por favor, no mires», le pidió en silencio. Él hizo todo lo contrario, giró la vista a ellas y... ¡las saludó con la mano!, a lo que todas respondieron del mismo modo. «Es tonto, de verdad, ¡¿a quién se le ocurre?! A Jared», se respondió ella misma.

—¿Te ha saludado? —Shannon era la más avispada de todas, aunque no parecía muy segura.

—Fue a todas, creo yo. —Nada más decirlo, se escondió en su vaso de ponche que terminó en cuestión de segundos.

—¡Le gustas! —dedujo Tony, que continuaba mirándolo.

A Imogen no le agradó un pelo que se acercasen tanto a la verdad, aunque fueran especulaciones.

—Oíd, ¿no será ese el cambio que venía pronosticando Flora estos días? —preguntó Cloe atando cabos y llenándose el vaso de vino caliente.

—Lo dudo —soltó Imogen lo más rápido que pudo.

—Imogen y Jared —meditó Kendall, que al rato agitó la cabeza—. Imposible, os lleváis a matar.

—Por eso mismo, imposible —sentenció Imogen.

—Todo es posible —apostilló Tony con una sonrisilla pícara—, y más en una noche tan mágica como esta.

—¡Qué emoción! Una nueva pareja en Cold Spring. —Cloe, de la alegría, se rio.

—Y luego decís que da calabazas, ¿en qué quedamos? —Quiso saber ella.

—Puede ser que tú seas la indicada para acariciarle el corazón...

—Muchacho —Lilian se había acercado a él, y como Kendall, también empinaba un poco el codo—, esta noche encontrarás al amor acechándote.

—Ya lo veremos. —Él no se lo tomó a mal.

—¿Ves? En otro momento, le diría un par de cosillas a Lilian, y en cambio se ríe. —Observó Shannon—. La transformación está cerca.

—Estamos ante el Halloween del amor —bromeó Cloe.

—Que sí, muchacho, que sí —insistió la mujer—. Si miras a tu alrededor, seguro que ves a alguien cuyo corazón te atrae.

Dicho y hecho, Jared buscó con la mirada a Imogen, ella le devolvió una bastante nerviosa y enrojeció como una ciruela pocha. No fue por vergüenza, ni simular lo que no era, sino porque su corazón le palpitó en el centro del pecho, pues él, sin querer, había confirmado las palabras de Lilian, sus almas se atraían más de lo que podían sospechar y por vez primera ella así lo sintió. Era más, la atracción, pese a estar a distancia considerable, además de por la gente que se interponía entre ellos, se mantenía intacta y percibió como a través de un fino hilo lo sentía más cerca y tiró para aproximarse a él y así romper la separación entre sus cuerpos.

—Aunque no lo quieras reconocer, a ese hombre le gustas —afirmó Cloe.

—Creo que estás en lo cierto —asintió Shannon.

—No sé... —Kendall parecía dudarlo—, lo conozco...

—Como nosotras —la interrumpió Tony—, y nunca lo he visto tan pendiente de una mujer.

—Es que mira hacia aquí con disimulo como para asegurarse de que todo está bien —comentó Cloe.

—¡Joder, la que faltaba! —Shannon señaló con la cabeza a una mujer que entraba en la cafetería.

Imogen se fijó en el gesto de sus amigas, en cuestión de unos pocos segundos pasó de divertido y risueño a oscuro. Ella, por ejemplo, conocía muy bien a Kendall, y solo ponía esa cara de asco con una persona que le caía fatal no, lo siguiente.

—¿Quién es? —Quiso saber Imogen, pues nunca se había cruzado con ella ni la había visto.

—Es Muriel —le respondió Kendall.

—¿No la conoces? —Cloe no daba crédito.

—Hasta ahora nunca la había visto —reconoció.

—Claro —afirmó Shannon—, eres una recién llegada a Cold Spring.

—Es cierto, no me acordaba, como te veo todos los días. —Tony se encogió de hombros.

—Como diría Flora, nunca te acerques a ella. —La advertencia de Cloe le congeló la sangre a Imogen.

—¿Por? —Eso logró que separase la vista de aquella mujer.

—Tiene un canal de YouTube y un blog, donde enseña lo fantástico que es el pueblo, como todos los de alrededor, para luego hablar mal de los vecinos y soltar cotilleos —le contó Kendall, que no podía dejar de mirarla.

—Y no solo eso, sino que airea las penas y todo tipo de noticias verdaderas o falsas de la gente —matizó Shannon—. De un rumor hace una montaña.

—Además que estafa con sus supuestos viajes y vende más caro

el *merchandising* de todo el valle del Hudson —añadió Tony, por si lo anterior no le llegaba a Imogen.

—Vaya, menudo personaje —susurró.

—Su boca solo vierte mentiras. —Cloe tampoco se pudo callar.

—No te acerques a ella —le pidió con tono lúgubre Shannon a Imogen.

El aire se volvió frío entre las integrantes del festejo, el ambiente cálido y acogedor de la cafetería, se tornó pesado como si un iceberg se situase sobre las cabezas, el tiempo se había ralentizado tanto que las agujas tenían miedo a moverse y el graznido de un cuervo a lo lejos fue lo único que captaron los oídos de esas mujeres. Imogen la siguió mirando: saludaba a algunos, cotilleó la cafetería con mucho descaro, como si estudiase cada detalle, y cuando lo dio por terminado, se fue sin consumir nada.

Continuaron charlando hasta que a eso de la medianoche, o quizá un poco más tarde, todos se fueron retirando a descansar.

—Tenemos que recoger —dijo Kendall bostezando.

—No abras tanto la boca, compites de cerca con los hipopótamos —la bromeó Imogen.

—Estoy muerta y nunca mejor dicho.

—Pues vete, ya me encargo yo.

—La ayudaré —se ofreció Jared.

—¡Qué buen chico! —Le sonrió risueña. Se volvió a Mark—. Dejémoslos solos.

—Venga, nos vemos —se despidió Mark con su disfraz de vampiro.

—Sed buenos —canturreó Kendall saliendo por la puerta.

En cuanto sus amigos se marcharon, Jared, detenido delante de la puerta, se giró hacia ella y le echó una mirada acalorada que la recorrió de pies a cabeza; luego, con pasos medidos, se deslizó por el espacio de los separaba, atraído por la necesidad de estar cerca

de ella. Le agarró las manos, se las llevó a los labios y le dio un beso a cada una, después la abrazó. Sus cuerpos se fundieron, solo requerían sentirse sin besos ni caricias ardorosas de por medio, era el puro apremio de estar juntos sin interrupciones, sin nadie de por medio que los vigilase. Todo el ser de Imogen se sosegó y la reconfortante sensación de estar a salvo, segura entre sus brazos, la empujó a pegar la nariz en el centro de su torso, respirando ese aroma que se asemejaba a un día caluroso de otoño.

—He estado esperando este momento todo lo que llevamos de noche —le susurró sobre el pelo.

—Mejor que no lo hicieras, porque las chicas sospechan algo, aunque Kendall no le da credibilidad. —Se separó para mirarlo.

—Si ella supiera. —Echaron a reír—. Pero, Mog —inventó un diminutivo—, si continuamos así no podremos ocultarlo por mucho tiempo.

—Vale, pero me gustaría ir con tiento.

—Lo entiendo y lo comparto. —Le regaló una sonrisa sesgada y miró hacia arriba—. Ahora, si me lo permites, voy a hacer algo que llevo toda la noche...

Interrumpiéndose a sí mismo, subió las escaleras de dos en dos, seguido por ella, y se sentó en la silla del escritorio gótico dedicado al escritor Bram Stoker.

—Esta silla es muy cómoda, ¿la probaste?

—No, no me senté en ninguno de ellos —habló ella refiriéndose a los escritorios.

—Deberías.

Ella se lo quedó mirando y, como empujada por una mano invisible, no se pudo contener por más tiempo, y sin vacilar salvó el corto espacio que los separaba, con las miradas enganchadas, la de él, intensa como el fuego ardiente en una chimenea, le rodeó el

rostro.

—Mog. —Su voz era igual de profunda, con un deje enronquecido.

Ella cerró los ojos y dejó caer la boca sobre la suya.

Era la primera vez que tomaba la iniciativa de besar a un hombre, siempre había tenido miedo a ser rechazada, pero, en ese caso, sabía que no iba a suceder.

Capítulo 22

La magia de la noche de las brujas

Y así sucedió.

Jared no la separó, sino que arrastró la silla para sentarla y acomodarla sobre sus piernas, mientras sus dedos se enterraban en su melena y abría la boca para darle la bienvenida a su lengua. Era un beso con una desesperación casi salvaje, con todas las emociones reprimidas que se habían acumulado y agitado a lo largo de las horas. Parecía que el deseo de ambos se había cumplido en esos instantes solos en la cafetería, alejados de todo. Sus lenguas entrelazadas respondían de la misma manera al ardor del otro a la vez que Imogen aspiró su aliento, su calidez como propia, y dentro de ella se sintió natural y correcto, como si hubieran estado destinados a unirse así, pues se besaban con avidez, sin disfraces, mientras ella seguía con las yemas de los dedos la línea de su mandíbula, notando cómo le rascaba un poco la incipiente barba que le estaba naciendo.

La agarró por las caderas para hacerla partícipe de su deseo más oscuro y carnal, y coló una mano por debajo de la sudadera y la

camiseta para tocarle solo un pequeño palmo de piel, lo que consiguió que ella gimiera en su boca, en tanto que Jared la besó aún más a fondo, sin delicadeza ni moderación, como si no hubiera besado a una mujer en años y ella fuera la elegida para recibirlo.

Con la respiración entrecortada, él rompió con mucha delicadeza el beso hasta acariciarle con su labio superior el inferior de ella, para luego, donde sus labios estuvieron posados, reseguirlos con la yema del pulgar. Él sonrió y le plantó un ligero beso entre las cejas antes de apoyar su frente contra la de ella.

—Vaya, eres la primera mujer que me besa. —Bajó la vista hacia sus manos entrelazadas, que no supo cuándo se unieron en un nudo casi irrompible, antes de mirarla y regalarle una sonrisa un tanto tímida que no le pegaba, aunque mostraba un poco su vulnerabilidad.

—Creo que este beso llevaba bailando en mis labios desde hacía tiempo, ¿cuánto? —Ella se encogió de hombros—. No lo sé.

—En mi caso, desde que te conocí en Nueva York.

—Una de esas noches te decidiste a darme un beso en la mejilla.

—Y recuerdo que no me separaste.

—Cierto. —Sonrió Imogen ante esa verdad aplastante.

—Desde entonces una pregunta rondó mi cabeza.

—¿Cuál? —Quiso saber.

—A qué sabrían tus labios. —Le dio un beso rápido.

—¿Y a qué saben?

—Están entre ponche y café con calabaza. —Ese último podía ser, porque se había preparado un *pumpkin spice* descafeinado—. Me gusta, aunque podemos correr el riesgo —acercó su boca a su oído — a que me vuelva adicto.

—No me importaría. —Ella le colocó las manos en su cuello, donde pudo sentir el pulso acelerado en la vena.

—En esas ocasiones en las que cenábamos los cuatro en Nueva York para visitarte, siempre descubría algo nuevo de ti que me fascinaba más que lo anterior, que me atraía más. —Le acarició una pierna por encima del vaquero negro que ella vestía—. Ahora, lo quiero todo.

—Y yo quiero conocer cada uno de tus rincones, de los más brillantes a los más oscuros. —Le rodeó el rostro con las manos y le acarició sus amplias mejillas—. Lo quiero saber todo de ti.

—Lo iremos desvelando juntos. Lo primero que quiero aprender es el mapa de tu corazón.

—Creo que ya lo tienes. —Ella se acercó a su boca.

—¿Sí? —Alzó las cejas fingiendo asombro.

—Sí.

Él le puso una mano en la nuca, se detuvo un momento para saborear la expresión de su dulce rostro y la besó profundamente de nuevo. Imogen, entrelazando sus dedos en su cabello, presionó su cuerpo contra el suyo. Volvía a ser tan intenso, con un toque más ardiente, que notó cómo se le espesaba la sangre y percibió cómo el calor de su palma la envolvía por completo. Empujada por el deseo, ella le desabrochó la camisa para tirar por la camiseta que llevaba por dentro del pantalón para meter la mano, y con dedos separados le recorrió la suave piel de su vientre, poniéndose a hacer espirales alrededor de su ombligo, porque la postura no era la mejor. Notó cómo tembló bajo su suave caricia, pero la consecuencia fue que rompió el beso mucho antes de lo que ella esperaba.

—Para o no podremos frenar —le dijo, acunando su rostro.

—No quiero que frenes.

—Y yo quiero hacerte el amor en el momento que más me desees. —Rozó sus labios contra los de ella—. No te estoy rechazando, Mog, si lo piensas es porque no me conoces.

—¿Se puede desear aún más a una persona?

—Te aseguro que sí. —Con esa promesa, volvió a besarla con tal avidez que la pasión y el deseo se fundieron en uno.

La cafetería desapareció mientras sus labios permanecieron unidos.

Capítulo 23

Planes románticos para dos

—Gracias por esta noche, Mog.

—¿Por qué? —Metió la llave en la cerradura y se giró hacia él—. No hice nada.

—Me has regalado el mejor Halloween. —Posó la mano sobre su mejilla y le acarició el pómulo con el pulgar—. Y los mejores besos de mi vida, me has revivido.

—Ni que fueras Drácula.

—Casi; cuando la vida no te ha sonreído mucho, te agarras a la primera estrella que pasa, tú. —Imogen tragó con fuerza, aunque quería saber más sobre su vida, no deseaba entrometerse ni meter la pata cuando era el primer hombre que le dedicaba palabras tan bonitas, ya que estaba acostumbrada a todo tipo de excusas—. Te has sonrojado.

—Es que a veces las relaciones no siempre permiten que la pareja diga cosas tan gentiles como las tuyas.

—Te las diré siempre, porque salen directamente de mi corazón. —Le dio un dulce beso en los labios.

—¿Quieres pasar?

—No, mejor me voy, o mañana no podremos ir de pícnic.

—¿De pícnic?, ha estado lloviendo.

—Mañana es festivo y quiero que conozcas los alrededores naturales, y hará sol.

Entusiasmada, le contestó:

—Vale. ¿Qué llevo?

—Tú pones el café o las infusiones, del resto me encargo yo. —Le dio otro beso y se despidió—. Hasta mañana.

Cuando Imogen se metió en casa lo hizo a oscuras, dando un salto de alegría, su cuerpo copiaba lo que su corazón hacía, y no solo eso, sino que la emoción la hizo quedarse dormida muy tarde y soñó todo el tiempo con los besos de Jared.

Ella todo eso lo recordaba montada en el todoterreno de Jared de camino a algún lugar de las montañas de Cold Spring o del valle del Hudson. No le había dicho el lugar específico. No le importaba, ella estaba feliz compartiendo horas con él.

—¿Es secreto todavía? —insistió Imogen, girando el rostro hacia él, que iba concentrado, pero al mirarla sonrió, las líneas de su rostro alargado se relajaron.

—Ya lo verás.

—Conoces de memoria estos caminos. —Le asombraba, era como si tuviera un GPS en la cabeza.

—Sí, he trabajado siempre aquí, aunque ya de estudiante, me gustaron las Highlands del Hudson, son un ecosistema único.

—Te gusta donde vives. —Esa afirmación de Imogen no era crítica, sino que había poca gente que estuviera tan cautivada de su entorno como él. Sí, vivir en Nueva York estaba bien, a mucha gente le gustaba, pero el ritmo frenético del ir y venir de personas, de turistas todo el año, no era del agrado de muchos otros.

—Me encanta, soy un enamorado de la naturaleza, nací en esta tierra y quiero cuidarla, o hacer lo posible para lograrlo. —Giró hacia la derecha—. Al principio de comenzar mi carrera como guardabosques estuve en Tennessee, en el Parque Nacional de las Grandes Montañas Humeantes.

—Estuve, fui con mis padres y los de Kendall, y nos quedamos asombradas.

—Trabajé varios años, es una maravilla natural con la mayor biodiversidad del país. —Contó él escuetamente antes de llegar a una gran explanada donde aparcó el coche. Era el Día de Todos los Santos y festivo, así que mucha gente aprovechaba para salir, como habían hecho ellos. Le puso una mano en el muslo—. Lo que te voy a enseñar no lo cambiaría por ningún otro lugar.

Se bajaron del coche casi al mismo tiempo.

Imogen miró el reloj y habían llegado en unos veinte minutos, más o menos. Se dirigió al maletero de donde Jared había sacado las mochilas; sin embargo, se detuvo para mirarlo. El chándal negro que vestía le quedaba fenomenal, ¿había algo que le sentara mal a ese hombre? Como le había advertido cuando la llamó por la mañana, en esa zona hacía frío, más que frío era humedad, que se podía inhalar en cada respiración y que poco a poco se fue filtrando por el pantalón forrado de Imogen. Cogió su mochila, que se la tendía Jared, y en cuanto cerró el maletero y el coche, la abrazó por la cintura pegándola a su cuerpo y dejó caer su boca sobre la de ella. Imogen se puso de puntillas, enredó las manos en su cabello y tocó con audacia la lengua de él, mientras se inclinaba contra su cuerpo, lo que le arrancó un gemido a Jared, a la vez que lo besaba aún más profundamente. Eso era con lo que había estado soñando durante toda la noche: su sabor, su calidez o la fuerza con que la tomaba, que lo hacía distinto a cualquier hombre con el que había

estado, sobre todo con respecto al último. Jamás la habían besado con esa intensidad. Le besaba el alma.

—Vaya, esto sí es dar los buenos días —dijo ella casi sin aliento.

—Acostúmbrate, es mi beso de buenos días —confesó en voz baja, solo para ellos.

—Creía que ya me lo habías dado.

—Me supo a poco, estábamos bajo la atenta mirada de Teresa.

—¡¿Nos vio?!

—¿No notaste que las cortinas se movían?

—Pues mira por dónde, no. —Cayó en algo que hasta ese instante no se dio cuenta—. Anda, que como se lo diga a Kendall... — A Imogen se le desprendió la mandíbula al suelo y se llevó las manos a la cabeza.

—No, al principio quedará entre Lilian, Wendy y ella, luego ya no sabría decirte. —Se encogió de hombros.

—Parece que te da un poco igual.

—En el fondo, sí, porque creo que ya no puedo contenerme aunque quiera, ¿te molesta?

—No.

—Bien, eso me gusta. —Le dio otro beso en los labios que la dejó anhelante de más—. Vamos o no conocerás nada de lo que quiero que veas.

En esa ocasión, no caminó sola como aquella primera ruta senderista, sino que, cogidos de la mano, Imogen se dejó guiar por un experto Jared que no era capaz de borrar la sonrisa de sus labios. Ella tampoco. En silencio la condujo por un sendero bordeado por árboles que, para su asombro, ya estaban completamente desnudos y otros cuyas ramas aún sostenían las últimas hojas marrones, y aunque algunos mantenían un tono naranja, los rojos como los ocres habían desaparecido. No obstante, alguna hoja perdida, roja o

dorada, se podía ver muy desperdigada entre los árboles.

—Vaya, pensé que vería el típico colorido de otoño.

—No —él la arrimó a su cuerpo para rodearle los hombros con un brazo—, tendrías que haber venido las dos últimas semanas de septiembre, finales, más bien, entonces sí verías el manto del otoño en todo su esplendor, con sus tonos naranjas, rojos y ocres.

—Los vi desde las cercanías —apuntó Imogen.

—Sí, te creo, pero solo quedan esos árboles que son más pequeños que otros que los protegen; si te fijas, la mayoría de las ramas ya están desnudas, eso quiere decir que la naturaleza ya está preparada para que el invierno entre.

—Es su modo de sobrevivir.

—No como mi corazón.

—¿Qué?

—Mi corazón ya no conoce el modo de sobrevivir si no es contigo. —Ella se llevó las manos a las mejillas y él se rio por la nariz.

—No te burles de mí.

—No lo hago, me hace gracia el modo en el que te sonrojas.

—Como para no hacerlo con esas palabras que no sé qué decir.

—No digas nada y solo permanece a mi lado, es lo que quiero. —La besó en la frente.

Continuaron caminando en un cómodo silencio en el que sus cuerpos pegados hablaban más que las palabras, pues no eran capaces de separarse, y en mitad de ese paraje Imogen comprendió lo que era tener una pareja de verdad. En los últimos años no había tenido nada, había estado en una red de engaños que la hicieron creer que lo suyo con Howie era real cuando no era más que un espejismo. Jared le estaba mostrando un modo de amar distinto, le enseñaba que si era amor de verdad las palabras rozaban el corazón para curarlo.

Miró al otro lado, entre la vegetación y algún que otro árbol que parecía que iba a deslizarse ladera abajo, para ver el río Hudson, que se mecía y se bamboleaba por algunas zonas creando un ambiente, junto con la naturaleza de allí abajo, un tanto cargado de condensación que convertía sus aguas en un muro opaco. A medida que avanzaban, el camino se estrechó, y parecía que la naturaleza más salvaje los quería rodear para no dejarlos irse; aunque, en mitad de todo ello, pudo ver además de ardillas, algunos otros animales que habitaban el valle del Hudson y que hasta a Jared le sorprendió, al ser esquivos como los mapaches.

—Hay unos cuantos que se han hecho un hueco en Main Street —le dijo riéndose.

—No los vi, los animales se me escapan.

—Huelen que eres peligrosa.

—¡Serás tonto! —Le dio un suave codazo entre risas.

De pronto, la vasta naturaleza dejó un claro en cuyo centro, rodeado por una verde hierba moteada de hojas caídas de otros árboles que seguro el viento había arrastrado, había un roble con un ancho tronco.

—¡Qué bonito! —exclamó Imogen, que se soltó de Jared y caminó hacia el árbol.

Era un verdadero espectáculo, pues aún tenía algunas hojas doradas, aunque la mayoría de sus ramas estaban desnudas, pero el sol se filtraba a través de ellas y parecía coronarlo como el rey de aquellas tierras.

—Es un roble rojo, también conocido como «triple». Se cree que es uno de los árboles más antiguos del valle.

—Si tuvieran voz contarían miles de historias increíbles.

—Así es, y este además es uno de los sobrevivientes de la tala masiva que se sufrió por los agricultores; esto no solo ocurrió aquí,

sino por todo el país. Al irse, los bosques se han podido regenerar y recuperar la tierra que el hombre les había robado, por eso ahora podemos decir que en este lado del país hay millones de árboles.

—Este es muy bonito.

—Lo es, y por eso es mi lugar favorito. —Le dio unas palmadas en la corteza rugosa—. Este sí que es tu anciano de los bosques.

Ante esa mención, Imogen se rio.

—Lo es.

La volvió a coger de la mano y la condujo por el mismo sendero, pero en esa ocasión descendían, y cuando lo hicieron llegaron a la orilla del río. Tenía delante una parte larga y amplia, en la que el agua corría lisa y pacífica, un lugar en el que el agua parecía olvidar que era un río y se entretenía lamiendo la tierra. Las vistas eran espectaculares: al otro lado del Hudson, se podían contemplar los picos vecinos con sus afloramientos rocosos y cumbre boscosas.

—Te he traído al monte Taurus, por el que bajamos, y como sé que te gustan las historias...

—Sí —respondió contenta, interrumpiendo.

—Este monte es conocido por este nombre debido a un toro que solía aterrorizar la montaña y fue perseguido por habitantes indignados. Una partida de caza condujo al animal colina abajo. En un intento por huir de los montañeros, el toro se precipitó al vacío y cayó, dejando un cuerpo roto sobre las rocas. Por eso, en su recuerdo, esta montaña que el toro solía frecuentar lleva su nombre en su honor.

—Vaya, es un tanto triste.

—Lo sé, y se une a otras leyendas fantasmagóricas de las que estas aguas son protagonistas.

—Todo esto es espectacular —le confesó. Imogen, con esa historia en la cabeza, contempló el paisaje a través de los ojos y la sabiduría

de Jared. El río Hudson no solo serpenteaba por aquellas tierras, las moldeaba, se adueñaba de esa naturaleza exuberante, mientras sus orillas estaban flanqueadas por colinas con sus propias historias, bosques que resguardaban con celo sus secretos y valles mágicos. Se acercó más a la orilla para agacharse y poner una mano encima del agua, permitiéndole al río que le lamiese la piel con pequeñas ondas, cuyo frescor le subió por el brazo. Estuvo un rato; cuando se levantó, se limpió la mano en el pantalón y le sonrió a él—. Pero dime, ¿cómo sabías que me iba a gustar?

—Cuando hiciste la primera ruta, se notaba que estabas disfrutando, y esta zona precisamente no es de fácil acceso, por eso supe que no te aburrirías si te traía hasta aquí.

—Jared Read —ella ladeó la cabeza—, te tengo miedo. Eres el único hombre que me lee el alma. —Fue hacia él, le rodeó el rostro con las manos y se elevó sobre las puntas de sus pies para rozar sus labios contra los de él, luego besarlo.

Capítulo 24

Somos protagonistas de nuestra historia

Hay lugares que desde lejos nos llaman a través de un pálpito, una amiga o por un viaje que no teníamos pensado hacer. Si acudes a él hallarás aquello que te falta o que olvidaste. A veces, en ellos puedes encontrar el pedazo de alma que perdiste.

La naturaleza, como el Hudson, fueron partícipes de ese incipiente amor que nacía entre dos corazones que solo conocieron las hieles de la mentira; un amor secreto entre dos personas que se curaban a través de los labios. El río, como si fuera su protector, soltó su aliento que, en forma de brisa, rodeó a la pareja, quienes al romper el beso sonrieron.

Jared miró el reloj.

—¿Te tienes que ir? —preguntó ella.

—No, este día es nuestro. —La besó en el ceño—. Pero subamos, así descansamos y comemos algo, porque luego quiero llevarte a otro sitio.

—¿Adónde?

—Espera un poco más. —Le guiñó un ojo, misterioso.

Jared la condujo por otra ruta distinta, un tanto más pedregosa, que ascendía por el otro lado de esa montaña de líneas suaves, ondulantes y redondeadas, que terminaba en un descampado rocoso donde pudieron sentarse. Desde allí contemplaban las maravillosas vistas panorámicas del río, así como de los vecinos Breakneck Ridge o Storm King Mountain a la otra orilla. De su mochila Jared sacó unos bocadillos de los que dieron buena cuenta, así como de la infusión que ella había llevado en un termo, aunque al final hasta terminaron el segundo, que era de café.

—Nunca he disfrutado tanto de la naturaleza con una mujer como hoy. —Le dio un beso cuando ya estaban guardando todo en el coche.

A unos diecisiete minutos de Cold Spring, estaba el Bear Mountain State Park, un lugar único que Imogen nunca se imaginó que estuviera tan al alcance de la ciudad de Nueva York. Un paraje que pudo disfrutar con prismáticos desde un mirador, gracias a los cuales pudo observar más de cerca tanto la otra orilla como el puente Bear Mountain que las unía. Después pasearon por el Highland Lake (rebautizado Hessian Lake), del que se quedó prendada, pues sus oscurecidas aguas hacían de espejo, ya que en ellas se reflejaban tanto el otro lado, más pedregoso y por el que los senderistas se internaban, como las nubes blancas que surcaban el cielo.

Al igual que una pareja normal, abrazados disfrutaron del paseo que bordeaba ese lado del lago, con sus bancos de madera bajo los árboles que ya habían perdido su follaje, en torno a los cuales se arremolinaban algunas hojas marrones que tapaban el césped. Bajo ese ambiente tranquilo, cálido por los rayos del sol, disfrutaba en silencio de todo aquello que Jared le mostraba en un día que jamás olvidaría, pues era un viaje que recordaría siempre con una sonrisa. Disfrutaba de ese hombre que la mantenía sujeta y pegada a su

cuerpo como si le fuera imposible separarse de ella, de un modo que daba la sensación de que tenía miedo de que se diluyera entre sus dedos.

Necesitaba tocarla para mostrarse que era real.

Ella, en el fondo de su ser, supo que si eso era amor no quería que nunca terminase.

El paseo terminó en el Bear Mountain Inn, uno de los hoteles históricos del país. La elegancia y lo rústico se mezclaban para crear un lugar único donde la piedra y la madera de castaño eran los materiales predominantes, en su fachada como en su interior, y muy visible en el comedor principal, presidido por una enorme chimenea de piedra con más de cien años de antigüedad, con un enorme cuadro encima. Su ambiente rústico, pues parecía que entrabas en otra época con ese tejado pronunciado por las grandes vigas de madera que eran visibles y cruzaban de un lado a otro, reconfortaba al visitante, a la vez que le daba un gran abrazo otoñal, ya que la madera ayudaba a crear esa sensación.

Se sentaron en una mesa para dos, Imogen pidió un trozo de bizcocho de chocolate con un té, y Jared la acompañó con una *crème brûlée*.

La joven se echó hacia delante con el mentón clavado en la palma de la mano.

—Sabes cómo hacer que una persona disfrute. —Le sonrió contenta por el día que habían pasado.

—No a todo el mundo le gusta disfrutar de la naturaleza o un plan como este.

—A mí, sí; me gusta viajar, sea cerca o lejos, conocer aquello que nunca vi. —Le fue sincera—. Me he divertido.

—Puede que sea porque he dado con la persona adecuada.

—Quizá. —El camarero les llevó el pedido, e Imogen dio vueltas a

una pregunta que podía estropear el día si él se cerraba en sí mismo para no responder, pero quería saberlo. Quería conocer todo de él—. ¿Te puedo hacer una pregunta? —Se atrevió cuando el camarero desapareció.

—Dime. —Nada más expresarlo, metió la cuchara en su postre y se metió un buen trozo en la boca.

—Un día, hablando con Teresa, Lilian, Wendy y las demás, dijeron que habías sufrido mucho.

—¿Te lo contaron? —preguntó con el ceño ligeramente fruncido.

—No soltaron prenda. —Negó con la cabeza ella. Él alzó las cejas, parecía asombrado porque nadie hablase—. Kendall tampoco me dijo nada, y creo que estoy quedando como una cotilla.

—Un poco. —Apretó los labios y comió otro trozo de su pastel.

—¡Ay, Dios! —Bajó la cabeza.

Él se rio.

—No, tranquila, es una broma. —Le puso dos dedos bajo el mentón para que lo mirase, y en sus ojos había diversión, no enfado —. No me importa si viene de ti.

—Si no quieres contarlo, estás en tu derecho. —No pretendía que hiciese nada que no deseara.

—No me importa. —Se tomó un sorbo de té—. Hace años, estuve a punto de casarme.

—¿Qué? — Imogen, que no contaba con aquello, se olvidó de su bizcocho y de su té.

—Fue hace tres años, salía con una chica, llevábamos años juntos y dimos el paso. Lo preparamos todo al detalle, y ella, en vez de echar el freno o que lo hablase conmigo, a un cuarto de hora de comenzar la ceremonia me llamó y me dijo que se suspendía todo, que no podía casarse ni dar ese paso.

—Te dejó en el altar.

Se encogió los hombros con indiferencia.

—Sí; además, literalmente.

—Ahora entiendo por qué dicen que has sufrido. —Chasqueó la lengua—. Tuvo que ser horrible.

—Lo fue, porque estaba en el altar esperándola con Mark y Logan, mi vecino de toda la vida y amigo, ya te lo presentaré, como padrinos, y me tocó contarles a todos los invitados, incluido el cura, que se suspendía.

—¡Ostras! Me llega a pasar a mí y de la vergüenza me escondería como un topo —resopló, cortando un trozo del jugoso bizcocho que había pedido.

—No. —Él hizo lo mismo—. Yo no fui el que me eché hacia atrás, me quedé muy tocado, no te voy a mentir, no entendía nada, pero con el tiempo, pese a no haber tenido una explicación de su parte y luego de mucho hablar con Mark y Logan, comprendí que no estábamos hechos el uno para el otro. Medité durante noches que no éramos compatibles, queríamos vivir en mundos distintos: yo, rodeado por la naturaleza; ella pasaba cada vez más tiempo en la ciudad, y no supe ver que en Cold Spring se aburría.

Jared le estaba mostrando que, pese al dolor, había hallado el modo de imponerse a la tristeza.

—¿Crees en el amor? —La pregunta no venía a cuento, pero lo era todo.

—Sí. —Fue tajante en su afirmación—. Hubo un tiempo que creí que lo reconocería en un instante, pero me equivocaba; a veces llega sin llamar a la puerta, sin previo aviso, y cuando te das cuenta de que has caído de nuevo en él no es por un golpe, sino que estás frente a esa persona discutiendo por unas ardillas. —Se rio, y ese sonido le arrancó a ella unas carcajadas.

—¡Que me lo digan a mí! —agregó ella con la boca llena, masticó

dos veces y tragó—. No puedo definir lo que me pasa contigo, porque cuando vine a Cold Spring tenía claro que no quería saber nada de hombres.

—Tenías las piernas pegadas, sí, todavía me acuerdo —le recordó él.

—Sí, pero estos días contigo han sido un cambio.

—Espero que para mejor.

—Sí. —Aunque tenía miedo, lo iba a decir igual—: Tengo un revuelo extraño en la cabeza y el estómago, si escucho una canción pienso en ti, me acuerdo de cada momento que pasamos juntos repitiendo cada detalle.

—Ya somos dos. —Él tomó un sorbo de té—. Me pasa lo mismo. Kendall me dijo que tenías pareja y me supuso un gran esfuerzo no pensar en ti, sobre todo cuando quedábamos contigo. Te arrinconaba en una esquina de mi cerebro, pero desde que te vi en la ruta, pues, bueno, no pude controlarme, aunque al principio luchaba contra mí mismo, por eso te bromeaba.

—No culpes al amor de nada de lo que te sucedió —afirmó ella.

—No, aunque muchos te dirán que sí, por rechazar a las mujeres.

—Ya he oído que has dado muchas calabazas. —Se centró en su pastel.

—Todo tiene una explicación, puede que te suene cortante lo que voy a decir: no quiero que nadie pierda el tiempo conmigo ni yo con ella, y a eso se le llama «ser sincero con uno mismo». —Terminó el postre y el té, luego se limpió en la servilleta—. Por eso no me arrepiento de nada de lo que hice, todo me ha conducido a ti. —Sonrió de modo tímido—. Como me decía mi padre: «El tiempo te conducirá al amor de tu vida, la reconocerás porque solo pensarás en ella».

Imogen casi se atraganta.

—Vaya, unas palabras muy sabías.

Él tendió una mano y ella se la cogió.

—Puede que no se haya equivocado, sobre todo desde que vives en Cold Spring. Estás en todo lo que hago, en lo que pienso. Si primeramente, cuando apenas te conocía, no te podía arrancar de mí, ahora menos.

—¿Por qué no me di cuenta antes? —murmuró Imogen, embargada por los sentimientos.

—El pasado ya no importa, teníamos otra vida, otros pensamientos, no estábamos preparados, pero aquí estamos, en el ahora.

Pegó su cara a la de ella y se besaron.

La besó con nostalgia, abrazándola como si fuera un momento que había esperado, con dulce y trémula anticipación, con sabor a chocolate y crema.

Sin embargo, lo que sucedió en aquel comedor fue que no era un simple beso, sino dos almas que se unieron a través de los labios en un gesto íntimo, secreto e inesperado.

Capítulo 25

El pasado bebe un *pumpkin spice latte*

El pitido de una notificación en el móvil la despertó de su sueño, pues sonaba por toda la habitación incluido su cerebro. Sacó el brazo enroscado en el nórdico para alcanzar el móvil de la mesilla; guiñando un ojo desbloqueó la pantalla, el calendario la había avisado de que una de sus antiguas compañeras de editorial celebraba ese día la fiesta de su cumpleaños. Se incorporó con los nervios zumbando por cada parte de su cuerpo, ya que creía que había borrado todo lo que la unía a aquello; por si eso no le llegaba, en Insta había fotos de una fiesta del viernes en la que se veía a Howie ligando descaradamente con una rubia. «Te compadezco, chica, prepárate», sintió compasión por ella.

Miró el despertador, en una hora debía ir a la cafetería. Con todo aquello, dormir ya no era una posibilidad, porque su mente en esos momentos era un hervidero, no solo eso, sino que se levantó, apartó la mesilla y abrió la ventana, una bocanada de aire frío entró y le lamió la piel. Estaba tan consternada, tan imbuida por el pasado, que no percibió como el vello se le había erizado debajo de la manga

larga del pijama. Miró la suave bruma que parecía transcurrir por encima del Hudson a la velocidad que llevaba el agua, un olor un tanto metálico también se coló por sus fosas nasales.

Con los ojos clavados en la sombra del río, le pidió: «Arrastra todo lo malo, por favor».

Se abrazó en un intento por dejar la mente en blanco. Desde los dos días que habían pasado de su salida campestre con Jared, solo se habían encontrado muy poco a causa de sus trabajos, y en el fondo de su corazón esperó que ese día se pudieran ver algo más; sin embargo, si era sincera consigo misma, no quería. No deseaba mezclar su nuevo presente con ese pasado que fue a azotarla para que no olvidase lo que pasó, y eso le propinó otra patada en el estómago: Jared le había contado de un modo sincero y abriéndose a ella lo que había vivido; en cambio, ahí estaba de pie sin detallarle su historia, pero la veía tan patética que nadie sabía lo que la avergonzaba, no por el hecho de haber mezclado amor con trabajo, peor, por permitir que el amor la empujase por derroteros tan oscuros que provocaron que lo perdiese todo.

No obstante, su vida había dado un cambio de ciento ochenta grados, aquello ya no era su vida, aunque aún tenía la fuerza como para arramblar con lo bueno y que cayese en los antros de la tristeza, sometiéndola a su propio escarnio, cuando gracias a un amor tan inesperado, a un hombre con el que no contaba, le mostrara las mieles de ese sentimiento del que no quería saber nada.

Se fue a la ducha y el agua caliente arrastró las lágrimas, acabó con sus malos pensamientos, incluso algunos insultos que se propinó a sí misma, le permitió lo que hasta esa mañana no había hecho, dejar la mente en blanco y centrarse en lo importante, pese a querer darse de cabezazos contra los azulejos por lo estúpida que había

sido, y se prometió: «Todo eso es pasado, debo concentrarme en el presente, en mi vida de ahora. Eso es lo que importa». Al pensarlo, la cara de Jared se le presentó en su cabeza y sonrió como lo hacía el presente con todo lo bueno que le había traído. No obstante, el poder de aquellas imágenes continuaba haciendo mella en ella. Se increpó, mientras que su respiración, por los nervios, era agitada, y golpeteaba los azulejos de la pared con un puño. Estuvo en la ducha lo suficiente para relajarse, para centrarse en su nueva vida como librera, ¡eso era lo que importaba! El pasado aún dolía, y lo que no quería meditar era si estaba utilizando a esa gente, a la cafetería, a Jared para olvidar el pasado.

En cuanto estuvo lista, salió de casa en silencio, cerró con llave y las guardó en el bolsillo del chubasquero como siempre. Caminó cabizbaja, para que nadie pudiera descubrir en ella algún retazo de su historia reciente o que simplemente tenía el corazón más roto de lo que creía y que debía pasar un tiempo para que las tiritas que había puesto se pegaran. Al andar lento, su nariz captó los aromas a otoño, mezcla de tierra mojada, a madera quemada por las chimeneas, junto al aroma del pan de Shannon como a los pasteles de Kendall.

—¡Hola! —la saludó su amiga nada más entrar.

—Hola —le respondió Imogen, dejó todo en una esquina del obrador.

—Tienes mala cara —apuntó Kendall al verla.

—No dormí muy bien —mintió a modo de excusa.

—Siento quitarte la razón —Kendall metió un bizcocho en el horno —, algo te ha pasado y por tu gesto diría que no fue de tu agrado. —Imogen ladeó la cabeza a modo de negativa—. ¡No me dejes así, amiga!

Ella sacó el móvil y, al no haber bloqueado a su excompañera, se

lo pudo mostrar todo a Kendall.

—Creía que me había deshecho de todos esos contactos, pero como ves siempre queda alguien —protestó.

—Aquí hay uno que no pierde el tiempo —criticó a Howie.

—¿Por qué el pasado siempre tiene que volver? —Apoyó las manos sobre la isla central de acero llena de moldes para hornear, con los brazos extendidos y la cabeza hundida entre los hombros—. Estaba bien, me había acostumbrado a esta monotonía de la librería y la cafetería, y ahora... ¡Todo a la mierda!

—No —Kendall se acercó a ella y le frotó la espalda—, todo a la mierda no, esto. —Alzó el móvil—. Bloquéala.

—Creía que había comenzado de cero.

—Y lo has hecho. —La abrazó por la cintura—. Lo has logrado en todos los aspectos.

—Pero todavía me cuesta hablar de ello, es pronto para decir que lo he superado.

—¿A quién le gusta recordar los peores momentos del pasado? O ¿a quién no le cuesta hablar del pasado? Todo forma parte de nosotros, Imogen, y todos enterramos ciertas historias para no tocarlas más y que nos afecten. Eso no te hace peor persona.

Imogen, en un arrebato, cogió el móvil y bloqueó a su excompañera, después revisó todos sus contactos en redes como en el teléfono para comprobar que había borrado a todos aquellos que una vez formaron parte de su vida, pero se habían comportado como unos cobardes para salvarse el culo.

—Listo, se acabó. —Imogen soltó el móvil como si quemara.

—Oye —Kendall la cogió por los hombros para girar y quedar frente a frente—, el pasado no puede contigo; has comenzado una nueva vida, esa es la que importa.

Tenía razón, estaba con ella en el negocio, y sin su amiga saberlo,

había encontrado a un hombre que todo indicaba que la amaba de verdad.

—No pude evitar que me removiese todo por dentro —reconoció sin ambages.

—El pasado jamás podrá contigo, y si viene, estaré a tu lado y nos enfrentaremos a él, porque lo sé todo. —La firmeza de Kendall le dio más fuerza a Imogen.

—Cierto, el pasado no me puede hacer nada, me he desprendido de él.

—Ahí está. —Agitó el dedo índice—. Toda esa gente, aunque te haya afectado verla, ya no está en tu vida, estás rodeada de personas que son mejores que todos ellos juntos. —Imogen asintió en silencio—. Pongámonos en marcha o no abriremos.

Las dos amigas se fundieron en un abrazo.

A veces solo necesitamos trabajar para volver a ser nosotras mismas y mandar a la mierda los malos sentimientos.

Tras haber ayudado a Kendall en el obrador, como siempre, y al abrir, Imogen fue alejando lo sucedido para volver a ser ella misma, tanto fue así que percibió como el ánimo regresaba con más fuerza, pues en tan poco tiempo apreciaba la rutina de la cafetería como la de la librería, ya que el trabajo en la editorial, aunque le proporcionaba alegrías, últimamente no le arrancaba sonrisas, sino que era una especie de vampiro que le chupaba energías, sangre y todo lo bueno que en un principio tuvo. En cambio, en Cold Spring volvía a sonreír, cada nuevo cliente o lector era un motivo de ilusión.

Su nueva vida le había aportado nuevas caras, nuevas amistades y, sin buscarlo, un hombre que, aunque no lo viese, lo sentía cerca, no lejos como a Howie. Jared hacía del amor o algo similar un sentimiento vívido, palpable, alcanzable. De momento, secreto, pero lo vivía como si se tratase del primero.

Luego de una mañana ajetreada en la que ninguna de las dos tuvo tiempo para nada, la tarde llegó más tranquila con Lilian, Wendy, Teresa y Flora, sentadas en la misma mesa de siempre y a las que les sirvió su té.

—Imogen, muchacha —la llamó Wendy—, del tiempo que llevas aquí, ¿añoras la ciudad?

—Va a creer que somos unas entrometidas —la amonestó Teresa.

—No lo pensaría —respondió sin pensar.

—Creo que no dejarías Cold Spring. —Flora se le adelantó.

—Así es, no cambiaría la vida que tengo por la que dejé atrás; y, no, no añoro la ciudad —confirmó Imogen.

Kendall le rodeó los hombros con un brazo.

—Lo sabía.

—Te veo más contenta —señaló Flora, escrutándola.

Imogen estiró los labios. «Cuidadín, cuidadín, que esta tiene la visión de Supermán y ve lo que yo no veo», se dijo para sí misma.

—Puede ser —reconoció Imogen—. Me he acostumbrado al pueblo. —No les mentía, por primera vez sintió que pertenecía a un lugar donde decir «hola» con una sonrisa era lo normal, y con ello se había dado cuenta de que la ciudad estaba bien de visita, si vivías en ella te rodeaba con una burbuja en la que la soledad era la única compañía. En Cold Spring no era así, y una parte de ella sabía que en la ciudad tendría que renunciar a Jared y no entraba en sus planes—. Aquí se vive de otra manera y ya no lo cambiaría... —La interrumpió la campanilla de la puerta.

Tras esta entró un hombre trajeado y alto que a ella la impresionó, pues no era muy frecuente ver a alguien así vestido, ya que todos solían coger el primer cercanías a Manhattan.

—¡Hola! —las saludó afable.

—Voy yo —le dijo Imogen a Kendall—. ¡Hola!, ¿qué le pongo?

—Un *pumpkin spice latte* para llevar, que me han dicho que lo preparáis muy bien.

—Eso parece. —Le sonrió con amabilidad.

Kendall le había enseñado cómo hacer ese café, lo cual agradeció en esos instantes, mientras que contenta lo fue preparando en un vaso decorado con calabazas y hojas otoñales. Una vez hecho, lo colocó delante, fijándose en que el hombre la miraba con curiosidad.

—Tú no eres de aquí, ¿verdad? —Él, de unos ojos negros profundos, se entrometió a lo grande.

—Eh... —A Imogen le resultó tan bruto que no fue capaz de reaccionar.

—Perdón, lo siento, no debería inmiscuirme de este modo.

—No pasa nada, soy de Nueva York —le contestó con la voz temblorosa, ya que no sabía lo que podía salir de ahí.

—Es que... —El hombre entrecerró los ojos—. ¿Trabajaste en una editorial?

—Sí, cuya sede está en uno de los rascacielos de Broadway.

—Entonces, trabajaste para mí.

—¿Perdón? —Imogen dio un paso hacia atrás, alejándose de él, y no se dio cuenta de que la cafetería estaba en silencio, solo se oía el murmullo suave de la radio; tampoco de que Kendall se había levantado y se acercaba a ella con paso acelerado.

—Soy el dueño, ¡claro! Tu cara me suena por verte en los pasillos y por los ascensores. —Imogen dio otro paso hacia atrás para alejarse de ese hombre en el que se había personificado el pasado —. No sabía que te habías marchado.

—¡La echaron! —le encasquetó Kendall.

Imogen tardó unos segundos en reaccionar al enfado con el que arremetía su amiga.

—¿Qué? —El hombre agitó la cabeza como si fuese la primera

noticia que tenía.

—Calla —le rogó Imogen a su amiga, que la conocía muy bien, y cuando Kendall se enfadaba soltaba cualquier cosa por la boca, ¡era peor que ella!

—No, Imogen, hay que hacer justicia. —Luego de mirarla a ella, clavó sus ojos marrones en el hombre que tenía delante—. Su jefa, una editora que se beneficia a un subalterno y que es una lianta de mujer, la despidió sin motivo.

—¿Cómo dices? —Se quedó aún más patidifuso.

«¡Ay, qué vergüenza!», Imogen se tapó la cara, quería desaparecer de la cafetería.

—Lo que oyes, se folla en su oficina a uno de los empleados; si no nos crees, pregúntale a Mike, uno de los de seguridad, es el único decente. —Tras esa explicación de Kendall, Imogen se acordó de que se lo había contado cuando Mike la había informado de todo ello.

—No sabía nada de esto. —Estaba desconcertado.

—Kendall. —Imogen la cogió por el brazo para que no siguiera hablando, pues estaba al borde de las lágrimas.

—Me enteraré de lo sucedido —afirmó el hombre, que dejó un billete en la barra.

—No... —Imogen quedó con la palabra en la boca al irse él y montarse en un coche que lo esperaba fuera. Se giró a Kendall, que estaba de brazos cruzados y con los labios fruncidos a causa del mal humor—. ¿Qué has hecho? —Aquella pregunta salió sola.

—Contar la verdad y defender a mi amiga.

Imogen se pellizcó el puente de la nariz, frustrada y con unas enormes ganas de llorar que se tragó.

—¡No quería que lo supiera!

—Tu exjefa se merece que la dejen con el culo al aire después de lo que te hizo.

—¡No! —Puso los brazos en jarras y estrujó con las manos la camiseta—. ¡Es mi vida! Soy yo la que debía decidir, ¡no tú!

—Ese hombre no se podía marchar sin saber la verdad de lo que pasa en su oficina.

—Kendall, ¡es problema suyo! —Se tapó los ojos, nerviosa, y se giró enfadada—. No es problema nuestro, ¡que haga lo que quiera! Ahora se informará y todos me señalarán.

—¡Qué más da!

—Se nota que no conoces a esa mujer, ¡puede tener repercusiones negativas! —Alzó las manos—. ¡No!

—Imogen. —Se quiso acercar a ella para tranquilizarla.

—¡NO!

—He defendido a mi mejor amiga, y digas lo que digas lo volvería a hacer. —Con esa respuesta de Kendall, Imogen se sacó el delantal, que arrojó al obrador, y cogió el chubasquero—. ¿Qué haces?

—Pues tus ansias de justicia solo fastidiaron todo.

Imogen, sin mediar palabra con su amiga, dando la respuesta por callada, salió de la cafetería a la carrera y el viento la azotó al soplar salvaje, pues a lo largo del día se había levantado. Al correr rápido, el aire empujaba las lágrimas, algunas quedaban atrapadas en las hebras de su pelo, que, según soplase, se le pegaban a la cara.

Corriendo todo lo que le daban las piernas, sin advertir como el aire le raspaba la garganta al respirar grandes bocanadas, recorrió Main Street sin pararse a mirar quién podía verla, sin oír los latidos desacompasados del corazón o los puntos que tenía en los costados, solo quería desaparecer y que todo el mundo la dejase en paz. ¿No podría nunca olvidarse de esa parte de su vida? ¿La iba a perseguir siempre?

La ira, la rabia y la impotencia le hervían en la sangre hasta calcinarle las venas, estaba enfadada con su vida, consigo misma,

con Kendall, con el mundo, porque no había hecho nada malo, solo confiar en las personas que no debía, y creyendo que su único secreto era Jared, en ese día, separado por horas, el pasado arremetía contra ella, la despojaba del alma y le arrebataba todo lo bueno que había logrado.

Se desvió por el camino que bordeaba el río con un grito de frustración en la garganta y llegó al Dockside Park, donde no podía seguir escapando.

Había momentos en la vida que huir no servía de nada, porque el dolor iba contigo.

Capítulo 26

El amor es quien te salva

¡¡¡PUM, PUM, PUM, PUM!!!

Imogen se cubrió los oídos al notarlos taponados debido al pulso acelerado que creaba presión en ellos, hasta percibía el corazón en el cerebro. Era una sensación extraña que jamás había sentido. Con los ojos clavados en el color terroso que cobraba el agua del río en esa orilla, lloraba desconsolada después que todas las emociones, también los arrepentimientos por haber sido tan boba con Howie, se desbordaron hundiéndola en el dolor más profundo y la arrastraron a los antros más oscuros de la tristeza, pues parecía que estaba volviendo a sentir las primeras horas de su despido, aunque con una diferencia: no quería que nadie se inmiscuyera.

«Me enteraré de lo sucedido», recordó. No podía pensar con claridad, pero de esa frase se acordaba pese al latido constante del cerebro en el cráneo. No quería que nadie hiciera nada, lo había dicho claro: quería que todo siguiera igual. «Eres una pequeña zorra desagradecida que ha cavado su propia tumba, me encargaré de dejarte sin nada», le había dicho su jefa antes de echarla a

empujones de su despacho, fue todo tan rápido que no le dio tiempo a recoger nada. Había decidido ir a Cold Spring para olvidarse de la vida que llevaba en Nueva York, empezar de cero junto a Kendall, aunque estaba claro que siempre había algo que lo torcía, y en ese caso fueron un tipo trajeado —su jefe, supuestamente— y unas fotos los que la empujaron a regresar al pasado. Las lágrimas no paraban de correrle por las mejillas, le escocían el alma al tener la sensación de que jamás podría deshacerse de esa parte de su vida. La sombra de su jefa de la editorial era muy alargada.

—¡Mog! —Ella no dijo nada ni se movió—. ¡Mog! —De pronto, Jared surgió de la nada, se acuclilló a su lado y le rodeó el rostro con las manos—. Mog, ¿qué pasa? —Ella negó con la cabeza, no podía hablar. Él le besó la frente, luego la envolvió con sus brazos y terminó por romperse, así de fácil, parecía que su alma lo esperaba para soltarlo todo. Él la consoló con paciencia y cariño, le acarició el pelo mientras le susurraba palabras que la iban tranquilizando. Cuando hipó, Jared la separó—. ¿A dónde quieres ir?

—Lejos —musitó.

Él la cogió en brazos, y ella le rodeó el cuello y apoyó la cabeza en su hombro. Imogen no sabía a dónde irían, pero le daba igual, quería esconderse en la madriguera de un lirón para que nadie la molestase. La puso sobre sus pies antes de abrirle la puerta del coche; una vez dentro, Imogen se dio cuenta de que podía estar metiendo la pata.

—Jared —le dijo—, si tienes que ir a trabajar...

—Ya he terminado mi turno, no te preocupes. —Le guiñó un ojo para que no se intranquilizase.

En cuanto arrancó el coche salió por otra calle en la que Imogen no había estado —a ambos lados había casas—, pasaron por delante de la iglesia. Miraba todo sin ver nada, no solo por las lágrimas, sino

porque su cabeza estaba lejos, a un mes atrás; lo que sí tenía claro era que no quería volver ni a su casa ni a la cafetería por algo tan sencillo como que se avergonzaba por haberle gritado a Kendall delante de Lilian, Wendy, Teresa y Flora. ¿Había cedido a la ira? De lo que no podía olvidarse era de ese hombre que fue a revolverle toda la vida, ¿por qué no podía pasar desapercibida? ¿No valía con estar arrepentida? Se acurrucó en el asiento y notó que cada vez se hacía más y más pequeña ante la vida, ante el pasado que iba a azotarle el alma y a revolver los recuerdos. ¡UN ASCAZO!

Estaba tan sumida en su miseria que no se fijó que Jared la llevaba hacia la salida del pueblo, donde él vivía. Reaccionó cuando entraron en una extensa propiedad, donde al final había una gran casa. Era de madera pintada de verde, con un importante porche acristalado con sillas y dos sofás, con un tejadillo bastante pronunciado donde se apoyaban, con suavidad, las ventanas del piso superior, y dos árboles que casi habían perdido sus hojas la escoltaban a ambos lados cuales dos caballeros.

—¿Dónde estamos? —Quiso saber ella.

—En mi casa —le confesó guardando el móvil—. Vamos.

Subieron los tres escalones del porche, y al entrar, un abrazo cálido la envolvió, parecía que la casa la estaba esperando, aquello la sosegó de tal modo que su espíritu creyó estar en su hogar; no obstante, una pregunta se le presentó en la cabeza: ¿cómo era posible que un hombre que la ponía de los nervios se convirtiera en su salvación? Eso fue lo que hizo Jared: cual caballero del siglo XIX, salvó a la chica que estaba en apuros, más o menos; no era que Jack el Destripador la persiguiera, aunque era una bonita comparación con su pasado más reciente.

Lo siguió hasta el fondo, a la parte de atrás, en la que estaba la cocina con otro porche cerrado, también acristalado, y tenía una

pequeña estufa de leña. La cocina, por su parte, era muy amplia, pintada de un *beige* muy bonito, relajante. Frente a la puerta estaban los fogones, el lavadero, todo ello con las alacenas de color marrón, que contrastaban con el mármol jaspeado de la encimera o de la isla del centro, que lo ocupaba casi todo; el horno, como el micro, estaban anclados en la pared de al lado. Era elegante con un toque rústico muy marcado por la mesa de madera colocada a un lado con sus seis sillas.

—Ve al porche, te llevaré un té —le indicó, pasándole una mano por la espalda.

Nada más salir del confort de la cocina, pudo oler el río, además del humo de las chimeneas, seguro que había más propiedades cerca, aunque no las viera. Era una sosegadora mezcla de notas terrosas, dulces y cálidas, todo esos olores evocaban sensaciones de abrigo y tranquilidad, donde podía estar a salvo, sin preocuparse. Se sacó el chubasquero, al sentarse notó el peso del cuerpo como de todos los sentimientos que la recorrían.

—Toma. —Jared apareció con dos tazas en forma de calabaza.

—Gracias. —Se fijó en cómo encendía la estufa, que prendió enseguida; y pronto, gracias a la cristalera, el calor comenzó a filtrarse por la sudadera, serenando todas sus emociones—. Tienes una casa muy bonita.

—Gracias, es la casa de mi familia.

—Estoy segura de que aquí hallas mucha tranquilidad.

—A veces, demasiada. —Se acomodó a su lado y le pasó un brazo por los hombros—. ¿Estás mejor?

—¿Se puede estar bien cuando el pasado vuelve? —Le devolvió ella la pregunta.

—Sí —afirmó él—, lo debemos afrontar a pesar de los fantasmas que nos haya dejado y que nos rodean con corrientes frías que

encogen el corazón.

—Eres más listo que yo —suspiró ella antes de probar la infusión que estaba muy bien preparada.

—Imogen. —La voz de Kendall le llegó desde dentro.

Ella miró a Jared extrañada por la irrupción de su amiga. Él se encogió de hombros y dijo:

—Le envié un mensaje diciéndole que estábamos aquí, estaba muy preocupada por ti. Creí que era lo justo.

Ella asintió para indicarle que había hecho bien.

—Imogen. —Kendall fue a su encuentro con los ojos llorosos. Ella se levantó y se fundieron en un abrazo que la reconfortó más de lo que hubiese creído—. Lo siento, tienes razón, no debí...

—Hubiese hecho lo mismo si hubiera estado en tu caso —la interrumpió Imogen sabiendo que había metido la pata—. Yo también lo siento, no me pude controlar y no debí gritarte —bufó—. Siempre complicó las cosas.

—No seas tonta —Kendall se separó y se limpió los ojos—, las dos lo hemos hecho por culpa de los nervios.

—Lo hice delante de todos.

—Da igual.

—No, esas cuatro mujeres se merecen una explicación, y, ¿quién sabe? A lo mejor hablarlo con ellas me ayuda a soltar toda esa historia de una maldita vez. No lo sé.

—¿Qué fue lo que pasó? —Jared, que había salido, entró con Mark, que sostenía una taza.

Imogen se sentó y cogió la taza que humeaba con un delicioso olor a calabaza. Las manos le temblaban, no precisamente de frío, eran los nervios que todavía la atenazaban y se le clavaban como miles de agujas, tanto en el estómago como en las costillas. Tomó un sorbo de té y el calor la fue sosegando, y esa sensación de frío

procedente de sus huesos poco a poco desapareció. Jared le había llevado una taza de té a Kendall.

—Vino a la cafetería un alto jefe de la editorial en la que trabajaba y resulta que no sabía que me habían despedido —contó Imogen a grandes rasgos.

—Mog —Jared, dejando a sus amigos perplejos, se pegó más a ella—, no reaccionarías así si no...

—Mi jefa me echó con cajas destempladas por meterme en un asunto de su vida privada —confesó de repente sin entrar en detalles—. No tenía ni idea de que lo estaba haciendo.

—A eso se le llama «despido improcedente» —señaló Mark, que también vestía el uniforme, al igual que Jared.

—Lo sé, pero no quiero que se revuelvan las aguas. —Respiró hondo, con los ojos clavados en el líquido amarronado de la taza—. Sé que llevo poco tiempo en Cold Spring, pero me está dando lo que siempre quise. Aunque ser editora hubiese sido el trabajo de mis sueños, ya no cambiaría lo que tengo aquí, por eso algo dentro se rebeló en contra de todos.

—Y yo me metí sin querer —se reprochó Kendall.

—Hiciste lo que creías justo, porque sabes la historia tan bien como yo. —Imogen ya tenía la capacidad de recapacitar y le quiso quitar la culpa a su amiga—. Lo que no quiero es que ese tipo hurgue o meta las narices donde no le importa. Lo que pasó, pasó, ¿es que no se pueden dejar las cosas tal y como están?

—Deja que lo haga, a lo mejor rodarán cabezas —soltó Mark.

—No, quiero que todo siga igual como hasta ahora, cada uno con su vida y que me dejen en paz —insistió Imogen. Bebió para no permitirse arrastrar de nuevo por los nervios.

—Mog, hay muchas posibilidades de que ese hombre descubra que fue un despido improcedente y tendrá que tomar medidas —le

dijo Jared de un modo más tranquilo para que no se lo tomase a mal.

Giró con brusquedad el rostro hacia él.

—Que lo haga, pero que me dejen en paz.

—A lo mejor hace algo para que no los denuncies. —Mark puso encima de la mesa una de las posibilidades.

—Cariño, no lo ha hecho hasta ahora, no lo hará en el futuro —negó Kendall con acierto.

—Mi futuro está aquí, eso lo tengo seguro. —Imogen lo tenía bien claro, no se iba a marchar.

—Deja que pase el tiempo —le aconsejó Mark—. Si ese tipo regresa o si recibes alguna propuesta, ya tienes la contestación. No tienes nada de lo que preocuparte.

—Nunca te vi tan segura. —Kendall la cogió por la muñeca.

—No podría dejarte tirada cuando me diste una nueva oportunidad aquí, en Cold Spring, debí hacerte caso antes. —A veces, había que escuchar más a las amigas.

—Eso no importa —le dijo Kendall—. Con que sepas qué hacer, ya está, y sigue a tu corazón.

—Lo haré.

Cuando el silencio se apoderó de todos y los chicos lo rompieron con una conversación entre ellos, Imogen no pudo callarse.

—Kendall, oye, siento haberte gritado delante de los clientes, me sentí superada por todo.

—No pasa nada, pero dejaste a cuatro mujeres preocupadas —le comentó por las señoras.

—Una de ellas sí lo sabrá, es una brujilda.

—O no, ¿quién sabe?

—Os quedáis a cenar con nosotros —sentenció Jared, que no dio lugar a negativas.

—Nosotros nos encargamos de todo, vosotras quedaos aquí. —Mark se levantó detrás de Jared y entraron en la cocina.

Ellas los siguieron con la mirada.

—¿Cómo te encontró? —le preguntó Kendall.

—No lo sé —afirmó, pues Jared no se lo había dicho—. No le pregunté.

—¿Dónde estabas?

—En el Dockside Park, en una de las orillas del río y sentada en una roca.

—Vaya... —Kendall miró a Jared sin disimulo y con un interés motivado por lo que se habían revelado entre ellas—. Fue tu rescatador, aunque tenías que verlo, cuando le dije que te habías marchado porque apareció una persona de tu antiguo trabajo, casi se vuelve loco.

—¿En serio? —Imogen tuvo que contener un bostezo, se sentía agotada.

—No dudó en ir a buscarte, jamás lo he visto así con una persona en el tiempo que lo conozco. —Kendall estaba desconcertada—. Juraría que desea protegerte de todo y que te quiere.

Imogen no podía callarse.

—Creo que es así.

Su amiga la miró con curiosidad, y una sonrisa traviesa apareció en sus labios.

—¿Qué? —Frunció levemente el ceño. Imogen le sonrió de modo tímido—. ¿Dónde queda eso de tener las piernas...?

—No lo sé, ¿vale? Lo único que puedo decir en mi defensa es que cuando me acordé de él me vino un pensamiento que había tenido en Nueva York: es todo un caballero. Ahora estoy viviendo algo que nunca había tenido: es sincero, sin medias verdades ni mentiras, somos solo los dos, y, la verdad, es la primera vez que un hombre

me trata como me merezco. —Se encogió de hombros—. No me preguntes más, porque no tengo demasiadas explicaciones y no sé si me estaré equivocando...

—Lo dudo.

—Quiero seguir conociéndolo. —Fue sincera con Kendall.

—Le estáis dando una oportunidad al amor verdadero —puso una mano encima de las de Imogen—, y yo quiero ser testigo de todo.

—Eso parece, pero tampoco se lo digas a Mark, que hoy ya di de qué hablar.

—Tranqui, seguro que hablarán entre ellos, y lo que diga Jared te lo contaré.

—¡Cotilla! —Por fin sonreía junto a Kendall.

—No lo sabes tú bien.

—Me alegro de que estés a mi lado.

—Y yo, y me alegro de que hayas encontrado a alguien que merezca la pena. —Miró hacia la cocina—. Si él se ha arriesgado contigo es que siente algo muy fuerte por ti.

—Estamos en fase de conocernos —le esclareció, cansada.

Era lo que siempre quedaba después de llorar, un cansancio físico y emocional.

—El otoño en Cold Spring viene con un San Valentín inesperado.

«Dos corazones rotos que saben cuidarse el uno del otro; dos personas que al compartir una mirada no se asustan de los fantasmas que cada uno acarrea», pensó para sí.

—Me alegro por vosotros, y sobre todo por ti; si Jared te está dando lo que nunca tuviste es señal de que lo que guarda en su corazón es sincero, lo que ocurre es que no sé en qué momento pasó.

—Ni yo. —Imogen se calló esa información—. Creía que te lo ibas a tomar peor cuando te enterases.

—¡No! —exclamó—. Lo que he visto aquí es a un hombre que se preocupa por mi amiga, y con eso de momento me llega. —Se abrazaron, Imogen lo necesitaba más que respirar—. Si esto es amor, mejor que mejor.

A veces las amigas podían ponerle nombre a lo que una no se atrevía.

Capítulo 27

¡Imogen, recuerda!

Imogen se desperezó y notó un gran sofoco que la envolvía de pies a cabeza, ¡era un tsunami de calor! Se frotó los ojos antes de abrirlos. Miró a la ventana por la cual solo entraba una luz anaranjada del exterior, la cual era muy extraña, no la recordaba, pero era lo bastante intensa como para permitirle recorrer su entorno. Así lo hizo. Al principio estaba un poco desorientada al haberse despertado tan de repente, pero fue cobrando conciencia de que su alrededor había cambiado tanto que...

¡¡¡AQUEL NO ERA SU CUARTO!!!

El corazón le comenzó a latir a mil por hora, se iba a erguir; sin embargo, percibió un peso a su lado y un nudo le rodeó la garganta.

«Vale, estás en una pesadilla», jamás había hablado consigo misma en sueños. «Lo que debes hacer es respirar», siguió sus propias indicaciones. Inspiró y espiró, primero una vez, luego dos, así hasta que comenzó hacer las típicas respiraciones que les enseñaban a las mujeres en las clases de preparto. De ese modo, giró la cabeza y se encontró con una espalda desnuda. Los ojos se le

abrieron como platos mientras que la mandíbula se le aflojó.

¡¿HABÍA UN HOMBRE DESNUDO A SU LADO?!

Intentó hacer memoria, pero le fue imposible, por eso se palpó: solo vestía una camiseta que por debajo se podía percibir la ropa interior. «¡¿Qué cojones hago yo aquí?! ¡¡¡NO ME ACUERDO!!!», se llevó las manos a la cabeza, luego se fue incorporando poco a poco para no despertar al hombre, y al fijarse mejor reconoció a Jared.

—Patético, hemos hecho algo de lo que no me acuerdo, sí, definitivamente esto es una pesadilla. —Lo empujó con suavidad—. Jared —lo llamó, aunque él parecía un ser inerte—. Jared. —Nada, no había manera—. Si esto es una pesadilla, puede que esté muerto. —Rodeada por unas fuertes corrientes de miedo, cogió lo primero que tuvo a mano, la almohada, para arrearlo con ella—. ¡Al ataque!

Le siguió un fuerte alarido con el que soltaba parte de esos malos sentimientos que le nublaban la mente.

—¡Ey! —gritó Jared al sentirse atacado.

Ella, del susto que él le metió, chilló con más fuerza. La cosa no quedó ahí, no podía ser tan sencilla cuando el alarido asustó al mismo Jared; así, los dos terminaron a gritos como si hubiesen sido testigos de la aparición de un ser viviente o fantasmas. ¡Parecían dos locos en apuros!

Imogen paró.

—¿Por qué gritas? —le preguntó ella sin bajar el tono de voz.

—Como tú también lo haces. —Jared se giró hacia un lado para encender la luz de la mesilla—. ¿Estás bien?

—Podría estar mejor si me explicases qué hacemos en la misma cama.

—¿De verdad no te acuerdas? —Él se mostró un tanto molesto—. Y yo creyendo que te había hecho gozar.

—¡¡¿Perdona?!!! —Definitivamente estaba soñando. Él se echó a

reír—. Oye, no me hace gracia.

—Era broma, mujer.

—Voy yo y me lo creo.

—No haría el amor contigo. —Antes de que terminase la frase, ella lo golpeó con la almohada—. Imogen, nunca haría el amor con una mujer dormida, me gusta que mi compañera esté despierta.

—Seguro. —Ella desconfiaba.

—Lo es. —Jared se frotó la cara y luego se mesó el pelo—. Cuando estabas en el sofá hablando con Kendall antes de cenar te quedaste dormida.

—¡Ah! —Con esa explicación, a Imogen le regresó a la cabeza todo lo que había pasado el día anterior.

—Creo que te estás acordando.

Ella asintió con los hombros hundidos.

—Sí —le respondió arrugando la nariz—. Menuda mierda.

«Ya podría haber sucedido lo que me había imaginado, era mejor», apuntó para sí misma.

Jared separó el nórdico para acercarse a ella, que estaba de rodillas en mitad de la cama.

—Oye, de mierda, nada. —Le rodeó la cara con las manos—. No quiero que te vengas abajo, eres una mujer más valiente de lo que crees, en la ruta senderista me mostraste que avanzas por la vida con garra, gracia y brío, no permitas que nadie te arrebate tu fuerza. —Le dio un dulce beso en los labios—. Y siempre podrás contar con la gente que te quiere, entre ellos, yo. —Asintió él con la cabeza.

—Crees tú más en mí de lo que lo hago yo.

—Debes creerlo; si no, mira lo que has conseguido con la librería, y por lo que veo y tengo entendido, no va tan mal.

Imogen asintió y por primera vez se sintió un tanto rara, porque él le estaba contando la verdad de todo lo que había hecho desde que

llegó a Cold Spring. Ella lo miró acordándose de algo.

—Y una preguntita, ¿qué hago así en tu cama?

—Te desnudé —dijo él sin miramientos.

—¡Serás! —Le pegó un suave empujón—. ¿Quién te dio permiso?

—¿Acaso pretendías que te metiera a la cama en vaqueros?

—Sí.

—Pues no, lo hice para que descansaras, estabas grogui.

Ella se calló, siempre le había pasado que después de una gran agitación emocional, o cuando terminaban los exámenes, que le exigían un gran esfuerzo, necesitaba dormir.

—Vale, entonces ¿no hemos hecho nada?

—Nada —confirmó Jared con una sonrisa sesgada.

No podía fiarse de esa media sonrisa a quemarropa.

—¿Nada de nada? —insistió.

—Nada. —Él respiró hondo—. Mog, te lo dije, me gusta hacer el amor con una mujer despierta, no con una momia. —Aquella comparación le hizo ganarse un almohadazo—. ¡Eh!, un poco de respeto.

—El mismo que me has tenido a mí con eso de «momia».

Él se echó a reír.

—Estabas en el séptimo cielo. —Miró el despertador—. ¿A qué hora entras en la cafetería?

—Más o menos en media hora, porque siempre ayudo a Kendall en el obrador.

—Vale, te llevo.

—No hace falta, puedo llamar a un taxi, tú descansa para ir a trabajar.

—Estoy en turno de tarde, así que no me importa. —Él se levantó y se vistió con un pantalón de chándal que tenía en una butaca. Al verlo, con la tenue luz de la lamparilla, pudo observar un cuerpo

hecho para dar placer, tenía músculos por todas partes, y esa perfección la comenzó a atormentar, era simétrico por todas lados y rezumaba fuerza al moverse de modo elegante al ponerse una camiseta, que se pegó a él como una segunda piel—. Si quieres te puedes duchar...

—¿Y ponerme la ropa de ayer?

—Vale, pues vístete, te espero abajo.

En cuanto él salió, y sin parar a mirar la habitación, se vistió lo más rápido que pudo, aunque a diferencia de Jared, ella sí estaba cansada de verdad y lo notaba en las articulaciones. Cuando bajó, él estaba en la cocina y le ofreció una taza de café que no rechazó, tomó un sorbo y la reconfortó.

—Gracias por cuidar de mí —le dijo en voz baja—. Ayer no sé cómo me encontraste...

—Simplemente te busqué y me pareció ver tu chubasquero desde el coche, pudo ser un golpe de suerte. Tampoco es que Cold Spring sea muy grande.

—Me cuidaste de verdad.

Él mantuvo los ojos fijos y sonrió antes de acercarse.

—Te quiero y me importas. —Se encogió de hombros, restándole importancia—. Eso es lo que hace un hombre cuando ama a la mujer que tiene delante. —Se inclinó sobre ella para dejar caer la boca en la suya—. Siempre estaré aquí. —La volvió a besar en un intento de que no pensara.

No había nada más dulce que un beso con sabor a café para comenzar el día.

Capítulo 28

¡¡¡AMOR Y AMISTAD!!!

En poco tiempo, Jared había llegado a su casa, pues a esas horas, las carreteras de Cold Spring estaba desérticas, sus edificios todavía se difuminaban con la noche, convirtiéndolos en meros espectros fantasmales si no fuera por las farolas que iluminaban las aceras y los señalaban a ellos también.

Sin hacer ruido para no molestar a los vecinos, bajaron del coche y entraron en casa.

—Puedes irte, si quieres, como ves estoy sana y salva. —Extendió los brazos hacia delante.

—Te acompaño hasta la cafetería y luego me voy a casa.

—Como quieras.

Imogen subió las escaleras hacia su cuarto y cogió la ropa limpia que dejó sobre la cama. Ya en la bañera (con un ruido de tuberías que parecía que iba a partir la casa en dos), pensó en que no le hubiese importado tener nada físico con Jared, debido a que sus besos le hacían arder la sangre, por muy cortos que fueran. Lograba excitarla sin casi hacer nada, y ya habían hablado de ello en la

noche de Halloween. En ningún momento ella lo besó para obligarlo a ir más allá, solo que una parte de sí misma tenía muchas ganas de que sus cuerpos se fundieran en uno. Con esos pensamientos y el corazón caliente por el amor que él le mostraba en cada acto o actitud, en unos veinticinco minutos ya estuvo lista; eso sí, la apenó que el olor que él había dejado en su piel hubiera desaparecido.

Vestida con un tipo de chándal vaquero, pues hacía ya un frío casi invernal, bajó y no lo encontró en el sofá, donde lo había dejado, sino que estaba en la cocina, estirado debajo del fregadero.

—¿Qué haces? —Ella alucinaba.

—No me gusta nada ese ruido, creo que son las tuberías.

—Me he duchado, pero no te preocupes, que si tengo problemas te llamo y me las calientas.

Jared empujó el culo hacia delante.

—Repite —le pidió él.

—Eres un buen desatascador de tuberías —musitó Imogen, que se tapó la cara para que no la viese reír—. Seguro que hasta tienes buena mano con las viejas.

—No se me da mal la fontanería.

—Eres un calentador de tuberías, por eso las señoras te llaman «manos de oro».

—¿Qué estás insinuando con eso de «las tuberías»?

—Se te dan bien tanto la naturaleza como las cañerías, pero con esa imagen de fontanero sexy, pues tienes más pinta de calentador, tienes a las señoras encantadas.

Jared bufó.

—Siempre te meterás conmigo por algo.

—Sí, no lo voy a negar. —Soltó una risilla nerviosa—. Me tengo que ir.

—Muy bien. —Se levantó—. Te acompaño.

Con ese ofrecimiento, la acercó a la puerta de la cafetería.

—Esta noche cenamos juntos en tu casa —organizó él.

—Vale, pero dime, ¿por qué?

—No pienso dejarte sola después de que lo hayas pasado tan mal.

Imogen sonrió y le dio un beso en los labios.

—Nos vemos después. —Se bajó del coche y lo despidió con la mano.

Entró en la cafetería y se encontró con Kendall apoyada en el quicio de la puerta del obrador.

—He visto a la pareja del momento en exclusiva. —Cerró las manos en puños y pegó un brinco de felicidad—. ¡Me encanta!

—Estás loquísima. —Imogen negó con la cabeza. Dejó el chubasquero donde siempre para ponerse el delantal.

—Me resultáis tan cuquis.

—Sí, cuquísimos.

—¡Og, chica!, qué humor —le protestó su amiga.

—Normal, cuando pillo a mi amiga en plan espía.

—Estoy feliz por ti y por lo bien que te sienta Jared —se explicó Kendall cuando entraban en el obrador.

—¿Estamos hablando de una persona o una marca nueva de vaqueros? —Le vino a la mente lo bien que le sentaban a él—. Es el manos de oro de Cold Spring —se acordó.

—¿Y es así? —Canturreó Kendall a su lado.

—No hemos hecho nada.

Kendall balanceó la cabeza.

—Es cierto, te quedaste frita en el sofá y no te quiso despertar para llevarte a casa —le contó aquello que no sabía con una sonrisa —. Tenías razón, es todo un caballero, al menos contigo.

—Que me trajo a casa...

—Y al trabajo —terminó por ella Kendall, que fue a servir dos

tazas de café que colocó encima de la isla y que acompañaron con unos trozos de bizcocho de calabaza.

—¿En qué te ayudo? —le preguntó tras beber un buen sorbo de café que, junto con el que había tomado en casa de Jared, así como la ducha, ya no se sentía tan cansada.

—De momento en nada, no hay espacio en el horno.

Imogen asintió, por lo que aprovechó ese momento para hablar a las claras con su amiga.

—Hay algo que me gustaría charlar contigo para que me des tu opinión.

—Claro, ¿qué es? —Kendall pellizcó su trozo de bizcocho.

—Verás, él me contó su historia con la ex, el modo en que lo dejó plantado como una seta en el altar.

—¡Anda! —Kendall se sorprendió, alzó las cejas y ladeó la cabeza —. A mí me lo contó Mark y me puntualizó que a Jared no le gustaba tratar ese tema. Pero, sí, una pena que la gente sea tan miserable.

—Pienso como tú, nadie se lo merece, y menos tener que dar la cara ante todos los invitados.

—Sí, te juro que si Mark me hace eso lo cuelgo de un árbol por los huevos. —Se metió otro trozo de bizcocho en la boca y luego lo empujó con un sorbo de café—. Pero ¿qué me quieres comentar?

Imogen chasqueó la lengua.

—No soy capaz de contarle lo que me pasó con Howie. —Se sinceró al fin, y el peso que eso le provocaba se aligeró.

—Ayer me fijé cuando vi que no lo contabas todo.

—Creo que debería abrirme con él como lo hizo conmigo. —Soltó lo que la quemaba por dentro—. Él también debe saber mi historia en su totalidad, no de un modo tan sesgado.

—Sí, cierto, debe saberlo, y se lo tienes que decir, pero no te

fuerces. El tiempo te pondrá el momento adecuado para que le cuentes tu historia. Es más, ayer tampoco era el día para que lo hicieras, estabas cerrada a esa posibilidad, a todo lo que viviste, lo de Insta, el tipo ese.

—Me da la sensación, la tengo desde hace un tiempo, que es para que nadie me llame «buscona», no sé. —Se encogió de hombros y se centró en la taza humeante de café.

Kendall, con su taza en la mano, se acercó a ella.

—De eso, nada, métete esto en la cabeza: no eres ninguna buscona, te engañaron, y quien se atreva a decir lo contrario, se enfrentará a mí. —Imogen asintió, pero Kendall la cogió por los brazos, lo que provocó que las dos amigas se mirasen—. Atiende, quien engaña al corazón de una mujer con falsas promesas y con un amor que es como la niebla se llama «estafador». Es un vendehúmo, y tú no eres culpable de nada. ¿Me has escuchado?

—Sí. —Imogen se notó un poco más aliviada, pues Kendall no lo decía para hacerla sentir mejor, sino que lo decía con la verdad en la mano, ya que conocía toda su historia con Howie.

—Me alegro y espero que te lo claves en esta cabecita tuya. —Le dio unos golpecitos en la frente—. Ahora, hazme el favor de disfrutar del hombre que la vida ha puesto en tu camino.

—Cierto, tengo... —Sopesó lo que iba a decir—. Bueno, Jared y yo tenemos otra oportunidad en el amor.

—Y piensa: Howie pertenece a tu pasado y ya no te puede hacer daño. —Le rodeó los hombros con un brazo—. Venga, anímate. —La cogió por el mentón con la mano libre—. Quiero verte contenta y feliz, y hazme caso: el tiempo te pondrá el momento justo en el que hablar con Jared.

Kendall tenía razón en todo, debía disfrutar de lo que la vida le había dado.

Sin embargo, hay errores que se incrustan como cicatrices en el espacio que separa el corazón y la mente, por mucho que el presente y el futuro le sonrieran.

Capítulo 29

Hechos para amar

Como le había prometido Jared, esa noche cenó con ella, y así fueron todas las siguientes. Cada vez que podía o que el trabajo se lo permitía, pasaba por la cafetería, luego se juntaban alrededor de la mesa que él se encargaba de preparar, así como unos buenísimos platos con los que se lucía. Había muy pocos hombres que se dieran tan buena maña entre fogones, y uno de ellos era Jared, que por azares del destino se había fijado en ella. Habían acordado que si Imogen estaba en casa, que él entrase sin llamar; otras, iba a buscar las llaves a la cafetería, aunque en medio de todo eso, ella se estaba acostumbrando a verlo con el delantal mientras cocinaba; era una imagen hogareña de la que no se olvidaría tan fácilmente.

Una de esas noches, Imogen se entretuvo colocando cosas y limpiando la librería, y él fue a buscarla, dándole un sobresalto al ser tan sigiloso.

—¡Qué susto me has dado! —le dijo.

—Lo siento, no pretendía hacerlo.

—¿Qué haces aquí?

La cogió por la cintura y acercó los labios a su oreja.

—Como tardabas tanto, vine a comprobar que todo iba bien.

—Muy caballeroso.

—No has visto nada.

Él dejó caer su boca sobre la de ella fuerte, rápido, y cuando sus labios se abrieron con sorpresa, metió la lengua profundamente en su boca con tanta avidez que ella se estremeció entre sus brazos. Jared la agarró por las caderas, la aplastó contra uno de los escritorios, donde ella se sentó para rodearlo con las piernas, y en ese instante, él la besó con abandono, con cada movimiento la adoraba solo con sus labios, trazaba la forma de su boca con la lengua, como si quisiera que le quedara grabada. Sus manos, más sabias de lo que ella creía, se deslizaron hasta ahuecar sus pechos. Imogen se arqueó contra él, presionándolos contra sus palmas para que no se echase atrás.

No fue como ella había pensado, él rompió el beso y se separó un poco.

—Te he echado de menos, pero aquí no.

—En casa —matizó ella, a lo que él asintió.

Juntos cerraron la cafetería y, abrazados, subieron la cuesta que la separaba de la casa. Entraron y ni siquiera encendieron la luz; ella, alzada sobre las puntas de sus pies, lo besó de nuevo. Él la cogió, la levantó sin separar sus bocas para subir al cuarto, donde la dejó sobre sus pies, permitiendo que la pasión los embriagase.

Mientras se desnudaban, Imogen comprobó cómo el cuerpo de él, desprovisto de ropa, quedaba un tanto iluminado por los rayos de la luna al ser una noche bastante despejada: la imagen de Jared era increíble, con su torso amplio, fuerte, que se deslizaba hasta una cintura estrecha que seguía para formar un precioso trasero y terminaba en unas piernas largas y musculosas. Era un hombre

atractivo que la luna no podía dejar de tocar, tampoco se había equivocado aquella noche en su casa, su cuerpo era perfectamente simétrico y preparado en esos momentos para dar placer, a la vez que su miembro tembló bajo su mirada.

Ella se acercó, lo besó en la clavícula; a partir de ahí, el mundo se escapó de su visión. Lo ansiaba con cada poro de su cuerpo, con su alma. Estaba embriagada de deseo cuando él la penetró, ofreciéndole la presión que necesitaba; como llevados por la misma ansiedad febril, comenzaron a moverse a la vez, y las manos de Imogen terminaron posadas en esas nalgas firmes, que notaba cómo se apretaban con cada nueva acción.

En esos minutos de cruda sexualidad, discernió que el cariño con que le acariciaba cada palmo de su piel solo podía tratarse de amor, pues no había experimentado tal cosa, ya que con Howie era mucho más mecánico, sin preocuparse de ella o de sus necesidades, pero Jared sabía dónde tocar, le leía el cuerpo y la mente estando tumbado encima de ella.

Su cuerpo se aferró al miembro de él y empezó a convulsionar con una brutal intensidad que logró que el orgasmo durase una eternidad; entretanto, la lujuria y el deseo que llevaban tanto tiempo conteniendo vaciaron sus cuerpos y colmaron sus corazones de un amor que no tenía principio ni fin.

La magia del amor era real, existía y no era un sueño.

Tumbados, ella con la cabeza sobre su pecho, recuperaron el aliento en un ambiente viciado por el sexo, tranquilo, con el aire espeso y caldeado que los rodeaba lamiendo sus pieles, que estaban cubiertas por una fina partícula de sudor. Por una vez, Imogen disfrutó de lo agradable que era anteponer los deseos; si no lo hubiera hecho, aquella noche habría sido distinta y se hubiera perdido escuchar de cerca el latido fuerte del corazón de Jared, que

se convertía en una melodía que poco a poco la iba adormeciendo. Jamás había sentido una conexión con ningún hombre como con él; jamás el sexo se había transformado en la prueba más carnal de amor.

Todo porque había dado con un hombre que nunca le había ofrecido un amor sincero.

Jared lo cambiaba todo.

La mantenía pegada a su cuerpo, sujeta por un brazo cuyos dedos le recorrían la columna con una cadencia que le agradaba, hasta que notó cómo el pecho de él convulsionaba.

—Te estás riendo —afirmó ella sin moverse.

—Sí, porque somos el claro ejemplo de «los que quieren ir despacio y no pueden» —recitó como si se tratase de un eslogan de supermercado.

—Bueno, hay gente que empieza por este momento antes de comenzar a salir, y si lo hacen.

—Me dan igual los demás —la besó en el pelo—, encontrarte fue lo mejor que me ha pasado —confesó—. Lo mejor —repitió.

Ella sonrió mientras continuaba rodando su mano por la piel del costado.

—Hace mucho que no siento nada igual por nadie —dijo ella en voz baja.

—Eso es porque no era yo —bromeó en tono chulesco.

—Creído.

Él puso dos dedos debajo de su mentón para que lo mirase.

—Lo digo en serio, nos ha pasado por no haber hallado a las personas adecuadas, por eso ahora notamos algo distinto.

Ella se irguió con un codo clavado en la almohada.

—¿Te pasa lo mismo?

—Sí, desde el principio he sentido una conexión con la que podías

leer mis pensamientos, pero es algo más fuerte que está aquí. —Puso la mano encima de su pecho.

Imogen se sentó en la cama.

—He salido de una relación en la que las mentiras y las medias verdades eran lo normal; es más, puedo decir que era una relación de a tres que no supe hasta el final. —Otra vez se había callado el nombre de él y la identidad de su jefa, todavía tenía reparos en decirlo.

—Verás —él se sentó en la cama—, la mentira tienes múltiples caras, pero si algo tengo claro, después de lo que me pasó a mí, es no callar nada, ni cuando estoy seguro de hacer algo o cuando es lo contrario, porque lo fundamental es hablarlo para no confundir a la otra persona. —Entrelazó su mano a la de ella—. Jamás te mentiré, Mog, no vale de nada cuando la verdad es más dolorosa.

—Sé que no lo harás. —Estaba convencida de ello, por ello se atrevió a decir—: Me quieres de un modo muy distinto, me das besos sin importar quién esté delante, sin afectarte el lugar.

—Cuando amas, lo demás pierde relevancia, porque mi corazón se dedica a ti. —Le metió un mechón detrás de la oreja y su mano se entretuvo con suaves caricias en la mejilla—. Creo que en el fondo sabías o intuías que no iba bien la relación.

—Kendall me puso en ese camino, pero al enterarme de toda la verdad me sorprendí. Y Flora me leyó la mano el año pasado, creo que lo vio, y aunque me cueste aceptarlo, lo que me dijo era cierto.

—El año pasado —Jared se rascó la barbilla pensando—, más o menos por el solsticio de otoño me cogió desprevenido y me leyó también la mano, y me pronosticó que la mujer que me rondaba la cabeza pronto estaría entre mis brazos.

—¿En serio? —Las facultades de Flora no debían ser la pantomima que ella creía.

—Solo tienes que mirarnos. —Sonrió él.

—¡Qué fuerte! A lo mejor es una locura lo que voy a decir, pero puede que supiera que estábamos predestinados.

—A mí me da que sí. —La cogió de repente, para sentarla a horcajadas encima de él, y ella gritó—. ¿Te gustó? —le susurró.

—Hacía mucho que no disfrutaba tanto. —Hasta para eso Howie era egoísta—. Eres muy buen amante.

—No me lo repitas muchas veces que me lo acabaré creyendo. —Bajó la cabeza con una sonrisa sesgada—. Te lo dije, te he echado mucho de menos.

—Échame de menos las veces que quieras si siempre será así.

—Te amaré de todas las formas que sé.

—Hazlo —le ordenó ella—, tú sabes cómo curar las heridas del alma y cómo hacer que el corazón me tiemble de amor.

Se besaron, y él, al moverse debajo de ella, la hizo partícipe de su erección, que la liberó de la frontera que hacía la sábana entre ellos y se abrió paso en su interior con movimientos lentos, lánguidos y certeros, y así se rindieron de nuevo a la pasión.

Capítulo 30

Jared, estás enamorado

Aquel día el tiempo se revolvió como si luchara contra un dragón: el cielo se oscureció por las nubes grises, algunas del mismo color del plomo lo surcaban amenazantes, intimidando a los residentes de Cold Spring con soltar toda la furia que cargaban. Las colinas del valle, siempre de perfil suave, se habían tornado más oscuras, a veces se agitaban por alguna ráfaga de viento, y el Hudson, silencioso en su transcurrir si se paseaba por su orilla, parecía que quisiera engullirla; sin embargo, se contenía y chapoteaba contra el mirador que había en el centro del pueblo. Lo que había cambiado en él era agua tan turbias como el cielo.

En contraste, Jared estaba más contento de lo normal y había un motivo concreto con nombre de mujer: Imogen, cuyo recuerdo, pues al trabajar era con lo que se quedaba, le calentaba el alma, lo sacaba de su letargo. Ya no se acordaba de lo que era sentirse así. Para él la rutina nunca fue un problema, ya que desde hacía años le agradaba al igual que la compañía de la soledad, a la que se acostumbró a pasos agigantados para que las heridas no le

provocaran perder altura, pero ella lo había cambiado todo en el instante que posó sus bonitos ojos azules sobre él, ese momento lo vivió como si un ángel se hubiera fijado en él.

Lo que no podía quitarse de la cabeza era la noche anterior, mientras hacían el amor; Jared aprendía a tocarla, memorizaba los caminos y recodos de su piel. El mapa de su corazón. Él solo temblaba con cada caricia de Imogen, con cada beso; el perfume de ella mezclado con el del sexo era embriagador, lo emborrachaba y le pedía más, tenerla más cerca, lo empujaba a estar dentro de ella, y así sucedió, tuvieron varios asaltos. Hasta en esos momentos en los que lo recordaba todo, el anhelo tras cada encuentro apenas lograba disminuir del mismo modo que no lo hacía la maravillosa sensación de estar dentro de Imogen. Jamás se saciaría de ella ni de la forma en la que se ajustaba como un guante a él, y cuando llegaba al orgasmo se aferraba a él rítmicamente.

No era capaz de dejarla prisionera de la agonía del deseo insatisfecho, le encantaba verla gozar debajo o encima de su cuerpo.

Se removió en el asiento del coche con el que recorrían algunas carreteras forestales, se había ganado una buena erección. Con disimulo, miró a Mark, que sonreía.

—Estás contento —señaló su amigo, a medida que continuaban un camino entre los árboles del bosque.

—No.

—Y yo soy estúpido.

—Algunos lo sabemos desde hace tiempo —lo bromeó.

—Qué simpático el hombre «hipertranquilo». —Se metió con él Mark.

—Ni que fuera un supermercado. —Comenzó a canturrear la canción que sonaba.

—¡¿Estás cantando?! —exclamó asombrado.

—Es muy buena esta canción. —Señaló al reproductor musical.

—Me alegro de que te guste, pero ¿te das cuenta de que hacía años que no escuchabas Nickelback? —apuntó Mark con mucho acierto.

—Lo sé, soy consciente de ello, pero no te das cuenta de que hay un nuevo comienzo...

—Un comienzo llamado «Imogen». —Mark se atrevió a terminar la frase por él. Se conocían desde la infancia y siempre se consideraron como hermanos del alma, su amistad nunca había ido a menos, al contrario, se había fortalecido con los malos momentos que había vivido Jared y Mark tenía la potestad de hablar a las claras, de decirle aquello que otros se callaban—. No hace falta que te pregunte qué tal, tu cara lo dice todo.

Jared asintió.

—Sí, hacía mucho que no me sentía tan feliz —le contó con total confianza.

—Desde el principio —dijo Mark.

—¿Cómo dices?

—Desde que ha llegado tú has cambiado, la manera en la que discutíais, la apuesta; se te notaba muchísimo, tus ojos te delataban.

Jared, por unos segundos, apartó la vista del camino hacia él.

—Me siento un estudio científico. Parece que estás haciendo un cursillo acelerado de observación. —Jared no se equivocaba; de los dos, él y no Mark era el que más se fijaba en los detalles—. Pero sí, ella lo ha cambiado todo, allí donde dije que no me enamoraría, he caído de nuevo, pero Imogen es distinta, su forma de quererme, de mirarme; sin rozarme, me toca.

—Cuando Flora te dijo que lo de la mujer que te rondaba la cabeza y que pronto la tendrías entre tus brazos...

—¡Vaya, cómo nos acordamos!

—Era un buen cotilleo sobre ti —se carcajeó Mark, que provocó que Jared bufase—, a lo que voy es que te lo dije: lo importante no es cuándo llega el amor, sino lo que provoca en nosotros, y a ti te está dando una segunda oportunidad.

—Y además de las grandes, porque allí donde pensé que «te vas a enterar por no recordarme» fue motivado por un sentimiento tan grande que no podría explicar. Solo sé que la quería antes de que lo pudiera verbalizar.

—Has sufrido un flechazo, amigo mío. —Le dio un apretón en el hombro.

—¿Qué?

—Un flechazo, como lo que me pasó con Kendall, dime: ¿desde que la conociste has pensado en ella de modo recurrente?

—Sí, y cuando Kendall me dijo que estaba con alguien, intenté alejarla de mi mente, y sé que ese hombre no la trató como se merece. —Los dos amigos se miraron—. Esto último me lo contó Imogen.

—No sé mucho de ese asunto, solo que Kendall, cada vez que podía, se marchaba a Nueva York junto a Imogen, creo que está relacionado con su despido, pero ojo, no estoy seguro, Kendall no me dijo nada.

—¿Lo conociste? —Jared apretó con fuerza el volante.

—No, siempre daba largas, estoy convencido de que no se quería mezclar con pueblerinos.

—Pues este pueblerino está dispuesto a todo por ella. —Sus palabras sonaron a promesa.

—Hacía tiempo que no te veía tan convencido en el tema del amor.

—Creo que mi corazón la esperaba a ella, es una chorrada que se acerca mucho a la verdad.

—¿Le has contado algo de lo que te pasó? —Quiso saber Mark, y se ganó una mirada asesina—. Oye, no me mires así —alzó las manos—, esa historia te marcó.

—Sí, se lo conté y, la verdad, me sentí liberado, es como si esas cadenas desaparecieran. —Mark se rio—. Y ahora, ¿por qué te ríes?

—¡Quién nos dice que no vamos a ser dos amigos para dos amigas! —Jared asintió en silencio, Mark estaba muy acertado—. Me alegro mucho de que hayas encontrado a alguien que te corresponda.

Continuaron el camino adentrándose más en el bosque, donde el corazón de Jared brincó de emoción y guardó el recuerdo de Imogen, que le iba arrancando las espinas que habían crecido en él.

Capítulo 31

Exponer la verdad

—Creo que les debo contar lo que me pasó el otro día —le dijo Imogen a Kendall, mientras preparaban las bebidas a las señoras que acababan de llegar.

—No te obligues a hacer nada que no quieras —le aconsejó su amiga.

—Lo tengo que hacer o me sentiré peor conmigo misma.

—No tienes por qué, todos tenemos malos días.

—Pero lo mío fue motivado por una serie de circunstancias. —Imogen puso los cafés de Tony y de Shannon en la bandeja—. Me voy a sentir mejor al decirlo.

—Como quieras, estoy a tu lado hagas lo que hagas.

—Perdón. —Sonó una voz desde arriba.

En la librería, desde hacía un buen rato, había una mujer con un niño pequeño.

—Voy. —Imogen salió disparada escaleras arriba—. Dígame.

—Me llevo estos seis libros. —Todos eran con los cantos pintados.

—Buena selección. —Imogen, por los dibujos, sabía cuáles eran.

—Algunos no se encuentran en las librerías de la ciudad —sonrió —, fue todo un acierto venir hasta aquí.

—Te llevas los últimos ejemplares. ¿Me permites una sugerencia?

—Sí —dijo la mujer encantada—. Los libreros sois muy buenos aconsejando.

—Observando tu elección, hay un libro que te puede gustar y es una novedad recién salida del horno, como quien dice. —Imogen se acercó a una de las estanterías para coger un ejemplar bastante fino, no pasaba de las doscientas páginas—. Creo que te puede gustar. —Se lo tendió.

La mujer se puso las gafas y lo giró para leer la sinopsis.

—Tiene buena pinta, me lo llevo, gracias. Por cierto, soy bookstagrammer, ¿te importaría si hablo de esta cafetería tan acogedora?

Imogen parpadeó asombrada.

—Claro, por supuesto. —Sabía que aquello podía reportarles una buena publicidad—. Te los empaquetaré en una caja, irán mejor protegidos con este tiempo. —Imogen bajó la cabeza y vio que el niño sostenía un libro de pintar—. ¿Te gusta ese libro? —El niño asintió.

—¡Oh, disculpa! Siempre coge lo primero que ve —se excusó la madre.

—No pasa nada, se lo regalo. —La mujer insistió, pero Imogen fue inamovible.

Abajo, se lo envolvió todo en una bonita caja de cartón con motivos otoñales con los colores amarillos, naranjas y rojos que habían adquirido hacía un tiempo atrás. Cuando la mujer se marchó, Kendall fue a su lado y pegó su cabeza a la de Imogen.

—Cuidando a los clientes —soltó la frase que ella le había dicho.

—La verdad es que sí —le contestó con una sonrisa.

Juntas se reunieron con ese comité de mujeres que charlaban animadamente. Imogen no las interrumpió, sino que esperó a que la conversación decayera para poder dar voz a lo que quería que supieran: ¿qué hacía en Cold Spring?, ¿por qué había dejado la ciudad? Y ese largo etcétera que se preguntaban.

—Os tengo que contar algo. —Comenzó así para coger fuerzas.

Todas la miraron en silencio.

—¿Qué pasa? —Shannon fue la primera en reaccionar.

—El otro día, ellas nos vieron discutir a Kendall y a mí por la presencia de un hombre —les contó a Tony y a Shannon, pues no habían estado presentes.

—No hace falta. —La quiso parar Lilian.

—Pero lo necesito, porque os habéis portado muy bien conmigo. —Todas la atendieron. Respiró hondo para empezar con la historia—. En Nueva York trabajaba en una editorial, era la profesión de mis sueños, pero mi jefa, hace unos meses, me despidió.

—¿Y eso? —la interrumpió Tony.

—Déjala que hable —la riñó Shannon.

—Estaba saliendo con uno de mis compañeros desde hacía unos años.

—Tengo entendido que hay muchas empresas que no permiten esas relaciones —apostilló Teresa.

—Es peor —intervino Kendall, cabizbaja y negando con la cabeza.

—No, no fue por eso, sino que mi compañero salía conmigo, y desde que había entrado a trabajar era el amante de mi jefa, cosa que yo no sabía.

—¡Quieta parada! —Alzó las manos Shannon—. ¿Me estás diciendo que salía contigo mientras se metía en la cama de la jefa?

—Sí, pero lo peor no es que yo no lo supiera, es que el resto de compañeros sí lo sabían y no me dijeron nada ni me lo advirtieron —

explicó con el alma en los pies, pues volvía a sentirse como la estúpida de la película.

—Menuda perraca, tu jefa. —Tony estaba indignada.

—Él también es un sinvergüenza, por su culpa la han echado y es un despido improcedente. —Shannon había dicho lo que Mark y Jared pensaban—. Estoy en tu lugar y los denuncio.

—Lo tendrían bien merecido —encasquetó Wendy.

—Eso no se hace, es mezclar lo personal con el trabajo. —Teresa tenía razón—. ¡Qué sinvergüenza es la gente!

—Ahora tu vida ha cambiado y Cold Spring es tu hogar —señaló Flora, a lo que todas asintieron.

—Por eso no quiero mezclar el pasado con el presente, tengo miedo de que el primero influya sobre el otro negativamente. —Al decirlo en voz alta, Imogen se dio cuenta de algo: sonaba a superstición.

—No pasará. —Todas escuchaban a Flora con atención—. No te dejes llevar por miedos infundados, no eres la misma mujer y eso marca la diferencia.

—Creo que el pasado puede volver si ese hombre que estuvo aquí el otro día regresa —comentó Imogen.

—A mucha gente le puede parecer extraño lo que te voy a decir, pero si reaparece piensa y habla con el corazón, él te guiará. —No esperaba una respuesta así de parte de Flora.

—¿Con el corazón? —Imogen quería saber más.

—Sí, él te ayudará. —Fue lo último que pronunció Flora.

—Y él no es el mismo hombre —añadió Teresa metiéndose en la conversación y le guiñó un ojo cómplice que le hizo arder las mejillas.

—¿Cómo? —Shannon no entendía nada.

—¿Es que nos hemos perdido algo? —Tony tampoco se enteraba.

—Hay otra noticia —dijo Kendall con demasiada alegría—. Vamos dilo, dilo —animó a Imogen a que abriera la boca.

—De verdad, ¡qué ansia! —suspiró ella—. Estoy saliendo con Jared, o algo parecido, sí.

—¡¡¡NO!!! —exclamaron al unísono Tony y Shannon.

—Soy testigo. —Levantó la mano Kendall como si estuviera en clase.

—Y yo he visto como nuestro Jared se queda en su casa. —Con ese comentario de Teresa, Imogen se tapó la cara avergonzada.

«¡Joder con las cortinas!», pensó para sí misma.

—Estamos empezando. —Se resignó a que su confesión se hubiera tornado en un claro ejemplo de cotilleo—. Y antes de que digáis nada, me contó su historia.

—Para que haya dado ese paso, ya le tienes que importar —musitó Lilian antes de beber un sorbo de infusión.

—¿En serio? —Shannon estaba que no daba crédito.

—No se lo cuenta a nadie, es un hombre muy cerrado —agregó Tony.

—Le ha dado fuerte a nuestro muchacho. —Wendy sonrió.

—Flora, ¿qué piensas? —Kendall ladeó la cabeza hacia la brujilda.

—Lo que le pasa a Jared es que ha encontrado el amor, y nos hace distintos cuando descubrimos que en él hay algo tan profundo y secreto como una fuerza salvaje que ha permanecido dormida hasta que no apareció la persona adecuada. —Todas quedaron en silencio—. Estabais predestinados.

Esa confesión dejó a Imogen clavada en la silla al observar de seguido como un brillo de certeza le iluminaba el rostro a la bruja de Cold Spring.

¿Qué más podría profetizar?

Capítulo 32

La cosa va de tuberías

Imogen, tras revelar su verdad al grupo de mujeres, quedó mejor, pues haberse expuesto resultó una pequeña liberación. Aun así, no poder contárselo a Jared le pesaba en el corazón. Sí, le había dado algunos retazos de su relación con Howie, aunque no había sido capaz de detallarle todo y así continuaba. Al hablarlo con Kendall, su amiga siempre le daba el mismo consejo: «Espera, no fuerces nada», y cuando estaba con Jared, entre sus besos y caricias se olvidaba del mundo que la rodeaba. Por otro lado, habían pasado varios días desde aquella conversación en la que Flora aseguró que estaban predestinados, ella se había quedado con las ganas de preguntarle, y a lo largo de esos días, cuando iba a intentarlo, no hallaba el momento, porque las conversaciones se lo prohibían, o, si la encontraba sola con el trabajo, no podía.

Pero su relación con Jared iba bien, todas las noches (algunas veces aparecía por la cafetería) se veían. En público se mostraban un poco cortados, pero solos eran puro fuego, pura atracción, y el magnetismo entre sus cuerpos se hacía evidente y palpable.

Esa noche lo esperaba mientras decidía qué hacer de cena, pues él había trabajado de tarde. Levantó la cabeza de la nevera al oír la puerta antes de escucharlo.

—¡Hola! —saludó él al entrar.

Como habían quedado, él podía entrar sin llamar cuando viera luz en la casa. Esa rutina romántica, por llamarla de algún modo, le encantaba a ella, pues nunca la había tenido ni experimentado en sus carnes, ni tampoco que un hombre, cuando coincidiera, le preparase la cena. Estaba fascinada, emocionada y contenta a partes iguales, porque por una vez el amor parecía sonreírle.

—¡Hola! —Salió de la cocina y se colgó de su cuello para recibirlo.

—Me gusta llegar a casa con estos abrazos. —Le dio un beso en los labios a la vez que la rodeaba por la cintura—. Te eché de menos, y a esto también. —Volvió a besarla.

—Iba a preparar la cena —le dijo ella acariciándole las manos, que las tenía frías.

—Muy bien. —La soltó y colgó la cazadora—. Te ayudo.

La siguió a la cocina.

—Lávate las manos —le pidió ella—. ¿Qué te apetece?

—Lo que tuvieras pensado hacer, me vale. —Él, confiado, abrió el grifo, que tras una explosión echaba agua a toda presión y por todos lados, ¡se convirtió en una manguera loca! Parecía que iba a reventar de un momento a otro—. ¡AL AGUA, PATOS!

Jared quería protegerse del agua, pero no había posibilidad alguna, esta salía con tanta fuerza que acercar las manos era toda una proeza.

—¿Qué has hecho, bruto? —Imogen se separó de la escena antes de terminar como él.

—Abrir el grifo, me has visto.

—Pues no te quiere. —Imogen se fijó que Jared había caído en el

río, la camisa completamente empapada se le pegaba como una segunda piel al torso y a los brazos, que los tenía estirados en un intento de protegerse del agua—. ¿Y tú eres el «manos de oro»? ¡Quién lo diría después de esto!

—Se me da bien arreglar las cosas.

—Lo veo, sí, me ha quedado claro.

—Muy simpática.

—Siempre.

—Cierra el agua de paso.

—No sé donde está. —Imogen no mentía, Lilian la abrió el día que llegó—. Piensa esto, te estás duchando gratis, ¿te traigo el gel?

—¡Dame paciencia!

—Yo también la necesito, porque quien va a limpiar este estropicio seré yo, pito ahogado —bufó ella queriendo mostrarse tranquila—. ¡¿Por qué lo habrás tocado?! —De repente, la cocina empezó a oler un poco a cloaca, lo que originó que Imogen lo mirase con las cejas alzadas—. Tampoco hace falta que te cagues de miedo, es solo un grifo, no es tiburón, no muerde.

—Son las cañerías, Imogen, y haz el favor de cerrar el agua de paso, que está aquí. —Le enseñó con la punta del zapato la alacena justo debajo del fregadero.

Al encontrarla la giró y el grifo dejó de echar agua por los aires. En cuanto se irguió Imogen, contempló todo lo que había a su alrededor, no era ninguna inundación, aunque se pasaría un buen rato limpiando.

—Menudo estropicio, chico. —Puso los brazos en jarras.

—No fue mi culpa.

—No te equivoques, antes que tú abrí el grifo y no pasó nada.

—Te pasaría igual, créeme —protestó Jared, que se miró la ropa—. Espera, vengo ahora.

Mientras que él se iba, Imogen subió al piso superior, y de una de las cajas que no había vaciado, sacó unas toallas, que algunas terminaron cubriendo el suelo para secarlo, ¡había agua por todos lados! Jared volvió a entrar con una bolsa de deporte, de donde sacó ropa limpia.

—Vaya, hombre con recursos. —Lo miraba desde la cocina.

—Siempre la llevo conmigo, para casos como este. —Se puso un vaquero con una camiseta de manga larga por debajo de una camisa de franela.

—«Hombre precavido vale por dos»; y toma, sécate el pelo. —Le dio una toalla seca.

—Mañana te lo arreglo.

—No sé, puede que salga en canoa como Pocahontas...

—Eres muy exagerada.

—¿Tú crees? —Se apartó y le mostró el suelo lleno de toallas—. Quizá el confiado eres tú.

Cuando terminó de vestirse, Imogen echó el uniforme a lavar, luego se pusieron a secarlo todo, para que nada se estropease, al tiempo que él revisaba si había algo más en malas condiciones.

—¿Qué le ha pasado al grifo? —Quiso saber Imogen.

—No lo sé, mañana cuando lo saque me haré una idea.

—Una cosa, ¿me podré duchar? —Se dio cuenta de ese pequeño detalle.

—Sí, mientras no uses este grifo. —Jared volvió a abrir la llave de paso y el grifo no hizo nada—. No lo toques.

—Lo mismo digo. —Sonrió de modo irónico con los brazos cruzados.

—Vale, pues... ¿cenamos? —Ofreció él.

—Será mejor.

Aprovechando que Kendall había amasado la masa para hacer

pizzas y ella se llevó la mitad que dividió para dos veces, preparó una de buen tamaño, y a la vez que ella le iba dando forma —un tanto cuadrada, pues nunca le quedaba redonda—, él iba sacando de la nevera todo lo que ella le iba pidiendo. Con cuidado la metió en el horno, y prepararon todo para cenar delante de la chimenea, así él también entraría un poco en calor.

En cuestión de minutos, el olor a la masa horneándose, al queso fundido y al tomate fue llenando el ambiente, confiriéndole a la casa ese aire acogedor.

—Cuidado que quema —le advirtió Imogen. Jared, aun así, pegó un mordisco y se tuvo que abanicar la boca con la mano—. Lo dicho, quema.

Él bebió un sorbo de agua.

—Está buena.

—Gracias. —Ella mordió la punta, así la iba dejando enfriar—. Por cierto, tengo que llamar a Lilian para contarle lo que pasó.

—Sí, hazlo mañana y dile que lo arreglo yo. —Volvió a darle otro mordisco—. Está buenísima. —La saboreaba con ganas—. Hacía tiempo que no comía una pizza casera.

—La masa es obra de Kendall, a mí no me sale tan bien —acercó su cabeza a la de él—, se parece a algo similar al cemento seco. —Esa comparación logró que Jared echara la cabeza hacia atrás y soltara una sonora carcajada.

Ella se estaba acostumbrando muy rápido a la compañía de ese hombre que al principio la sacaba de sus casillas y que ya ni podía quitarse de la cabeza.

—¿Qué tal el día? —Se interesó él.

—Muy bien, estamos escogiendo lo que haremos en la cafetería por Navidad y ya hemos introducido alguna cosilla.

—Todavía es pronto, no ha pasado ni Acción de Gracias —apuntó

él mirándola con el ceño fruncido.

—No, no te creas, estamos adelantando trabajo y qué mejor que anticiparse unas cuantas semanas. —Ella dio un sorbo a su vaso de agua—. Por cierto, ¿qué haces por Acción de Gracias?

—Cenaré con mi vecino Logan, como todos los años.

—Kendall quiere que lo celebremos todos juntos, bueno, quien pueda, en la cafetería, que es donde hay más espacio.

—¿No te vas con tu familia? —A él le resultó extraño.

—No, mis padres están de crucero festejando la jubilación, así que estaré aquí. —Ella se giró hacia él—. Trae a tu vecino, venid.

—Suena interesante, y creo que este año me alegrará celebrarlo.

—¿Por qué? —Lo observo con atención. Jared dejó a un lado el plato, se limpió las manos y la boca con una servilleta y bebió, parecía que se estaba entreteniendo para no hablar o confesar aquello que todavía guardaba en su interior y que le costaba decirlo en voz alta. Para aflojar ese momento, Imogen no dudó en decir—: Si no quieres...

—No tengo familia —soltó a bocajarro.

—¿Qué? —Imogen se quedó congelada.

—Cuando Lilian y el resto dicen que he sufrido mucho no es solo por la boda, es por lo que sucedió antes. —Paró de hablar y ella no se atrevió a decir nada—. Perdí a mi familia en el 2001...

—El atentado. —A Imogen le salió sola aquella referencia al ataque sufrido en el país y una inmensa tristeza la embargó.

—Sí, mi hermana había conseguido un buen puesto en una de las empresas que había en una de las torres, y mis padres fueron a visitarla aquella mañana y... —carraspeó—, ya te puedes imaginar el resto.

—Yo... —A ella no le salían las palabras, ¿qué podía decir que no sonara mal? Quieta a su lado, la mente se le quedó en blanco y el

silencio cubrió la casa por sus cuatro lados, además era frío, desconsolador, marcando ese otro silencio propio de los que ya no están, pero debía decir aunque fuese lo mínimo—: Lo siento mucho.

—Tranquila, dolió más de lo que duele.

En ese instante, comprendió por qué Teresa, Lilian o Wendy lo cuidaban, entre comillas, tanto, incluso Flora. Estaba convencida de que toda la comunidad de Cold Spring se había volcado con él, sobre todo esos vecinos que eran de toda la vida y que lo habían visto crecer.

—Logan también lo vivió conmigo, como Mark y su familia.

—Teresa, Lilian, Wendy y Flora. —Las añadió ella.

—Sí. Todos se portaron muy bien conmigo. Gracias a Mark y a sus padres, a la madre y a la abuela de Logan, las heridas pudieron curarse; y aunque no eran mi familia de sangre, a todos les debo algo.

—¿Por qué lo dices? —Ella había percibido un tono lúgubre en sus palabras.

—En medio de aquel horrible dolor, en medio de una inmensa soledad y el vacío que dejó mi familia, llegué a pensar muchas cosas, entre ellas que había sido mi culpa, que no me merecía ser querido...

Imogen lo abrazó y hundió la nariz en la línea que unía su cuello con el hombro. Él le correspondió.

—No pienses eso, todos nos merecemos ser amados, querer y que nos quieran. —Ella se separó y le rodeó el rostro con las manos—. Eres la persona que merece ser más amada de todas las que conozco.

—Cuando el dolor es el único sentimiento vivo en ti, la cabeza va por caminos y antros oscuros en los que jamás has estado, es inevitable. La razón es que sobre unas heridas se abren otras. —

Imogen comprendió que cuando dos hablan desde el dolor comparten el mismo lenguaje—. Ya no duele tanto.

—Te quiero —confesó a corazón abierto.

—Lo sé —dijo con ojos brillantes.

—Y no quiero que sufras, no lo permitiré.

—Eso ya es imposible.

—¿Qué?

—Tú estabas al final de este largo recorrido, y entre tus brazos y contigo a mi lado es imposible, porque amarte es la mejor aventura de mi vida.

La besó.

Sus bocas tomaron las riendas, mientras sus cuerpos, cuales navíos, empezaron a surcar las olas de la pasión.

Capítulo 33

Lo que esconde tu mano

Tras haber hecho el amor con Jared, a Imogen le costó mucho conciliar el sueño. Su triste historia le rondaba la cabeza y no se podía olvidar del hecho de que Jared se sintiera como un ser que no merecía ser amado. Giró el rostro hacia él, que descansaba a su lado, ¿cómo podía pensar algo así? ¿No se daba cuenta de que era un hombre que se merecía querer y ser correspondido? Le dolió su triste historia, tanto que se sintió como una idiota con sus miedos por la situación que la había llevado a Cold Spring, pues había gente que había traspasado las puertas de un gran dolor que era difícil de soportar.

Ella, por el contrario, era una privilegiada, tenía a su padres sanos, de viaje, a su mejor amiga a su lado, a la que quería como a una hermana; en cambio, el hombre que tenía junto a ella estaba rodeado por una familia que no era de sangre, sino por gente que lo estimaba de verdad, que estuvo a su lado, pero su vida se había roto. Sin embargo, supo levantarse, continuar, y estaba a su lado, enseñándole y mostrándole que cuando un hombre amaba a una

mujer no había obstáculos entre ellos, ni disculpas ni mentiras.

Le estaba enseñando el significado del afecto verdadero.

Era su maestro en el amor, pero por nada del mundo iba a permitir que malos pensamientos lo azotasen, le mostraría cada vez más que lo quería. Y sí lo puso en práctica para verlo sonreír, con cada dictado del corazón lo besaba, lo acariciaba, ya nada se interponía entre ellos.

A todo eso se le unían las ganas de hablar con Flora. Era verla y se acordaba de que quería mantener una conversación con ella, y ahora con más motivo: quería saber si Jared estaba en su futuro. No necesitaba que ella se lo dijera, había algo en su interior que así lo afirmaba. En ese tiempo recordó que Jared le había contado que a él también le había leído la mano, y eso la intrigaba y en el fondo quería saber más, aunque por otro lado le daba un poco de miedo, ¿y si le decía algo que no le gustaba? ¿Le podía contar que su vida podría dar otro giro desbocado como le pasó la vez anterior? En esos instantes en los que había apostado todo por sus sentimientos hacia Jared, que se atrevía de nuevo a darle una oportunidad al amor, no podía echarlo a perder, no podía permitir que nada ni nadie interfiriese.

Los días pasaron y Acción de Gracias estaba más cerca; en la cafetería, los pasteles de otoño ya comenzaban a mezclarse con algunos que anticipaban un poco la Navidad.

Una tarde, Imogen despidió a la última persona que estaba en la librería y que al final había encargado varios libros para Navidad, vio a Flora sola esperando a Lilian, Wendy y Teresa, no perdió la oportunidad que llevaba esperando para hablar con ella.

—Flora...

—¡Oh! Hola, Imogen, ¿qué tal? —la saludó con una candorosa sonrisa.

—Bien, bien.

—Estaba esperando tu visita.

Imogen frunció el ceño, extrañada.

—¿Sabías que quería hablar contigo? —Se quedó perpleja.

—Sí. —Sonrió y asintió al mismo tiempo—. Te lo notaba en la cara, de vez en cuando me mirabas fijamente o bajabas, nerviosa, la cabeza.

—Vaya, soy poco disimulada.

—No, sé leer las intenciones de la gente. —Le hizo un gesto para que se sentase con ella, y así lo hizo—. ¿De qué querías hablar?

—Verás, en la lectura de mi mano dijiste que no hiciera el amor —le recordó aquella predicción en la que no había creído hasta que desembocó en su despido.

—Sí, lo sé, y no me hiciste caso.

Vaya, no era tonta.

—Quería demostrar que me engañabas. —Se encogió de hombros al decirlo y la verdad era que le había salido mal, no, lo siguiente.

—Y no fue así.

Imogen negó con la cabeza.

—Sé que leíste la de Jared —confesó con franqueza.

—¿Te lo contó?

—Sí.

—Tenéis unas líneas similares en la mano, es la primera vez que veo algo así y me sorprendió mucho.

—¿Y qué significa?

—Estáis destinados a compartir experiencias y pasar mucho tiempo juntos, a tener una relación romántica, además de tener una conexión emocional muy especial. Esto quiere decir que vuestro destino en el amor es estar juntos —le contó sin parpadear ni separar sus ojos de ella.

—¿En serio?

—No tendría por qué mentirte, ¿no crees? No consigo nada.

—Ya. Me gustaría saber...

—Dame tu mano derecha —dijo, interrumpiendo y describiendo lo que quería. Imogen, un tanto impresionada, se la tendió. Flora, antes de hablar, le acarició la palma—. En este punto —Imogen se echó hacia delante para ver mejor— la de él se bifurca, porque su boda se interrumpió, lo mismo que la tuya —señaló el centro de la palma—, por esa ruptura que has sufrido, pero ahora... —Flora no terminó la frase.

—¿Qué?, ¿qué ves?

—Tu línea del destino se une a la del corazón y no continúa, aunque tiende a separarse en dos caminos.

—¿Eso es bueno? —Imogen se dio cuenta de que no formuló la pregunta adecuada—. ¿Qué significa?

—Probablemente sea porque te veas obligada a tomar una decisión importante en medio del juego del destino.

—¿Qué juego? —Flora, al no hablar, Imogen se lo tomó como algo que a lo mejor no era tan bueno—. ¿Me lo puedes decir?

Flora movió el dedo índice como si pudiera desplazar las líneas para que la dejaran ver aquello que todavía no estaba escrito sobre la piel.

—Vas a tener que decidir entre dos direcciones, antes de que termine la luna gibosa creciente.

—No conozco esa luna. —Se había quedado patidifusa.

Flora levantó la cabeza.

—Es la luna creciente cuando aún no está completamente iluminada, justo antes de la llena. —Volvió a centrarse en su mano —. No lo digo yo, te viene marcado por destino. Pero deberás escuchar al corazón y mirar con sus ojos, aunque diría que lo tienes

claro pese a que todavía no ha sucedido.

—¿Qué va a ocurrir?

—Eso lo tendrás que descubrir. Lo que te digo es que cuando pase, piensa con el corazón.

***

Imogen quedó impresionada lo que restó del día, dándole vueltas a lo que Flora le había dicho, y la puso un tanto en tensión, pero lo que más le preocupó fue no saber qué iba a suceder. No se podía centrar en nada, ni cenando con Jared, pues no tener determinado control en algunas cosas la ponía nerviosa, y en más de una ocasión intentó olvidarse, aunque no hubo manera. Solo cuando hizo el amor con Jared pareció que su mente quedaba en blanco y se centraba en lo realmente importante, darle placer al hombre al que amaba.

Abrazada a él, que estaba incorporado con la espalda apoyada en el cabecero de la cama de Imogen, no paraba de darle vueltas cuando aquel asunto regresó a ella. «Cuando suceda, piensa con el corazón», volvió aquella frase. ¿Iba a suceder algo con Jared para imponer al corazón sobre la cabeza? Le dio un escalofrío, se abrazó más fuerte a él. ¿Qué pasaría? Lo que tenía claro era que no estaba dispuesta a perderlo.

—¿Qué tienes? —Le besó el pelo a la vez que la estrechaba con más fuerza.

—Nada.

—Mentirosa —susurró y le arrancó una sonrisa a ella—. Te has estremecido y me abrazaste, ¿es que tienes frío y me he convertido en tu estufa con patas?

—No. —Soltó una risilla nerviosa.

—¿Entonces? —A ella le costaba hablar y buscar las palabras

correctas—. ¿Qué tienes, Mog?

—No merece la pena hablar de ello. —Quería sacarle hierro al asunto.

—Creo que sí, porque llevas toda la noche ensimismada, estás perdida en tus pensamientos y tu cuerpo reacciona a ello.

—Qué bien me lo lees.

—No me puedes esconder nada, ¿es que no te has dado cuenta? —Formuló la pregunta en tono chulesco.

—Ya no eres «manos de oro», sino «el hombre que le susurra a los cuerpos». —Se rio.

—No hables en plural, solo me interesa uno: el tuyo. —La besó en el pelo—. Ahora dime por qué no merece la pena.

—¡Ag! ¿Quieres oírlo?

—Sí.

Ella se separó de él para hablarle mirándolo a los ojos.

—Verás, hoy he hablado con Flora.

—¿Y? —Él ladeó la cabeza—. ¿Qué fue lo que te dijo para que te dejara tan preocupada?

—A ver, sí es por algo que dijo, pero no sé cómo interpretarlo.

—Vale, cuéntame, así a lo mejor sacamos alguna conclusión.

—Voy a tener que escoger, y que cuando lo haga que piense con el corazón. —Lo de «escoger» fue de su cosecha, para que él lo entendiese mejor.

—¿No te dijo nada más ni de qué se trata?

—No y lo que soltó fue que eso lo tendré que descubrir.

Jared frunció el ceño.

—Flora, cuando quiere, es muy enigmática —la describió Jared.

—Que me lo digan a mí, porque no sé a qué se refiere —bufó cansada de pensar.

—Mira —él se echó hacia delante—, no nos preocupemos por algo

que no sabemos lo que es.

—¿Y si es algo sobre ti, sobre mí, sobre nosotros? Quiero saberlo, Jared.

—¿Qué haríamos sabiéndolo?

—Actuar, anticiparnos.

—Pero, Mog, hay algo que se nos escapa.

—¿El qué?

—El tiempo.

—¿Cómo? —Jared la había dejado desconcertada.

—No sabemos cuándo ni dónde va a suceder, no puedes anticiparte a eso, porque puede ocurrir mañana, la semana que viene, el mes que viene, el año que viene o dentro de cinco años; y si esto tarda tanto, te aseguro que no lo recordaré.

—¡Ah! —Soltó un gritito—. No me había dado cuenta, pero sí habló de tiempo. —Jugaba con el borde de la sábana—. Habló de la luna anterior a la llena.

—La luna gibosa creciente —dijo él.

—¿Cómo lo sabes?

—Me conozco las fases lunares. —Imogen asintió—. Es la luna que coincide con Acción de Gracias, y volvemos a lo mismo: Acción de Gracias de qué año.

Imogen entrecerró los ojos y ladeó la cabeza.

—Eres muy práctico.

—No es ser práctico, Mog, pero ¿de qué vale preocuparnos cuando no sabemos nada? —En el fondo, Jared tenía razón—. Gastamos tiempo que luego no podremos recuperar.

—¿Debo pasar de su predicción?

—Un poco; cuando llegue lo que tenga que llegar, lo afrontaremos y lo hablaremos. Pero hasta ese momento disfrutemos.

Era cierto, podía pensar en miles de cosas, de hechos o sucesos

que podían ocurrir, quizá ninguno fuera el acertado, porque la vida, como el destino, tenía sus propios caminos.

Capítulo 34

Acción de Gracias y parejas en ciernes

La noche de Acción de Gracias, al final, Mark, Kendall, Lilian, Shannon, Jared y Logan se reunieron en la casa de Flora, que se convirtió en una gran anfitriona. Todos se habían encargado de algo: Jared y Logan se ocuparon del pavo, que asaron en un horno de leña; Shannon llevó pan y unos entrantes, mientras que Kendall e Imogen se hicieron cargo de los postres.

La casa de Flora, a ojos de Imogen, era menos esotérica de lo que pensaba. Levantada muy cerca del cenador, estaba pegada a otras y compartían el mismo color, azul claro, y se alzaba en dos alturas, contando con unas vistas privilegiadas, tanto al río como al valle. Por dentro, Imogen se encontró con una casa elegantemente decorada sin ningún objeto esotérico o brujeril, ¡NADA! Tenía un ambiente acogedor, reconfortante, olía a incienso, estaba convencida de que Flora había limpiado con él cada rincón del hogar. Eso sí, se fijó que cada habitación era distinta, o eso percibió desde el pasillo, aunque la que más le gustó fue el gran comedor que estaba dispuesto para la cena, con una amplia mesa cubierta por un antiguo mantel, cuyo

bordado mostraba los años que tenía. Estaba claro que Flora no era la típica bruja.

Los últimos en llegar fueron Jared, Logan y el pavo asado para fastidio de Mark, que había considerado la posibilidad de que llegasen tarde sin el pavo, lo que fue motivo de bromas entre todos; y ese mismo día, a Imogen le tocó conocer al famoso vecino de Jared: Logan era tan alto como él, fuerte, llevaba unos vaqueros azules con una holgada camisa de franela que casi usaba de abrigo.

—Encantada de conocerte —le dijo Imogen con una gran sonrisa.

—He oído hablar mucho de ti.

—¿Ah, sí? —Ella se quedó asombrada.

—Sí, y te pido que sigas con lo que haces, mi amigo está muy distinto desde que apareciste en su vida. —Su voz alegre le hacía gracia a Imogen.

—Así será, pero no sé qué hago.

—Ser tú misma. —Jared le rodeó la cintura con un brazo.

—Te quiere bien —le dijo ella por Logan.

—¿Ves? Tu novia me comprende...

—¡Anda! Pero mira qué ha traído el viento, si es Logan —interrumpió Shannon la conversación.

—¡Hola, Shannon! —la saludó un tanto cohibido.

—Al fin decidiste salir de tu cueva, estuve a punto de decir que hiciésemos una apuesta por ti.

—¿Y eso?

—No tenía fe ninguna de que aparecieras, pero, bueno —puso la bandeja del pan a un lado de la mesa—, ya no eres un ermitaño.

—Me viste antes de ayer cuando te llevé las verduras —señaló él sin perder la gracia.

—Es verdad, pero como apenas se te ve, mi mente resetea y te olvida —le encasquetó ella.

—Cuando necesite ánimos, te avisaré.

—No hace falta, pásate por la panadería.

A Imogen le dio la sensación de que entre esos dos había algo más que una amistad o un pique del momento, estaba segura de que se gustaban.

—Vaya, estas discusiones me suenan muy familiares —apuntó Kendall, que llevaba la fuente con la guarnición del pavo.

—¡El amor está en el aire! —exclamó feliz Lilian.

Con eso, Logan y Shannon se callaron y se separaron.

La cena fue de lo más animada, entre bromas, risas, anécdotas de otros años y un largo etcétera. La conversación no se interrumpió en ningún momento, era amena, no como lo que sucedía cuando iba a casa de sus padres, que le hacían el tercer grado y, no solo eso, le preguntaban por Howie, al que habían conocido de casualidad y su padre le había dicho: «No te fíes de él»; sus palabras habían sido una muy buena premonición. Allí las preguntas no existían, y vio a Flora muy animada, era como si aquella reunión le hubiese quitado años de encima. Entre bocado y bocado, se dio cuenta de que no solo ella había estado sola a pesar de tener un supuesto novio, pues no hacía tanto que había llegado a esa conclusión, sino que Flora parecía haber resurgido. Cuando recogían antes de los postres, se lo comentó a Lilian:

—Flora está muy contenta, nunca la vi sonreír tanto.

—Sí, le gusta tener la casa llena de gente —le comentó su casera.

—Está sola —musitó como si no quisiera que nadie más la escuchara.

—Pero no le importa, lleva décadas, y sí, es muy buena anfitriona. —A esas palabras de Lilian, Imogen asintió.

Los postres llegaron a la mesa, Kendall había horneado una tarta de zanahoria, y por su parte Flora había hecho un *pudding*, que

explicó que fue hecho con magia.

—Tiene los ingredientes básicos de un *pudding*, pero lleva canela, para la protección y el amor; cardamomo, mucha gente lo utiliza para revitalizar el deseo sexual, pero lo he empleado con usos románticos que revitalicen el amor y, sobre todo, ese que está escondido —lo dijo mirando a Shannon y Logan, lo que le hizo gracia a Imogen.

—Cuidado, porque a lo mejor esta noche algunos no dormiremos —bromeó Mark.

—También le eché clavo, para la protección contra las fuerzas negativas y para aumentar riquezas; nuez moscada, atracción de dinero; y pimienta, que atrae la fuerza en todos los sentidos. —Extendió los brazos—. Por favor, probadlo.

Tras una sobremesa larga, en la que algunos repitieron los postres acompañados de algunos licores, Jared e Imogen decidieron en esa noche apacible, que resultaba difícil creerlo tras las continuadas lluvias y tormentas, pasear por la explanada en la que se levantaba el cenador y aprovecharon la intimidad que les concedía esa parte del pueblo al estar todo el mundo recogido en casa celebrando Acción de Gracias. Ella se perdió en la oscura superficie del Hudson, donde quedaba atrapada la luz de las farolas y lo que conseguía era que se viera en algunas zonas muy puntuales, pero en sí, no distinguía nada: ni el cielo ni los árboles; incluso las rocas que separaban esa parte del pueblo del agua. El río se mecía y se bamboleaba invisible, sin hacer ruido, Imogen inhalaba la humedad del aire, observaba la neblina, cual aliento del Hudson que soltaba en un largo suspiro y que se movía despacio.

El río se sentía como si fuese un ser vivo.

—¿Qué tal lo pasaste? —le preguntó Jared apoyado en la baranda.

—Muy bien, Flora es una gran anfitriona.

—Sí, y es de las pocas personas que conozco dispuestas siempre a ayudar.

—Una cosa, ¿qué juego hay entre Shannon y Logan? —Quiso saber.

—¿Por qué lo dices? —Se hacía un poco el loquillo.

—La manera en la que ella lo bromeaba no era algo puntual, me pareció que venía de lejos.

—Te has dado cuenta —suspiró.

—Sí, es evidente que hay algo entre ellos.

—Haber lo que se dice haber, no hay nada, que tontean y se gustan, sí, es cierto.

—¡Lo sabía! —exclamó ella—. No sé si te fijaste, pero él la miraba así, con disimulo, aunque no podía evitar que sus ojos se posasen en ella.

—No se te escapa nada, y eso que no parabas de mirar a tu alrededor.

—Son muy evidentes, creo que son una pareja en ciernes. Lo que pasa es que necesitan un empujoncito para que se unan.

—Eres toda una estratega del amor.

—No —negó también con la cabeza—. Y con respecto a la casa de Flora, es que me sorprendió —reconoció.

—¿Por?

—Me la esperaba de otro modo, no sé, pensaba que tendría más objetos esotéricos. —Se encogió de hombros.

—Eso es en Halloween. —Esa respuesta hizo que Imogen separase la vista del río.

—¿Habías estado antes?

—Algunas veces, también recurre a mí cuando se le estropea algo. —Se irguió para mirarla.

—Es verdad, se me había olvidado que eres un fontanero sexy, un

buen dilatador de tuberías, y que las cañerías no se te resisten. —En unas horas, Jared le había arreglado el grifo de la cocina.

—Exactamente. —Se rio él por la nariz.

—Pues hasta el año que viene no podré ver su casa —suspiró Imogen.

—Mog, ¿dónde vas a pasar la Navidad? —Le formuló la pregunta un tanto nervioso, golpeteaba los dedos sobre la barandilla.

—Aquí, en Cold Spring, vienen mis padres, ya te lo dije.

—Vale, en ese caso, tus padres y tú vendréis a mi casa.

—¿Cómo?

—Eso, que vendréis a mi casa, y antes de que digas nada —le puso cuatro dedos sobre la boca—, es más grande, hay más espacio y los podré atender, porque tengo unas semanas libres que me obligan a coger. Mientras que tú trabajas en la cafetería, estaré con ellos.

Ella le cogió la mano.

—Lo tienes todo pensado.

—Sí, se me ocurrió mientras que Logan y yo preparábamos el pavo, así tampoco lo dejo solo. —Le mostró que había pensado en todo.

—Me parece bien. —Su casa era más pequeña que la de él y sabía que a su padre le gustaría la finca donde se levantaba el hogar de Jared—. Podemos incluir a Flora, si ella está de acuerdo.

—Claro, a todos los que quieran, sin problema.

—Del grupo de hoy habrá algunos, creo. —Sopesó lo que sabía.

—¿Sabes? —Tiró de ella para pegarla a su cuerpo—. Hace mucho que no planeo unas navidades, porque desde hace años todas me parecen iguales.

—Lo entiendo. —Era comprensible al haber perdido a su familia—. Pero de tus palabras se desprende que algo ha cambiado. —Le

rodeó el cuello con los brazos.

—Para mí siempre fueron unas fechas demasiado melancólicas, y tú, este año, me invitas a querer celebrarlo todo, a no querer perderme nada de lo que me pueda ofrecer la vida.

—Y yo quiero vivirlas contigo. —Él se detuvo un momento para saborear su entrañable expresión bajo la luz de las farolas, inclinó la cabeza, y ella, luego, lo besó profundamente, entrelazando sus dedos en su cabello y presionando su cuerpo contra el suyo—. Quiero descubrir los secretos de la vida a tu lado. —De pronto, un copo de nieve se desprendió del cielo—. ¡Está nevando! —exclamó Imogen emocionada—. Esto tiene que ser una buena señal.

—El cielo me da la razón: tú has conseguido que mi corazón ría y salte de felicidad. —Le acarició la nariz con la punta de la suya—. Te quiero, Imogen.

—Y yo a ti.

Capítulo 35

La temporada navideña viene con sorpresas

Después de Acción de Gracias, la cafetería-librería entró de lleno en la temporada de Navidad: en la cafetería, las chicas fueron introduciendo nuevos cafés con sabor a Navidad y nuevos postres, así como infusiones. Lo mejor fue que, haciendo una limpieza, encontraron una antigua libreta que creían que el anterior propietario se había olvidado, pero cuando le preguntaron les dio un «no» rotundo. Revisándola, resultó ser un libro de recetas antiguo en el que alguien había escrito mezclas de bizcochos y de bebidas calientes de varias épocas del año; sin pensarlo, lo primero que probaron fue una combinación de café con especias típicas navideñas y el resultado fue asombroso.

—¡Qué rico! —exclamó Tony asombrada, mirando la taza en la que se lo había servido Imogen.

Las chicas habían reunido su grupo de confianza, junto con sus parejas, para que lo degustasen; y antes de ponerlo a la venta al público, así, en *petit comité*, iban a ver las reacciones.

—Ya tengo otro café favorito —dijo Shannon—. Os superáis con cada temporada.

—Me gusta, pero quizá con un poco menos de azúcar —dio su opinión Jared—. No digo que me hagáis caso, porque lo pediré.

—Kendall —le dio un suave codazo Imogen—, apunta la versión de Jared. —Le guiñó un ojo a su novio.

—A mí me gusta así. —Mark le dio otro sorbo—. Claro que para gustos, los colores.

—Ni caso, muchachas, esto está riquísimo —las elogió Flora.

—Pienso lo mismo —la secundó Teresa.

—Es más, ¿qué sería de nosotros sin un poco de exceso? —Lilian las señaló con el dedo apuntador—. Para los más golosos, les podéis poner unas bolitas de nata.

—Esto va a ser un éxito. —Flora volvió a aplaudir esa nueva propuesta en la cafetería.

—Y si lo dice la bruja de Cold Spring, es cierto —asintió Lilian.

Flora, como siempre, no se equivocó.

Mucha gente dejó de lado lo otoñal para comenzar a saborear los cafés y, sobre todo, los postres de Navidad que Lisa les había dado. Todo ese cambio llegó acompañado con alguna que otra tormenta de nieve, que a esas alturas del año no eran muy frecuentes y que tintaban de blanco las onduladas colinas del valle del Hudson. Una imagen de postal que convertía al pueblo en un lugar idílico para inmortalizarlo en una foto o en un lienzo. Aun así, el frío y la humedad cada vez se hacían más difíciles de combatir, por eso mucha gente se refugiaba en el calorcito de la cafetería y en la librería.

Ahí la mano de Imogen se notó mucho más. Las estanterías se llenaron de ediciones especiales de libros típicos de las fechas, de sus clásicos y de novelas contemporáneas que se desarrollaban en

las fiestas, cuyas portadas también tenían un lugar preferente en la librería, que la iba adornado poco a poco cuando tenía algo de tiempo libre que le dejaba la cafetería.

El negocio iba mejor que nunca.

Una mañana en la que el viento golpeaba con furia Cold Spring y el cielo oscuro amenazaba con desplomarse sobre él, llevaron a una persona de la cual Imogen se había olvidado.

—Buenos días —saludó entrando y cerrando con fuerza contra el viento.

Ella se quedó de piedra, ya que no esperaba aquella aparición de su jefe máximo de la editorial. Su presencia la puso nerviosa, el corazón comenzó a latirle con fuerza y tuvo que cerrar las manos en puños para mantener la compostura; aun así, la enfureció que volviera por la cafetería, pues no podía llevar nada bueno, o eso se le pasó por la cabeza.

—Vaya, ha vuelto —soltó incapaz de controlarse. Por los nervios, se lavó las manos en el grifo escondido en la barra y se las secó en un paño que se colocó de mala gana sobre un hombro.

—Sí, vengo a ofrecerte una propuesta —dijo él como el empresario que era.

—No me gusta —susurró Kendall apareciendo a su lado.

—Ni a mí.

—Todavía no he dicho nada —se defendió él de las dos.

—Me hago una ligera idea de lo que va a decir. —A Imogen, lo que se le pasaba por la cabeza era que le iba a ofrecer algún tipo de trabajo dentro de la editorial, no sabía cuál, a lo mejor Flora, que estaba sentada en una mesa junto con Lilian, Wendy, Mark, Jared y Teresa, se lo podía imaginar.

El hombre se ubicó en uno de los taburetes que había delante de la barra.

—Me he informado sobre tu despido y sobre todo lo que me contasteis la vez anterior que estuve aquí. Ante todo, quería disculparme en nombre de la editorial, viniste con unos referentes muy buenos y me consta que durante los años que has estado trabajando para nosotros has encontrado a grandes figuras de la literatura.

—Gracias. —Apreció sus palabras, pues a lo largo del tiempo nadie se lo había dicho antes.

—Os hice caso y me puse en contacto con Mike, como me recomendasteis, y él tuvo a bien mostrarme las imágenes que delataban lo que hacía la editora, cuando su deber era trabajar, no hacer gimnasia. —Hizo con los dedos la señal de comillas—. Se las mostré...

—Espero que no diera mi nombre ni el de Mike. —Imogen dio un paso al frente, aquello no le gustaba un pelo—. Porque si es así, ha cometido un error, ¡no parará hasta encontrarme! —Los nervios hablaron por Imogen, conocía muy bien a esa mujer, era capaz de todo.

—Tranquila, por favor, no hemos dado nombres, nos centramos en las imágenes, y porque revisando los despidos anteriores a ti, sin que ella lo supiera, todas las personas, incluida tú, fuisteis echados de modo improcedente. —Esa confesión no se la esperaba Imogen.

—¿Hubo más? —No daba crédito.

—Lo dicho, una perraca —soltó Kendall a su lado, utilizando el mismo adjetivo para referirse a la exjefa de Imogen.

—¿Quiere que le dé las gracias por esta información? —Imogen lo dijo antes de pensarlo.

—No. —El hombre juntó las cejas en el centro del ceño y su boca casi dibujaba una sonrisa, lo que le repateó un poco el culo a Imogen—. No —repitió—, lo que quiero, lo me gustaría es que

regreses a la editorial.

—¿Perdón? —Agitó la cabeza desconcertada.

—Hemos despedido a la editora y vengo a ofrecerte su puesto, porque sé y me ha quedado claro que tienes muy buen olfato para encontrar a los número 1.

Imogen bajó la vista y cerró los ojos con la mandíbula apretada, e inspiró tan fuerte que las aletas se le hundieron hacia dentro. Aquello debía ser una broma pesada, o esa gente había tomado demasiado azúcar que la cabeza les iba muy mal, no, lo siguiente, pero lo que no sabían era que a ella no le hacía ninguna gracia aquella propuesta que parecía salida del mismo averno y que por nada del mundo la iba a aceptar, así lo dejó claro:

—Hay que echarle huevos al asunto, ¿es que pensáis que voy a regresar?

—Sí. —El hombre fue contundente en su afirmación.

—Pues no —ella también fue tajante—, no pienso volver a donde me echaron, trabajaba con la gente que sabía todo el tinglado y no me advirtieron de nada para ahora tener que enfrentarme a su peloteo constante. Tengo principios y no voy a caer en ese juego, me niego y es más, aquí, en Cold Spring, tengo lo que necesito y trabajo con libertad.

—Bueno, te doy una semana para pensarlo.

—Ni bueno ni malo, mi decisión está tomada y no va a cambiar por mucho tiempo que me dé. Mi trabajo está aquí, y la relación que puedo tener con la editorial es que, si queréis hacer alguna presentación lo podemos montar en la cafetería; ahora, regresar a Nueva York y trabajar de nuevo allí, ni de coña. —Se cruzó de brazos, pellizcándose.

—Lo tienes muy claro. —El hombre la estudiaba con detenimiento.

—Nunca he estado tan segura de nada como ahora mismo,

porque he montado una vida y no pienso echarla a perder para regresar a un sitio en el que estaría muy incómoda. No es como quiero trabajar.

—De acuerdo. —Dio unos golpecitos en la barra y se bajó del taburete—. Mi propuesta estará encima de la mesa siempre. Eres una gran editora.

—Gracias. —Inclinó la cabeza a modo de agradecimiento.

—Nos veremos cuando esté por Cold Spring. Adiós. —Levantó la mano, se dirigió a la puerta y se perdió con el viento.

Nada más desaparecer, Imogen hundió los hombros, pues todo ese rato había estado con el cuerpo en tensión, y soltó el aire que había quedado atrapado en sus pulmones. Las cuatro mujeres se pusieron en pie y la aplaudieron.

—¡Muy bien! —exclamó Lilian.

—Muy bien dicho, muchacha, una mujer que no se deja pisotear, ¡los tienes bien puestos! —La felicitó Wendy.

—Estaba segura de que te quedarías. —Flora estaba orgullosa y eso sí que la relajó.

Kendall la abrazó de lo ilusionada que estaba.

Por su parte, Jared, que había estado en silencio todo ese tiempo, se levantó de la mesa para acercarse a ellas.

—¿Estás segura de tu decisión? —Parecía indeciso.

—Sí, no pienso irme, sé que no me voy a arrepentir de lo que dije ni de haberle hecho caso a Kendall de venir a Cold Spring, que me ha ofrecido un hogar, una segunda oportunidad y me regaló un amor. —Salió de detrás de la barra y fue a junto de él—. ¿Piensas que me voy a ir, que te voy a dejar por un puesto de trabajo? No —respondió ella—, no porque no lo quiero.

—¿No vas a pensarlo? —insistió él.

—No tengo nada que pensar —repitió ella—. Jared Read, no me

voy a ir a ningún lado. Te quiero y mi lugar está aquí, no pinto nada en la gran ciudad.

—Es que no quiero que te arrepientas.

—Jared, eso no va a ocurrir, he pensado con el corazón y eso es lo que me ha dictado. —Lo besó para despejarle cualquier duda.

Todos estaban emocionados por su decisión, Kendall los invito a otra consumición, estaba que saltaba en un pie. Cuando se separó de él, Imogen habló con Flora.

—Gracias por tu consejo. —Le dio un abrazo.

—Ya veremos si estaba en lo cierto —soltó la bruja.

—Siempre has acertado, aunque alguna vez me costase reconocerlo.

Las dos se rieron.

Capítulo 36

Cuando el corazón se ciega

Imogen, con el paso de los días, no tuvo ningún tipo de remordimiento al decir un «no» tan rotundo a ese hombre que parecía que quería ponerla de nuevo en la casilla de salida con el ofrecimiento de un antiguo trabajo que a ella ya no le interesaba. Hubo un tiempo en el que le hubiese encantado, pero todo en su vida se había transformado, pues no veía más allá de Cold Spring y no estaba dispuesta a perder lo que había conseguido. Estaba feliz con su decisión, se sentía liberada como si hubiera soltado la última parte de una larga cadena que la unía a la ciudad y por tanto a la editorial. Ella misma notaba que el buen humor la acompañaba, su sonrisa era imposible de borrarla, y así se lo mostraba a todos, incluido a Jared.

—Me alegro de verte tan contenta —le dijo una tarde Flora.

—En parte es por ti, gracias por darme aquel consejo de hablar con el corazón. —Cada vez que podía se lo agradecía, mil y una veces.

—Todavía no me las des. —Flora siempre le contestaba del mismo

modo.

—¿Por?

La bruja nunca respondía a esa cuestión, e Imogen no lo entendía, pero era tal su estado de ánimo tan feliz que no consideraba darle vueltas. Lo más sospechoso después de eso fue que Flora no volvió por la cafetería, y no solo eso, no se dejaba ver, ya que todos decían lo mismo: «No sé nada»; «no la he visto»; «no está en casa». Al principio Imogen creyó que se alejaba porque algo iba a suceder y esos comentarios los hacía la gente para convencerla. Pese a todo, la imagen que la joven tenía de Flora había cambiado y así lo habló con Kendall:

—Empezó siendo la brujilda y ahora es una mujer con sentidos especiales.

—¿No querrás decir «poderes»? —Su amiga quería hacerle ver la realidad.

—Eso de poderes es exagerado, no estamos en la peli *Prácticamente magia*, ¿sabes? —Imogen chasqueó la lengua—. No.

—Yo te diría que casi casi.

—Va de bruja, pero es una entendida en leer la mano.

—Sabe leer las cartas, hace sacos para atraer el amor, puede pronosticar el futuro de un corazón...

—Vale —alzó las manos—, pero bruja, en los tiempos que corren, no sé, es cuando más exagerado.

—Es una persona que pone palabras a eso que nadie más ve.

Imogen parpadeó dos veces en dirección a su amiga, que sacaba la bandeja vacía de uno de los expositores.

—¡Eres la presidente de club de fans! —exclamó.

—No.

—¿Quién lo diría?

—Y tú no la ves como antes.

—Me aconsejó, y la verdad es que le estoy muy agradecida.

La campanita de la puerta interrumpió la conversación entre las dos y anunció la llegada de la última persona a la que Imogen esperaba ver en Cold Spring, Howie. Se le cortó la respiración, durante unos segundos el corazón le dejó de latir, para luego hacerlo de modo desbocado, una extraña ola de calor la sofocó antes de que los nervios la envolviesen en un abrazo punzante, incómodo y que casi la hace vomitar. Pero si notó algo fue que su presencia hizo que la cafetería desapareciera para lanzarla a su antiguo apartamento.

—¿Qué mierda hace aquí? —habló Kendall leyéndole la mente.

Imogen abrió la boca, pero no le salió ni una sola palabra.

—¡Cariño! —le dijo él con un tono exagerado de felicidad. Como Perico por su casa, entró en la barra y la abrazó—. ¡Oh, Dios, cómo te añoré! —Ella no se movió, no le correspondió, sino que dejó los brazos a los lados del cuerpo, él la separó para mirarla—. ¿Cómo no me dijiste que te marchabas?

Volvió a abrazarla y no la soltaba, aunque fue un paso más allá, intentando besarla, lo cual no logró. Para ojos de otro hombre que quedó de piedra con esa escena, sí lo había logrado: Jared.

—¡Oye, para de una maldita vez! —Lo rechazó Imogen más nerviosa que antes, pues en el mismo lugar confluyeron su pasado y ese presente-futuro que era Jared.

Ella solo tenía ojos para un solo hombre, su actual pareja, que se había quedado en la puerta y había palidecido.

—¿Por qué has dejado la ciudad? —Quiso saber Howie. Imogen no le prestaba atención, solo miraba a Jared, cuya expresión pasó del asombro a la frialdad en cuestión de segundos. De pronto, a ese hombre que la observaba con algo similar a la indiferencia, no lo reconocía—. ¿Por qué miras a ese pueblerino? —Howie se giró hacia él—. ¿Puedo hablar con mi novia? —Le pidió.

Jared, sin decir ni hacer nada, ni un simple gesto, se marchó.

Ella, furiosa con todo, clavó sus ojos en Howie, y el primer impulso fue arrancarle la cabeza, pero lo que hizo fue pegarle un empujón tan fuerte que él casi pierde el equilibrio, y salió de la cafetería detrás del guardia forestal.

—¡Jared! —lo llamó bajo la lluvia—. ¡Jared! —Él se metió en el coche sin prestarle atención, y ella dio unos golpecitos nerviosos en la ventanilla.

Él la bajó.

—Déjame, Imogen. —Aquel tono con el que dijo su nombre jamás lo había escuchado. Era frío e impersonal.

—¡No! —soltó ella desesperada—. Déjame explicarte, no hay nada...

—Tus excusas son solo eso, excusas.

—Ese mequetrefe de ahí no me importa.

—¿Crees que a mí sí? —Giró la cabeza hacia el vacío y el dolor que vio en sus ojos la asustó—. Creí que mis besos eran los únicos e importantes para ti, pero solo eran unos más.

Jared cerró la ventanilla y sin permitirle contarle que estaba equivocado, que no era lo que él pensaba, arrancó el coche y se marchó.

Ella se quedó allí parada, bajo la lluvia, viendo cómo Jared se alejaba de ella sin mirar atrás. Unas manos fuertes la cogieron por los hombros.

—Entra. —Oyó la voz de Mark—. Y qué simpático mi amigo, se ha marchado sin mí.

Dolida, frustrada, enfadada, al borde de perder el control, volvió a la cafetería y, sin importar los clientes, entre las que estaban, Lilian, Teresa y Wendy, fue a por Howie como un toro.

—Tu sitio no es ese. —Lo cogió por la mano clavándole las uñas y

lo arrastró fuera de la barra—. Es este. —Giró sobre sus pies—. No eres nadie. —No controló la lengua—. ¿Qué quieres?

—Que vuelvas a Nueva York conmigo, eso es lo que quiero. —Le sonrió.

Imogen se lo quedó mirando sin comprender qué había visto en ese tipo: era bajo, casi chato, con el torso más largo que las piernas, y se fijó en cómo los pantalones le hacían arrugas en los tobillos. No tenía nada de guapo. ¡HABÍA ESTADO CIEGA! Porque hasta la nariz parecía el morro de un gorrino y los dientes eran los de una piraña.

—Jamás —contestó ella.

—Sí, volverás hoy conmigo.

—¡No! —Alzó la voz—. Eres una víbora, Howie.

—He venido a buscarte, porque sé que vas a volver a la editorial...

A partir de ahí, Imogen dejó de escuchar sus tonterías y babosadas para centrarse en lo realmente importante que no era el amor que él pudiera tener por ella o el arrepentimiento de cómo cortó la relación, sino por su nuevo puesto de trabajo.

—¿Te han echado? —soltó ella tan rápido como se le pasó por la cabeza.

—Me han cambiado de puesto y de sello, pero, bueno, eso da igual, sé que vas a regresar conmigo.

—Yo seré la jefa. —Imogen solo quería que él escupiera sus verdaderas intenciones que las olía a lo lejos, pues era el perfume embriagador de la caca de vaca.

—¿Alguna vez lo imaginaste? —Él estaba encantado con esa idea.

—Lo he rechazado. —Le tiró la bomba a la cara.

—¿Qué? —Aquello fue un duro golpe para él.

—Lo que oyes.

—¡¡¡Eres una estúpida!!!

—Un respeto. —Se metió Kendall de por medio.

Howie, sin darse cuenta, provocó con su salida que Mark se acercara más a él y que Lilian, Wendy y Teresa se levantasen de sus asientos.

Él se llevó las manos a la cabeza.

—No me lo puedo creer.

—Créetelo, porque lo hice.

—Imogen, eres la puta jefa —agitó la cabeza—, lo serías —se corrigió—. No doy crédito a la tontera que tienes en esa mente, solo tú podrías cambiar mi situación y eres tan tonta que prefieres quedarte en este cuchitril en mitad de las montañas —todo eso lo dijo con un gesto de asco—. Y me haces esto. ¿Es que no puedes pensar en mí?

—¿Tú lo hiciste conmigo? —le encasquetó.

—¿Qué?

—Tú —lo señaló con el dedo apuntador y, en ese caso, acusador— no te preocupaste en decirme que llevabas una doble vida con la jefa y conmigo, me mentiste en la cara durante años, mientras te beneficiabas a las dos. Cuando me despidieron, en vez de quedarte a mi lado...

—No tenía por qué, no eras nadie, pero lo que no sabía era que me tenías engañado.

—Como tú a mí; en realidad, como todos en la oficina, y si no era nadie, ¿por qué me ibas a importar? Pues lo mismo he hecho yo, pensar en mí, solo en mí, como tú solo te agarrabas a la que tenías entre las piernas de la jefa.

—¿Cómo lo sabes?

—Los grandes jefes te han visto haciéndolo en la oficina.

—Mientes.

—No, no miento, Kendall lo ha oído como el resto. —Señaló a sus espaldas.

Él, al girarse, se vio rodeado.

—¿Cómo es posible? —musitó con la voz estrangulada.

—Hay cámaras en todas las oficinas de la editorial y quedó grabado, por eso a ella la echaron y a ti te enviaron lejos.

—¿Entonces es cierto? —Él estaba asustado.

—Sí, y lo sé por uno de los jefazos que vino a buscarme personalmente.

—Tú no eres tan vengativa —le dijo.

—No, no te confundas, cada uno tiene que pagar por sus actos, y ahora te toca a ti por lo que me hiciste a mí como a muchas otras antes que yo. —Sin tomar aire, continuó—: Si rechacé el trabajo fue porque tengo uno mejor.

—No entiendo cómo me acerqué a ti.

—Yo tampoco, pero como solo piensas con el pito, a saber.

—No te queda bien este sitio.

—Vete, Howie —lo invitó señalándole la puerta—, no voy a consentir que nadie perturbe mi tranquilidad en Cold Spring, el lugar que me ha dado más que Nueva York.

—Pueblerina, eso es lo que eres, tenía razón ella, no vales para nada, solo fue suerte lo que tuviste al encontrar algunos *best sellers* —lo soltó con rabia y desprecio—, por eso te quería echar, ahora la entiendo.

—Lo que yo veo es a un hombre desesperado por recuperar lo que tenía en el pasado sin comprender que está observado y que cuando cometa un error se desharán de él sin contemplaciones. Tú sí que eres igual a ella, un trepa que está dispuesto a todo por conseguir más, y te lo digo desde ya: da gracias que no acepté, porque te pondría como el chico de los recados. Ahora, ¡¡¡FUERA!!! —Alzó el brazo en dirección a la salida.

—Eres ruin —dijo él con los ojos muy abiertos.

—¿Qué le vamos a hacer?

—Vamos. —Mark lo cogió por el cuello de la gabardina y lo empujó hacia la puerta—. Fuera. —Lo lanzó a la calle.

Cuando vio que desaparecía, el cuerpo de Imogen comenzó a temblar como una hoja y todas la rodearon dándole ánimos, la acompañaron a sentarse, mientras Kendall le preparaba una infusión. Los ojos se le anegaron de lágrimas, que comenzaron a desprenderse de sus ojos y le quemaban la piel a su paso, no por Howie ni por el trabajo, sino porque en mitad de aquella tormenta había perdido su corazón.

—¿Y Jared? —preguntó Lilian.

—Se fue —al confesarlo en voz alta, un pinchazo le cubrió el pecho y se vio obligada a encogerse, con la mala pata de que dio con la frente en la mesa.

—Y se olvidó de mí —apostilló Mark—. ¡Hay que joderse!

El dolor como el golpe le vinieron bien para comprender mejor la realidad: el choque entre el pasado y el presente la habían cogido a ella en medio y la aplastaron. Había perdido lo mejor que le había regalado la vida, ese hombre que le hizo recordar lo que era amar de verdad y la felicidad que todo ello reportaba.

A veces la vida te arroja a los brazos de un dolor desbordado tan difícil de soportar que te despoja del alma.

Capítulo 37

A veces las cosas no son como las vemos

Jared estaba destrozado por dentro y por fuera, no era el hombre que había sido una semana atrás. Apenas comía, no descansaba nada, respiraba porque era algo que las personas hacían sin pensar, porque también hubiese dejado de hacerlo. Su mente no paraba de presentarle esa escena en la que Imogen, la mujer que había cambiado su mundo, que lo hacía querer más o tirarse a la piscina sin saber si estaba medio llena o llena completa, con la que estaba dispuesto a celebrar unas fiestas que a él, en mayor medida, le originaban dolor al añorar el doble a las personas que no estaban, se había besado con otro en plena cafetería. ¿Cómo pudo haber sido tan imbécil?, ¿por qué volvió a confiar en una mujer? ¿Es que no había tenido suficiente en el pasado?

No. Esa era la corta respuesta a todas ellas. No, ya que Imogen era distinta o eso había creído hasta ese fatídico día en el que ella cogió su corazón, lo estrujó y lo tiró al fondo del río. Por ello mismo, cuando iba a la cafetería, pasaba de ella, la obviaba, hacía como si

no existiera, no le hablaba, no le importaba lo más mínimo si estaba o no, si la veía o no, pero sí sabía que estaba cerca, aún se paraba a mirarla.

El amor es una putada, pero más putada es intentar sacar a una persona de la cabeza y no lograrlo.

Pasados los días, continuaba mirándola, observándola de lejos, porque su corazón solo quería saber si estaba bien, si tenía algún problema, no podía arrancarla de su vida, no era tan fácil, seguir enamorado de ella por muy hecho mierda que estuviera, continuaba queriéndola, ¿era normal? Sí, y dentro de él, dos fuerzas contrapuestas luchaban por ganar: el amor y el odio. En las noches largas, casi infinitas, en la oscuridad que no tenía fin, la odiaba por no dejarle conciliar el sueño, era cerrar los ojos y lo volvía a revivir todo en plan masoca, lo cual lo hostigaba. Durante el día, que pasaba más o menos rápido, evitaba ir a la cafetería, aunque cuando lo hacía, todas sus emociones confluían como la desembocadura de un río y arrastraban a su alma a esos confines del amor donde los problemas no existían: «Te cogería del brazo, te acorralaría contra la pared y te besaría hasta que nuestros labios doliesen».

Jared agitó la cabeza ante ese pensamiento que lo frenó en su trabajo, porque todo eso hacía que su corazón llorase lágrimas de sangre, pues cualquier pensamiento referente a Imogen era una quimera, sabía muy bien que no iba a pasar y eso dolía más.

Días atrás, antes de que sucediera nada, por vez primera se había atrevido a abrir el estudio que había sido de su padre y que habían convertido en una especie de sala de estar o biblioteca, con las paredes forradas de madera donde había estanterías para libros, figuras y otros objetos que su madre fue poniendo. Era una habitación muy acogedora, sobre todo una vez que se encendía la gran chimenea y su calor se apreciaba en el ambiente. Contaba con

tres ventanales, el del medio hacía como una especie de tríptico que comenzó a remodelar para convertirlo en un rincón de lectura especial para Imogen.

Si había roto con ella, ¿por qué trabajaba afanosamente en terminarlo?

Quizá porque quien está enamorado de verdad no tiene disfraces y en él vive la llama de la esperanza del que no da todo por perdido. Aunque lo pareciese.

Desde aquella enorme ventana podía contemplar el jardín trasero que, debido a la posición de la casa en donde estaba construida, permitía ver el serpentear del río Hudson, además de poder observar cómo las estaciones del año iban cambiando esa parte del terreno en el que tenía pensado plantar flores; debajo estaba construyendo un cajón para guardar cualquier objeto, libros o lo que fuese. Hacía semanas, Imogen había estado en su casa y su fragancia vibraba todavía en el aire, lo había visualizado y sus manos, con la ayuda de su cerebro, se juntaron para llevarlo a cabo. Estaba convencido de que el resultado sería fantástico.

—¡Hola! —saludó Logan desde la puerta de entrada.

Era su única compañía en esos instantes, junto a Mark, pero como vivía cerca, Logan se encargaba de no dejarlo mucho tiempo solo.

—¡En el estudio! —le indicó.

Levantó la cabeza al oír más pasos, y al girar la cabeza vio que Logan entraba acompañado de Mark.

—Vaya, te has decidido a sacarle el polvo y las polillas a esta habitación —dijo Logan contrariado.

—Esto sí es un buen avance —asintió Mark.

Sí, las ventanas estaban abiertas y el frescor del exterior había renovado el olor de aquel cuarto que había permanecido cerrado durante décadas.

—Lo sé —observó su trabajo—, ha llegado el momento de airearla y modificarla para darle un nuevo uso —contó en voz baja.

—¿Disculpa? —Logan dio un paso hacia delante con una ceja enarcada—. ¿Qué has hecho con mi amigo y qué prisas le han entrado?

—¡Joder, no me lo puedo creer! —exclamó Mark pellizcándose el puente de la nariz.

—¿Qué? —Logan no supo leer la mente.

—Imogen. —Los ojos azules de Mark cayeron como dos iceberg en Jared—. ¿Me equivoco?

—¿Es para ella? —Logan tampoco daba crédito.

Jared dio la callada por respuesta.

—Habla con ella, Jared —le volvió a insistir a Mark.

—No tengo nada que hablar. —Se fijó en que sus amigos compartían una mirada llena de intenciones que él no supo desentrañar ni interpretar.

—Deja eso y tomemos unas cervezas. —Logan levantó el *pack*.

Jared dejó lo que estaba haciendo y se levantó para ir a la mesa que había al otro lado de esa habitación donde él y su padre jugaban al ajedrez o a otros juegos de mesa. En silencio, Logan repartió las bebidas y los tres tomaron asiento.

—¿Cómo estás? —Se interesó Mark.

—Bien —contestó de forma rápida a la vez que abría la lata.

—Sí, ya, miénteles a otros, no a nosotros —protestó Logan—. No nos engañes, ¿quieres?

—En el fondo, nunca te vi tan jodido —apuntó Mark.

—Vamos a ver, lo sabéis, notáis como estoy, ¿para qué preguntáis? —A Jared se le estaba cambiando el humor.

—Habla con ella —le aconsejó Mark.

Jared parpadeó varias veces en dirección a sus amigos, esos dos

sí que estaban distintos.

—¿Es que sois consejeros del amor? —bromeó sin gracia, porque aquello no le gustaba un pelo.

—Vaya, no te lo habíamos contado, vamos a montar un chiringuito, así nos quitamos unos cuántos dólares más —le siguió la coña Logan.

—Muy simpáticos, sí. —Jared pegó un largo trago a la cerveza que estaba fría y le sentó bien.

—No —negó Mark, que jugaba con la chapa de la lata—, pero venimos con un recadito.

—¿De quién? —preguntó Jared con curiosidad.

—Lilian, Kendall, Wendy y Teresa. —Logan le sonrió—. Mujeres que esperan algo de ti.

—Nadie tiene que esperar nada —los amonestó.

—Todas ellas te conocen y quieren lo mejor para ti. —Ante esas palabras de Mark, Jared no pudo decir nada por mucho que le molestase.

—¿Qué quieren? —Estaba deseando que terminasen con esa tontería.

—Contarte una cosita que creo que no sabes —dijo Mark.

—¿El qué? —volvió a preguntarles, mientras ahogaba sus protestas en cerveza.

—Imogen no besó al tipo que apareció en la cafetería. —Logan levantó la mano—. No, déjanos hablar, luego será tu turno. Verás, lo que ellas presenciaron fue esto: él apareció como un elefante en una cacharrería, y, sí, la cogió para besarla justo en el momento que tú entraste, pero ella ya se había separado de él.

—¡No mintáis! —vociferó Jared cabreado—. Sé lo que vi.

—Pues necesitas gafas con urgencia —se cachondeó Logan, que ocultó su sonrisa en la lata al beber.

—Resulta que nuestra gran amiga Teresa ha hecho algo que te desmiente, y es más, ni siquiera Imogen sabía que existía —le explicó con cierto misterio a su amigo, que estaba desconcertado frente a él.

—Quítalo —le ordenó Logan a Mark.

Mark, por su parte, sacó del bolsillo del vaquero el móvil y comenzó a buscar algo. Cuando aparecieron en la pantalla, dejó el teléfono sobre la mesa. Jared estiró el cuello.

—Puedes cogerlo, no muerde ni escupe veneno —Mark también lo bromeó.

Jared así lo hizo y comprobó que había sacado unas fotos a las estanterías de cristal que había detrás de la barra, había unas tres instantáneas de lo mismo.

—Esto son unas estanterías —apostilló molesto.

—Sí, porque estaba tomando unas fotos para mostrarles a las chicas la posible decoración que podían poner por Navidad —expuso Logan—, pero hay más.

Jared pasó esa imagen y las siguientes eran del momento en que el hombre apareció y en ninguna de ellas había el beso que él vio. Las pasó una y otra vez, él sabía que había un beso, pero en las fotos de Teresa se mostraba cómo Imogen le había hecho la cobra. Aquel tipo sí tenía intenciones de besarla, en cambio, Imogen, no; era más, la foto mostraba a una chica asustada, con unos ojos que se adelantaban a un enfado, aunque había otra emoción, quizá asco, no lo supo interpretar.

—¿Te fijas que no hay beso? —le preguntó Mark.

—Habrá borrado la foto. —Nada más decirlo supo lo equivocado que estaba.

Tanto Lilian, Teresa como Wendy no eran ese tipo de personas, eran tres mujeres que con él siempre se portaron bien, nunca le

escondieron nada, al contrario, lo defendían cuando era necesario, al igual que Flora, de la que nadie sabía a dónde había ido, pero también tenían la potestad de pararle los pies si era necesario y lo estaban haciendo a través de Mark y Logan.

—¡¿Tú te estás escuchando?! —La expresión de Logan ya era de pocos amigos. Jared no se defendió—. ¿Es que crees que hay un complot para engañarte?

—Tío, estas señoras te adoran, y es más, si a ellas no les crees, confía en la palabra de Kendall, que, por si no te acuerdas, estaba al lado de Imogen, e incluso yo, que estaba en la cafetería y me dejaste plantado como a una seta.

—No me lo vas a perdonar nunca —susurró Jared.

—De momento te lo recordaré siempre —le contestó Mark—. A lo que iba, yo también vi lo que pasó y no lo besó. Es más, puedo afirmar que la obligaba a besarlo, pero al final no lo hizo.

Ya eran demasiadas pruebas en su contra. Mark se lo había dicho mucho antes, el mismo día que sucedió todo, y no, no lo creyó, aunque todo, en cuestión de semanas, se volvió en su contra porque todos le demostraban su error, le mostraban que había juzgado a Imogen, el amor que le profesaba a él por algo que no había sucedido.

—Jared, no me jodas ni seas cabezota, porque le estás haciendo un rincón de lectura. —Logan señaló lo que estaba haciendo.

—No se besaron —repitió consternado y cabreado consigo mismo.

—Tío, lo que viste o lo que pensabas que había sucedido solo ocurrió en tu mente, porque la realidad es otra.

A lo largo de su vida, Jared se había equivocado muchas veces, había cometido errores; sin embargo, ninguno lo hizo sentirse tan ruin ni tan vil como en esa ocasión. Todo había sido una equivocación, había sufrido, pasaba las noches sin dormir por algo

que nunca existió, pero lo peor era que estaba haciendo que Imogen se angustiara cuando le había prometido que no lo haría.

—Joder. —Cerró los ojos y se tapó la cara con las manos con la clara intención de querer desaparecer, se avergonzaba de sí mismo por comportarse como un adolescente caprichoso.

—Está recapacitando —señaló Mark a Logan.

—Y bueno, ahora que sabes la verdad, ¿cuándo dijiste que os casabais? —Aquella pregunta consiguió que Jared levantase la cabeza y no la escondiese como un avestruz.

—Después de ti —le soltó con ironía.

—Bueno —Mark se estiró en la silla—, parece que el amor ha regresado a esta casa.

—¡Cotillas!

—Somos tus amigos...

—¿Por qué he metido la pata con ella? —Jared formuló esa pregunta más para sí mismo que para ellos.

—A veces, con la mente ofuscada y ciega por el cabreo, vemos lo que creemos que pasa sin dar opción a que salga la verdad —le comentó Mark.

—En nuestras manos está arreglarlo —añadió Logan— y puedes hacerlo antes de que sea tarde.

—¿Imogen sabe esto? —Se interesó.

—Sí, y nos contó Lilian que cuando lo hablaron rompió a llorar. —Mark respiró hondo y se puso recto en la silla—. Esa chica está sufriendo, nunca la vi tan triste desde que llegó, no parece la misma mujer y solo tú puedes arreglar este desaguisado, porque el que se equivocó fuiste tú, no ella.

—Le debes una disculpa.

A veces, los hechos, la verdad y la vida obligan a uno a salir del confort de ser un espectador para tomar el papel de protagonista

antes de perder el corazón.

—Tengo que hablar con Imogen. —Un temor se asentó en el espacio que separaba su mente de su corazón, ¿cómo se podía acercar a ella? ¿Con qué cara le pedía disculpas cuando la trató de un modo tan frío?

¿Cómo decir «te quiero» a una persona a la que acusó de un beso falso?

Capítulo 38

Encontrada. Un beso bajo el muérdago

Los días fueron pasando y se convirtieron en las dos semanas más horribles que había vivido Imogen, pues no tenían punto de comparación a cuando su jefa la había despedido bajo amenazas. Eran dolores diferentes separados por un abismo, ya que en esos días sin Jared se percató de que en el fondo no estaba tan enamorada de Howie, con quien había confundido muchas cosas. Sí le había fastidiado la ruptura y luego verlo con otra también la había dejado jodida, pues comprobó que era el típico que iba de capullo en capullo y tiro porque me toca. Un picaflor sin sentido que lo que buscaba era engrandecerse en el trabajo, ni más ni menos.

Pero lo que sentía por Jared no se borraba de un plumazo, cuando quería olvidarlo y centrarse en lo que tenía que hacer en la librería, no podía, porque lo que la ataba a él era amor del bueno, algo tan antiguo y salvaje como el mismo sentimiento de enamorarse.

Era una gran putada intentar sacar a alguien de la cabeza y que se pegase al cerebro como una lapa. ¡NO PODÍA! Imposible.

A veces solo necesitamos de un poco de música y trabajo para

volver a ser nosotras mismas y mandar a la mierda los malos sentimientos.

Eso mismo fue a lo que se agarró, sobre todo en decorar la cafetería y la librería para la Navidad. Gracias a la ayuda de Lilian, Wendy, Teresa, Shannon y Tony pudieron colgar guirnaldas, el muérdago, en las ventanas pusieron casitas de jengibre de porcelana, muy similares a las que Kendall había preparado y ubicado en los expositores de pasteles. Arrimados a la escalera de la librería colocaron dos cascanueces, situaron renos, pegatinas de copos en las ventanas junto con unas bolas que colgaban con un diseño distinto cada una o un objeto en el interior. Añadieron un buzón donde los niños podrían dejar sus cartas a Santa Claus, aquello sí que le gustaba a Imogen, ver la felicidad y los nervios de los más pequeños ante la perspectiva de que ese señor gordito y de barba espesa y blanca les fuera a regalar lo que querían. La inocencia era lo que más le gustaba, pues los niños vivían sin las preocupaciones de los adultos, lo que convertía a la Navidad en la fecha más especial de todo el año.

No obstante, ella tenía una niña como mejor amiga, Kendall perdió la cabeza por un columpio con dos Santa Claus a cada lado y cuando uno se sentaba cantaban:

—¡JO, JO, JO, feliz Navidad!

Fue la gran atracción de niños y mayores, que incluso se sacaban fotos, selfis o vídeos en el dichoso banco. Imogen, cual Grinch, resoplaba. Lo peor no era eso, lo que la convertía en la mujer de verde era ver a Jared Read hablar con todas las chicas de la cafetería, cuando antes no lo hacía, mientras ella se tenía que conformar con que le hiciera el vacío. Era verdad, había que ser sinceros, que de vez en cuando notaba sus ojos verdes, de los que no se había olvidado, posados en ella, en alguna ocasión lo había

cazado mirándola. Él, por su parte, apartaba la mirada, aunque hubo un día que no la separó y ella sintió aquel hormigueo en la barriga, característico de cuando estaban juntos, y sabía que la desnudaba sin que nadie lo supiera.

Pero solo fue una vez.

Eso la enfadaba, como el hecho de que él casi tontease con todas, incluidas Lilian, Teresa y Wendy, a las que les hacía las delicias, mostrándose servicial, y ella..., la Grinch de Cold Spring a la que él ignoraba de modo consciente.

En mitad de todo eso, Kendall tuvo otra gran idea: hacer una fiesta antes de Navidad. Imogen no quería asistir, ¿para qué?, ¿para ver los coqueteos absurdos de un hombre aburrido? Pasaba, pero como le dijo Kendall:

—Eres tan dueña como yo del local, somos socias y tienes que venir. —Tenía razón, además, habría gente que la echaría en falta, aunque quien debería seguro que estaba más tranquilo—. Y a lo mejor tu deseo se cumple antes de Navidad.

—No tengo ningún deseo de Navidad.

—Mentirosa. —Se rio por lo bajo Kendall.

¡Claro que lo tenía! Recuperar a Jared y contarle que todo había sido una equivocación, que no había pasado nada con Howie como él lo había creído. A todo ello se le unía que Flora no había regresado de donde estuviera escondida o a saber. Imogen no estaba enfadada con ella, no le gritaría ni nada por el estilo, por mucho que le resultase extraño que su desaparición coincidiera con la llegada de Howie.

Fuera de la cafetería, observando la lengua de vapor blanco que desprendía su taza de vino caliente, que había llevado Lilian, recordaba todo lo que había sucedido en esas semanas en las que tenía que apartar a Jared a un rincón oscuro de su mente. Además,

le quedó claro que cuando la vida te sonreía por un lado, por el otro obligaba a hacer puenting ventana.

En esa noche despejada, buscó la luna que estaba entre el monte Taurus y el Breakneck Ridge, el aire se le atrapó en los pulmones, pues el astro nocturno era blanco igual que la nieve que se acumulaba en las aceras.

Pegó un sorbo al vino.

—Mierda —se quejó al quemarse la punta de la lengua.

Bufó y sus ojos se perdieron en los billones de luces de Navidad que adornaban la calle principal de Cold Spring, Main Street. Se sentó en el columpio que Kendall y ella compraron por internet por ser tan «mono», y de repente escuchó.

—¡JO, JO, JO! —soltó uno de los dos Santa Claus que había a los lados.

—¡Joder, Santa, menudo susto! —le protestó al muñeco que le sonría contento con su nariz roja, en plan borrachuzo, y en la punta, las gafas pequeñas—. No me mires así —lo amenazó.

—No lo pudo evitar por más tiempo. —La voz de Jared sonó clara a su derecha—. Y solo tengo un deseo.

—Papá Noel no existe, así que no lo defiendas —le encasquetó a Jared.

—Calla, te puede oír un niño —la riñó él.

Imogen miró a la calle hacia arriba y hacia abajo.

—Hay *overbooking*, sí, lo veo, no coge un alma en la calle, oye.

—No sabes quién te pude escuchar —repitió él.

Imogen parpadeó en la semioscuridad a Jared, que sostenía una taza de chocolate con nubes.

—¡Madre mía! Un tío de treinta y siete años que cree en Santa Claus.

—Más o menos, creo en la magia de la Navidad, aunque ya veo

que tú eres el Grinch.

—Puede decirse. —Se encogió de hombros en un gesto de desgana.

—No te creo.

Cuando el pedazo de trasero de Jared, resaltado por uno vaqueros azules que se adherían a él como una segunda piel, se posó en el columpio, los muñecos enloquecieron.

—¡JO, JO, JO, feliz Navidad!

—Es simpático este columpio.

—Lo compró Kendall. —Le echó la culpa a su amiga.

—Pero la decoración interior es tuya.

—Sí, he aportado mi granito de arena, pero la verdad no me apetecía; y es más, les dije a mis padres que no vinieran.

—¿Por qué? —Se interesó Jared.

—No tengo ganas de celebrar nada; de hecho, no tengo motivos para festejar la Navidad. —Se encogió de hombros, él sabía las razones. Algo por encima de su hombro le llamó la atención, y miró hacia dentro y vio a una chica que los observaba con los brazos cruzados y expresión de «no»—. Hay una chica que nos mira con cara de querer arrancarnos la cabeza.

—Da igual.

—No quiero formar parte de «Asesinato antes de Navidad», gracias...

—¿Oíste lo que dije al principio? —la interrumpió con esa frase.

—¿Qué? —Imogen agitó la cabeza para hacerle creer que no sabía de lo que hablaba.

—No puedo evitar mirarte o estar sin ti por más tiempo —confesó Jared—. Te echo de menos.

—Pues lo disimulas muy bien, porque te recuerdo que hasta hace unos días me hacías el vacío o cuando veías que me acercaba a ti

para preguntarte qué querías, a voz en grito se lo decías a Kendall, ¿quién echa de menos a quién? A lo mejor soy idiota...

—No te insultes, por favor. —Su voz estaba tensa.

—Debo de ser idiota porque no me entero de nada. —Pegó otro sorbo al vino todavía humeante—. Me he convertido en una ameba en el amor.

—¿Hay alguna posibilidad de que cuando te mire lo hagas tú también?

—Yo te miro siempre.

Los dos giraron la cabeza al mismo tiempo y los ojos verdes de Jared, que contrastaba con la noche que los rodeaba, brillaron. Imogen dejó de respirar sin ser consciente de lo que hacía, se sentó en el borde del columpio, que arrastró el cojín y casi se resbala. Jared la cogió por el codo para evitar la caída.

—¡Imogen! —exclamó él.

—Imogen ¿qué? —Ella se puso en pie—. Ahora soy Imogen, cuando días atrás no era nadie.

—Siempre fuiste Mog.

—No lo creo.

—Hazlo, porque sé que metí la pata. —Ella frunció el ceño—. Lo que vi solo existió en mi mente y así me lo hicieron ver Logan y Mark. —Imogen quedó alucinada—. No me mires así, me equivoqué, me ofusqué cuando vi que ese hombre se arrimaba ti y te pegaba a su cuerpo como si fuera a besarte. Me cogió desprevenido y solo actué para no sufrir.

—¿Crees que a mí no me afectó? ¿Crees que me hizo gracia tener que aguantar a mi ex, un hombre que solo reapareció para recuperar su puesto de trabajo porque lo pusieron en otro sello? ¿Piensas que ese fue mi mejor escenario mientras que tú cogías el coche y te largabas sin dejarme hablar? —Alzó la mano derecha para

comenzar a contar—. No me cogiste el teléfono, no me permitiste hablar, no me dejaste acercarme, defenderme de tu mala visión, me tratabas como si no existiera, ¿ahora esperas que te reciba con los brazos abiertos estando hecha una mierda por dentro?

—Yo también lo estoy. —Él se puso en pie—. He pasado noches enteras sin dormir, me perdía por los bosques siempre que podía para intentar olvidarte.

—Seguro que lo has conseguido.

—No te puedo arrancar de mi cabeza.

—Lo disimulas cojonudamente.

—Y una mierda. —Dio un paso hacia delante—. Si no te miraba era porque si lo hacía no podría haberme resistido a la idea de acercarme a ti y besarte hasta que nos dolieran los labios.

—Claro, por eso me obviabas. —Al verse reflejada en aquellos dos páramos que él tenía por ojos, salió a la carrera.

Él fue detrás de ella.

—Te quiero, Imogen, no lo puedo evitar. Sé que soy un calamar en esto del amor, un tonto que se deja llevar por las primeras impresiones y que actúa sin preguntar antes y saca conclusiones fuera de lugar. Pero este tonto está rendido a tus pies. He sido el culpable por el que hemos sufrido estas semanas, y a eso se le añade que no hice caso a mi corazón cuando debí escucharte y amarte al mismo tiempo. Te quiero ahora y siempre.

—Gracias por recordármelo o por recordártelo. —Molesta, se giró para encararlo desde la cima de la cuesta, con las aletas de la nariz abiertas, las manos cerradas en puños y el corazón a mil por hora—. No me puedes querer, no te puedo gustar.

—Pues es así, y si cuando empezamos a salir di rienda suelta a mis sentimientos, te aseguro que ahora habla mi corazón, eres la única mujer que tiene la llave de este, como yo soy el único hombre

que te besa el alma. —Se acordaba de sus palabras.

Aquello hizo que Imogen se parase en seco y al adelantar el pie derecho la fuerza de la gravedad tiró por ella.

—¡SOCORRO QUE ME VOY!

De repente, se vio impelida hacia delante como si le tirasen de la bota y bajó dando vueltas toda la cuesta hasta que un cúmulo de nieve la frenó, donde su cara quedó enterrada.

«¡Madre mía, menudo espectáculo! ¡AU!», se quejó para sus adentros.

Unas manos fuertes la fueron separando poco a poco.

—¿Estás bien? —le preguntó con demasiada dulzura y, sin esperar, la cogió en brazos y la llevó a la acera.

—Creo que el hielo es mejor que el ácido hialurónico, se te congelan las arrugas —bromeó mientras se sacudía la nieve del pelo.

—Te quiero, Imogen —declaró bajo las luces de Navidad.

—Buen momento para... —Levantó la vista en cuanto él le puso un dedo sobre los labios para callarla.

Jared le rodeó el rostro con las manos para que lo mirase y viese la verdad, así como el amor, en sus ojos.

—Adoro tu sonrisa, es mi lugar favorito; adoro cuando cantas en el coche; adoro cómo tratas a todos los clientes y me celo por cómo tocas los libros, lo haces con una delicadeza que quiero volver a experimentar; adoro la forma en la que hablas de cada ejemplar que abres; adoro cuando me bromeas o me riñes, cuando te quedas ensimismada; adoro cuando hacemos el amor..., quiero estar contigo siempre y para siempre.

Con una gran rapidez, Jared cambió el dedo por su boca. Imogen, en cuestión de segundos, se vio envuelta en un tierno, cálido y profundo beso por el cual llevaba más de un mes suspirando porque se volviera a repetir. Él entrelazó los dedos en su melena y presionó

su cuerpo contra el de ella. La primera vez que se besaron no se habían desprendido de la timidez inicial, en cambio, ninguno de los dos tenía miedo.

La besó con avidez y moderación, como si no lo hubiera hecho en años y no pudiera sobrevivir otra mañana sin besarla. La devoró en esos primeros segundos desesperados, abriendo su mandíbula, acariciando profundamente con su lengua; pero se retiró para explorar con suavidad su boca, luego estaba adorando solo sus labios, trazando, con reverencia, su forma con su lengua, bendiciéndolos con besos suaves como plumas mientras ella acariciaba su cabello.

Cuando al fin se separaron, sus corazones latían al unísono, convirtiéndose en uno, al igual que sus alientos. Jared pegó la frente a la de ella.

—Todo lo que deseo por Navidad...

—Todo lo que he soñado por Navidad eres tú —terminó ella por él.

Jared se separó unos centímetros.

—Prométeme que antes de actuar me preguntarás y procederás con la cabeza antes de ponernos en otra situación como esta. —Ella cogió carrerilla—. Yo también te quiero, pero esto no podrá funcionar si por tu parte no hay confianza.

—La habrá, porque si no mi corazón se pone en la posición de jaque mate y es doloroso, es como si algo me lo arrancase del pecho y... —suspiró— no puedo vivir sin ti. El amor eres tú, te lo dije una vez y te lo repetiré toda mi vida.

Imogen entrelazó sus brazos en el fuerte cuello de él, mientras Jared ladeó la cabeza y se volvieron a besar con abandono, cuando el primer copo de nieve de la noche volvió a caer en Cold Spring. De pronto, unos aplausos los sorprendieron y atronaron por Main Street; al separarse, su grupo de amigos los observaban con ilusión

y felicidad, pues al fin había regresado aquella pareja a la que habían visto sufrir ese tiempo. Se alegraban de que el amor hubiese ganado la batalla al sufrimiento.

—¡Al fin las caras largas se terminaron! —exclamó Logan.

—Y las malas palabras —añadió Mark.

—Por fin la sonrisa vuelve a mi amiga, ¡esto era lo que deseaba! No quiero nada más. —Bailoteó Kendall fuera de sí.

Lilian, por el contrario, se limpió los ojos.

—Habéis conseguido que llore. —Se rio.

—Estáis loquísimos —dijo Jared con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Oh, Dios! —Imogen tenía el rostro alzado al cielo.

—¿Qué?

Cuando la volvió a mirar, su expresión era divertida.

—Nos hemos besado bajo el muérdago.

Todos se pusieron a hacer una conga improvisada. Imogen observaba la ramita que había colgado Kendall de un foco de luz del cartel de la cafetería. Giró la cara para observarlo y con una sonrisa dijo:

—Nuestro beso bajo el muérdago.

Los dos se echaron a reír al mismo tiempo y con el amor envolviendo sus corazones una vez más.

Epílogo

Esa misma noche.

Un taxi pasó por delante de la cafetería justo en el momento en que todos aplaudían por la reconciliación de la joven pareja.

«Al final el amor triunfó, así los corazones heridos se curarán el uno al otro como estaba escrito en las estrellas», sonrió Flora sentada en la parte de atrás del coche que la traía de vuelta a Cold Spring. Cuando el taxista apareció delante de su casa, pagó y se bajó con el único bártulo que se había llevado consigo. Respiró profundamente y reconoció el olor de la tierra, de la hierba húmeda y ese otro que procedía de las aguas del Hudson, su sonrisa no se había borrado, estaba en casa. Un regreso que le confirmó que lo que había visto en las manos de aquella pareja era cierto.

Se alegraba por ellos.

Sacó las llaves de su pequeño bolso y abrió la puerta en el momento que su vecina salía a recibirla.

—¡Hola, Flora! —la saludó contenta.

—Hola, ¿qué tal?

—Bien, por aquí todo sigue igual, aunque en tu ausencia vino mucha gente a buscarte.

—Me imagino.

—Una de ellas fue la chica de la cafetería, me pareció que necesitaba mucha ayuda, una pena.

—Está bien —volvió a sonreír—, ahora está bien.

—¡Ay, me alegro! —Asintió—. ¿Qué tal el viaje?, ¿Adónde fuiste?

—Fui a Búfalo a ver a una amiga y todo fue fantástico —le contó escuetamente.

—Muy bien. Buenas noches. —Se despidió la vecina después de darle el parte de lo sucedido.

Al entrar en casa, su cuerpo se relajó y la bolsa de la ropa cayó con un estruendo en el suelo, ya que se le escurrió de los dedos. Luego, se sacó el abrigo anunciando:

—Un té calentito y a dormir —suspiró esa última palabra—. Mañana tendré que dar muchas más explicaciones.

Al tiempo que llenaba la tetera en el agua del grifo, vio los rostros de la nueva pareja a la que había que ayudar.

Nota de autora

Esta historia nació de una relato que se había incluido en una antología de relatos titulada *Unas Navidades para compartir*.

Desde el principio supe que de ahí saldría una historia que contar, pero lo que no esperaba era que vendrían tiempos oscuros. Sí, los escritores pasamos por momentos en los que nuestra voz interior se silencia, momentos tan malos que las palabras se congelan, no fluyen, pese a tener la cabeza llena de ideas.

Fue lo que me pasó.

Me vi obligada a guardar el boli en el estuche y cerrar la libreta, mientras que Imogen y Jared en silencio esperaban más tiempo si cabe a poder contarme su historia. Por primera vez puedo decir que hay personajes que tienen más paciencia que el propio autor, en mi caso, a la vez que la vida me golpeaba por varios lados. Llegue a pensar que las letras, las palabras y las frases no volverían a brotar.

Pero al fin, están aquí para ser vuestros, después de tanto tiempo guardados.

El pueblo de Cold Spring es real, como lo es su bella ubicación en el valle del Hudson, así como su calle principal, Main Street, con sus tiendas, sus cafeterías. ¡Todo!

Me tomé la licencia de que el roble triple del que habla Jared no

está en los bosques del río Hudson, sino en Massachusetts. Se trata del Triple Oak en Cutthroat Brook Tree Farm en Athol, un roble rojo gigante y único conocido por su singular forma expansiva.

Luego, el monte Taurus, que sí, forma parte del valle del Hudson, aunque su traducción correcta al español sería monte Tauro.

Agradecimientos

A ti, lector, por interesarte en esta historia, por darles una oportunidad a sus personajes.

A Lola Gude, mi editora. Gracias por estar a mi lado, por animarme a continuar escribiendo y por haberle dado luz verde a esta novela.

A Marian Arpa. Por todo, no puedo decirte nada más cuando tus alegrías son las mías; cuando tus tristezas son mías, así con todo. Cogidas de la mano podremos con todo.

A Mariam, a Mar, a Nuria Pazos, a Fransy, a Antonia, a todas las lectoras que me dejáis grandes reseñas o me escribís por privado para decirme que os gustado alguna de mis historias.

A mis chicas del WhatsApp, por todo.

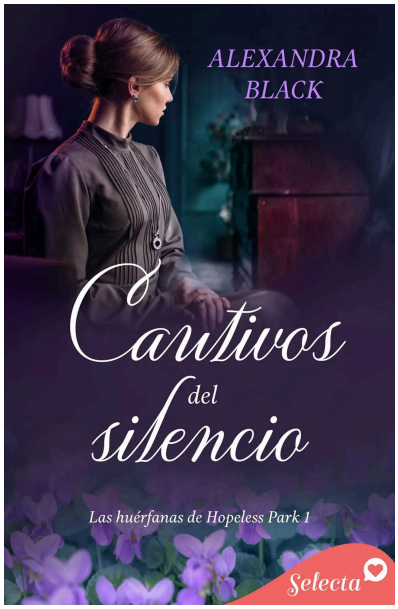
A mi familia, siempre.

Si te ha gustado

Otoño en Cold Spring

puedes disfrutar de estas






Hollie Deschanel
El deseo de enamorar a una mentirosa
Cazafortunas y canallas 2
Selecta


Más profundo que el mar
BETHANY BELLS
Selecta


Una DAMA del SUR
Laimie Scott
Selecta

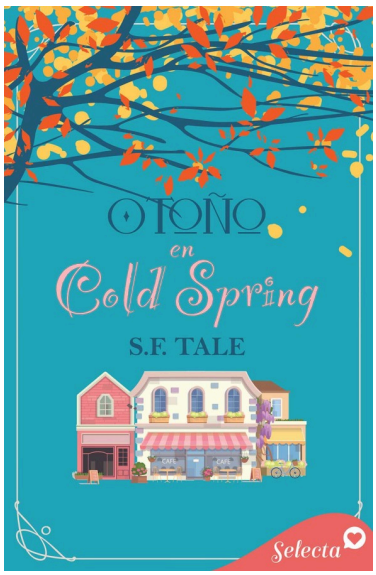

NATALIA SÁNCHEZ DIANA
BAJO LOS CIELOS DE SIAM
Selecta


Sandra Bree
Di que me amarás siempre
Selecta


La incómoda razón de la señorita Whitmore
MAYEDA LAURENS
Selecta

La nueva novela de S. F. Tale es un divertido y alocado enemies to lovers.

Cuidado con las predicciones de una pitonisa, nunca sabes cuándo se harán realidad.



Varios meses atrás, a **Imogen** una bruja le leyó el futuro en las líneas de su mano. El error fue no tomárselo en serio, porque una serie de acontecimientos romperán su mundo organizado. Sin embargo, la empujarán a aceptar la irresistible oportunidad que le ofrece su amiga Kendall: trasladarse a Cold Spring. Allí se encontrará con el hombre más irresistible que un pastelito recién horneado.

A **Jared Read** lo que le aporta mayor alegría es su profesión de guardabosques. La monotonía es una constante y está

acostumbrado a dar calabazas a todas las mujeres que se le ponen delante. Aun así, no podrá ignorar la intensa química con la nueva vecina de Cold Spring, a la que nunca olvidó y que le pondrá la vida patas arriba por sus locuras y su lengua larga.

¿Quién te dice que lo que empieza como una rivalidad no puede terminar en amor?

S. F. Tale es el seudónimo de una autora nacida en Ferrol el 1 de julio de 1982. Amante de los libros y enamorada de las letras, se licenció en Humanidades, sin olvidarse de su cuaderno en el que dibujaba el mapa de esas historias que le gustaría escribir. Su primera novela, *Mi mal de amores eres tú*, ha resultado finalista del VII Certamen de Novela Romántica Vergara-RNR.



Edición en formato digital: noviembre de 2025

© 2025, S. F. Tale
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: María José Losada
Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10441-56-9

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Otoño en Cold Spring

Prólogo

Capítulo 1. No hay nada como una amiga

Capítulo 2. Un contenedor, un café y una tarta

Capítulo 3. Una última noche y el «chi» equilibrado

Capítulo 4. Todo tiene un comienzo

Capítulo 5. La amistad no tiene límites

Capítulo 6. «Welcome to Cold Spring»

Capítulo 7. El hombre que no salió debajo de una col, sino de una cueva

Capítulo 8. Imogen, no digas eso

Capítulo 9. Imogen, ¡TAMPOCO HAGAS ESO!

Capítulo 10. El misterio de Jared

Capítulo 11. ¿Qué tienen los hombres de uniforme?

Capítulo 12. Jared, el que juega con fuego se acaba quemando

Capítulo 13. Imogen, atente a las consecuencias

Capítulo 14. Un hombre misterioso que siempre te echará una mano

Capítulo 15. Jared Read: ¡¡¡desintegrador de bragas!!!

Capítulo 16. Revelaciones a dos bandos de lo más... CURIOSAS

Capítulo 17. Conversaciones inesperadas

Capítulo 18. Consejos brujeriles para un equinoccio distinto
Capítulo 19. Érase una vez el valle del Hudson
Capítulo 20. ¿A quién va unido el amor, Imogen?
Capítulo 21. Departamento de especulaciones, deducciones e historias halloweenescas
Capítulo 22. La magia de la noche de las brujas
Capítulo 23. Planes románticos para dos
Capítulo 24. Somos protagonistas de nuestra historia
Capítulo 25. El pasado bebe un «pumpkin spice latte»
Capítulo 26. El amor es quien te salva
Capítulo 27. ¡Imogen, recuerda!
Capítulo 28. ¡¡¡AMOR Y AMISTAD!!!
Capítulo 29. Hechos para amar
Capítulo 30. Jared, estás enamorado
Capítulo 31. Exponer la verdad
Capítulo 32. La cosa va de tuberías
Capítulo 33. Lo que esconde tu mano
Capítulo 34. Acción de Gracias y parejas en ciernes
Capítulo 35. La temporada navideña viene con sorpresas
Capítulo 36. Cuando el corazón se ciega
Capítulo 37. A veces las cosas no son como las vemos
Capítulo 38. Encontrada. Un beso bajo el muérdago
Epílogo
Nota de autora
Agradecimientos
Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro

Sobre S. F. Tale
Créditos